

Z/ 13135 : 15, 737 (1926)

FRAY MOCHO



"INGENUIDAD"

N.º 737

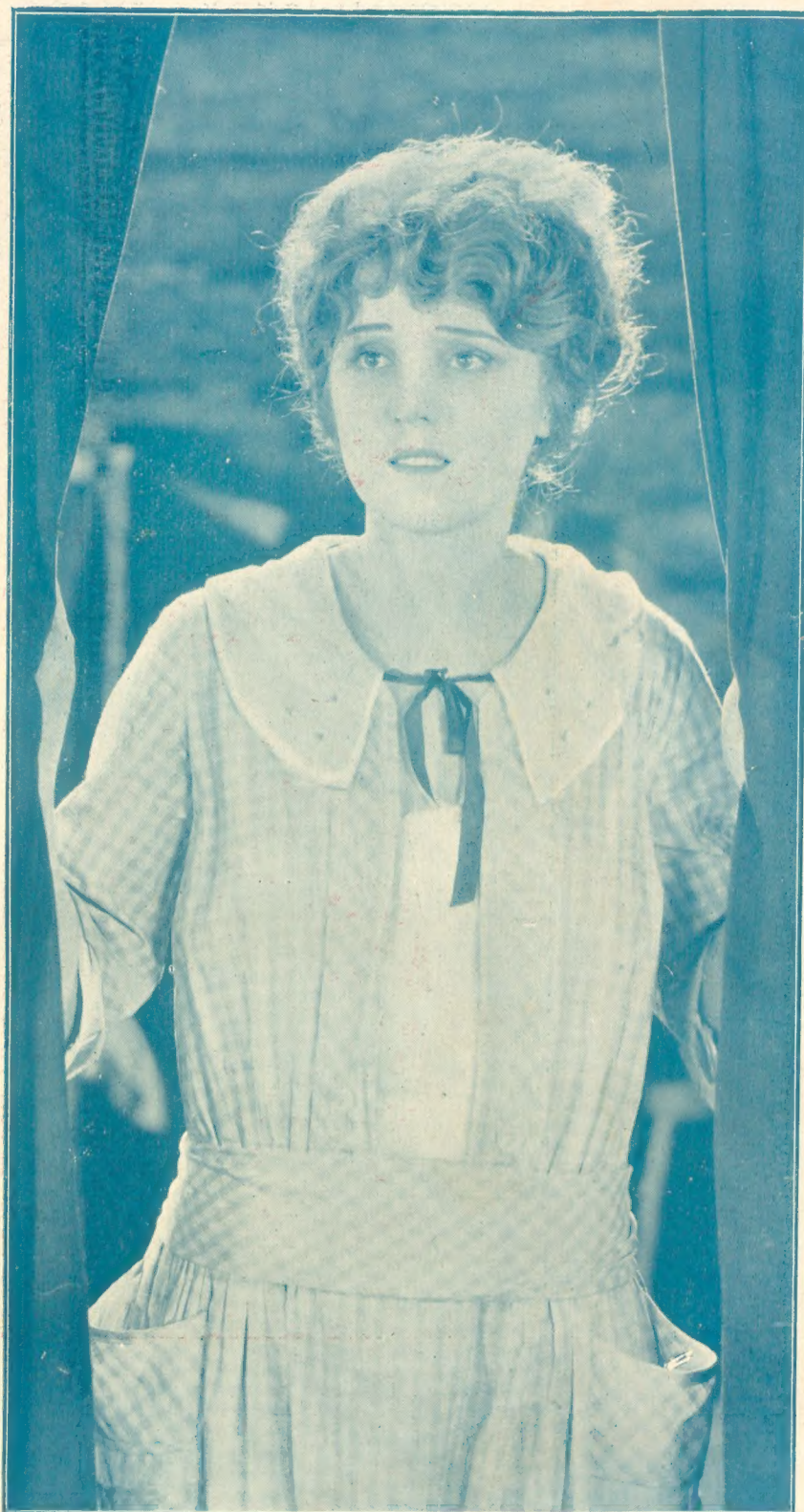
08.6.1926



BELLEZAS
DE
CINE



Edna Purviance



Jacqueline Gadsden

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 8 de junio de 1926

N.º 737

No podía dar yo a Alicia tantos detalles de las flores como ella me pedía, pero por fuertes razones. Así llevé la conversación hacia las mariposas. Ella me escuchaba muy atenta, y todos los pormenores de la vida de los insectos despertaban intensamente su atención. Las blancuzcas larvas, ingeniosas tejedoras, las misteriosas crisálidas durmiendo en su sueño de rejuvenecimiento y de sombra, el despertar de las alas al amor del sol, como en un suspiro de luz... Cuando agotados ya mis conocimientos entomológicos, proponía pasar a otro tema, ella, con la adorable impertinencia de sus trece años, dijo: — Hágame usted de eso un cuento.

Y yo preferí contarla una historia, en que, por cierto, hay también un amor.

Cuando Lila tuvo que partir para un colegio en Francia, conversó con Alberto, que era primo suyo; conversó cosas que debieron ser muchas, porque hablaron tres horas sin parar; importantes, porque hablaron muy bajito; y tristes, porque al separarse él tenía los ojos hinchados y ella las naricitas muy rojas y el pañuelo bastante húmedo: a lo menos más húmedo que de costumbre, y no por exceso de heliotropo.

La tarde en que partió Lila, se puso muy triste la casa de la abuela, y Alberto dió en pensar, mientras miraba llorar a la pobre vieja, que su traje negro era de luto por su padre y que su madre había muerto cuando él nació. Pasaron así, largos, muchos días de silencio extenuantes. Alberto no hablaba a la abuela porque no sabía que decirle, y la señora, viendo al chico tan triste, no podía sino llorar más, comprendiendo que semejante tristeza era inconsolable. Porque ella sabía muy bien que los primos eran novios y que por lo tanto tenían que llorar mucho si eran novios de verdad.

Fué entonces que Alberto se hizo cazador de mariposas. Aprendió a manejar la red con delicadeza, a clasificar las lindas prisioneras, a colocarlas muy artísticamente en lucidas vitrinas, cada una en su alfiler, con las alas bien tendidas. Aquello le distraía, por más que ciertas veces, sobre todo en la tarde, cuando manchaban el cielo grandes colores desvanecidos y los árboles se vestían de silencio, llorase un poco todavía recordando estas palabras de Lila: "Si me olvidas, yo te recordaré de algún modo, tenlo seguro, que no he dejado de quererte". Pero no lloraba mucho en verdad, y cada vez lloraba menos.

Poco a poco las mariposas llegaron a preocuparle por completo, y ya no tuvo otro cuidado, que su

¿UNA MARIPOSA?

Por Leopoldo Lugones

colección, cada día más brillante y numerosa. La abuela, viéndolo contento, fomentaba aquella silenciosa y honda afición, y nunca tuvo Alberto que lamentar la falta de un alfiler o de una vitrina. Pronto Lila no fué para él sino un recuerdo; aunque la quería mucho, ya no experimentaba ninguna necesidad de llorar. Ahora pensaba: — Si viera mi colección!... Nada más pensaba. Verdad es que sólo tenía diez y siete años. Yo también tuve una novia a los diez y siete años, pero ella murió en mí entre una noche y una aurora. Así están hechas las cosas: para que haya en el mundo cosas tristes y nada más.

Quedamos, pues, en que Alberto no lloraba ya por Lila. Además, sucedió algo que vino a interesarle sobremanera.

Una tarde paseaba con su red abierta bajo los tilos del jardín. El sol, como un cáliz volcado cuyo vino ardiente se derramaba en olas

sangrientas sobre una tremenda pompa sacrilega, bajaba entre nubes gloriosas. Había silencio bajo los árboles. De repente, sobre una mata de juncos, Alberto percibió una mariposa de especie desconocida. Era blanca, pero tenía sobre las alas dos manchas azules como dos violetas. No recordaba él haber visto otra igual ni en las colecciones ni en los libros técnicos. Era verdaderamente una maravilla, un ejemplar completamente nuevo, y es de suponer que desearía poseerlo. Entregóse a la cacería con pasión. Pero aquella mariposa era terriblemente sagaz, y siempre se colocaba fuera del alcance de la red, aunque no hufía definitivamente de su vista. Y así se pasó la tarde, y vino la noche, y Alberto se acostó muy contrariado, y soñó hasta el amanecer con una mariposa blanca, que tenía dos manchas azules en las alas. Y al otro día volvió a encontrarla en el mismo

sitio, persiguiéndola otra vez infructuosamente y volviendo a soñar con ella. Por fin, el tercer día, después de una hora de carreras tan inútiles como las anteriores: — Si estuviera Lila, pensó, me ayudaría a tomarla y yo no sufriría así. Justamente entonces la mariposa vino a colocarse muy cerca de él, sobre una madreSelva. Arrojó la red y lanzó un grito de júbilo. Estaba presa.

La abuela admiró mucho a su vez el hermoso insecto, que inmediatamente fué clavado en un largo alfiler, con las debidas precauciones, para no ajar sus bellas alas.

Pero, ¿cosa extraña! Al otro día la mariposa amaneció viva, siempre palpitando dolorosamente, sin que los más poderosos tósigos consiguieran matarla. Y sucedió que, como agitaba tanto las alas, éstas fueron perdiendo sus lindas escamillas, y a los seis días justos (¡qué tanto duró el martirio de la pobre!) las alas eran sólo dos armaxones descoloridos.

Entonces intercedió la abuela, y Alberto, que ya no tenía ningún interés en conservar aquel modesto animalucho, tan empeñado en no morir, consintió en desclavarlo del alfiler y en dejarlo libre de irse donde quisiese. Y la mariposa, aunque algo trabajosamente, desapareció después en el viento.

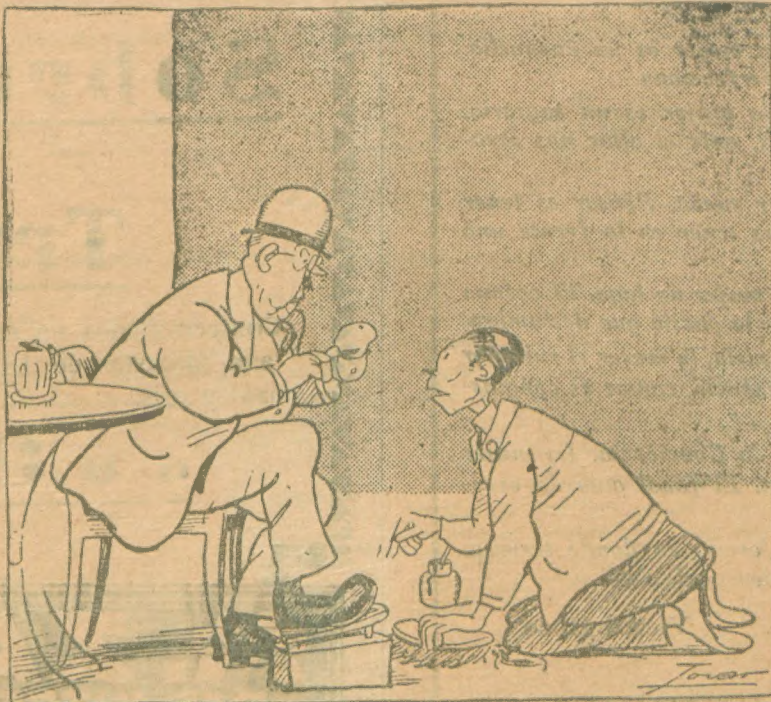
— ¿Y Lila? — preguntó Alicia con interés.

— La historia de Lila es muy corta y muy triste: al poco tiempo de entrar en el colegio, donde pronto se hizo notar por su docilidad y tristeza, enfermó de melancolía. Nadie lo advirtió porque ella no se quejaba jamás. Únicamente había palidecido mucho, y después de estudiar lloraba. Parece que por la noche tenía sueños porque su compañera de habitación la oyó decir una vez al acostarse:

— Cuando aquí es de noche en mi país es de día; mientras duermo, sueño que estoy allí y eso me consuela. Su palidez no inquietó, porque con el cambio de clima y la separación de los suyos, era natural que estuviese un poco mala; y su silencio fué atribuido al desconocimiento casi completo que tenía de la lengua de Francia. Además, como el silencio es una virtud en los colegios de señoritas internas, eso le valió muy buenas clasificaciones de conducta. Y así vivió Lila diez meses, hasta que una mañana la encontraron muerta en su cama blanca, advirtiendo que había muerto no por lo pálida y silenciosa que estaba, sino porque la cubría un frío muy grande, como si estuviera envuelta en luz de luna.

El médico no supo ciertamente descubrir su enfermedad, aunque la

UN ARTISTA EN EL OFICIO



— Pero, hombre! ¿Cincuenta centavos por limpiarlas?
— Y por pintar las medias de negro, para disimular todos los agujeros que tienen las botas.

examinó muy detenidamente, encontrando apenas en el pecho y en la espalda de la niña muerta dos minúsculas picaduras rojas. Nada más se pudo averiguar y sobre su tumba se pusieron lirios.

El balcón donde yo acababa de referir a Alicia la historia, había sido ya invadido por la noche. Sobre nuestras cabezas brillaban, solemnizando la paz grave de la sombra, los siete mundos de Orión. El viento pasó diciendo algo que no era evidentemente para nosotros. Bruscamente comprendí que acababa de despertar un alma. ¿Con qué derecho? ¿No sabía perfectamente

que la virginidad es nieve, nieve en lágrimas? Y buscaba sin resultado un epílogo vulgar que absorbiera la emoción de mi historia, cuando allí, muy cerca, Alicia, ya invisible, borrada por la noche:

—¿Y Alberto...? — dijo.

Una esperanza consoladora brilló en mi espíritu.

—¿Alberto?

—Alberto, sí, ¿qué hizo después?

Las estrellas, impasibles miraban.

—Alberto continuó viviendo con la abuela, muy contento, aunque lamentando que su colección hubiera perdido una mariposa.

—...¿Una mariposa?...

El hombre y la mujer

El hombre es la más elevada de las criaturas. La mujer es el más sublime de los ideales.

Dios hizo para el hombre un trono, y para la mujer un altar. El trono exalta, el altar santifica.

El hombre es el cerebro. La mujer el corazón. El cerebro fabrica la luz, el corazón, produce el amor. La luz fecunda, el amor resucita.

El hombre es el genio. La mujer es el ángel. El genio es inconmensurable, el ángel indefinible. Se contempla el infinito; se admira lo inefable.

La aspiración del hombre es la suprema gloria. La aspiración de la mujer es la virtud extrema. La gloria hace lo grande, la virtud hace lo divino.

El hombre tiene la supremacía, la mujer la preferencia. La supremacía significa la fuerza, la preferencia representa el derecho.

El hombre es fuerte por la razón, la mujer es invencible por las lágrimas. La razón convence, las lágrimas conmueven.

El hombre es capaz de todos los heroísmos; la mujer de todos los martirios. El heroísmo ennoblece, el martirio sublima.

El hombre es un código, la mujer es un evangelio. El código corrige, el evangelio perfecciona.

El hombre es un templo, la mujer es un sagrario. Ante el templo nos descubrimos, ante el altar nos arrodillamos.

El hombre piensa, la mujer sueña. Pensar es tener en el cráneo una larva, soñar es tener en la frente una aureola.

El hombre es un océano, la mujer un lago. El océano tiene la perla que adorna, el lago la poesía que deslumbra.

El hombre es el águila que vuela, la mujer el ruiseñor que canta. Volar es dominar el espacio, cantar es conquistar el alma.

El hombre tiene un fanal: la Conciencia. La mujer tiene una estrella: la Esperanza. El fanal guía, la esperanza salva.

En fin, el hombre está colocado en donde termina la tierra, la mujer donde comienza el cielo.

VÍCTOR HUGO.



Gran venta extraordinaria Sobretodos y Trajes

Confeccionados en excelente casimir de pura lana, fantasías de ULTIMA MODA, o negro, azul y gris.

a \$ **38.90**

CASA M. ZABALA
= B^{ME} MITRE y ESMERALDA

DEL MOMENTO, por Rojas



—Abd-el-Krim se presentó a los franceses con propósitos de paz.
—Ahora lo que hace falta es que no armen la guerra los ejércitos aliados.

—No ha llegado Marinetti, el pontifice del futurismo, a Buenos Aires y ya le están tomando el pelo.
—Conmigo no podrían hacer lo mismo.



—Duggan y Olivero son héroes. Venir de Nueva York a Buenos Aires sin ninguna ayuda, eso no lo hacen más que dos argentinos.
—Yo sé que secretamente les ayuda alguien.
—¿Quién...?
—El tiempo, amigo, el tiempo.

—En Montevideo, una señorita abogado, ha defendido a un criminal.
—Tengo la seguridad que si hubiera sido casada, mientras ella cumplía su misión en el estrado, su esposo estaría, como buen padre, dándole el pecho al nene.

—¿De modo que se llama usted como el célebre barítono Titta Rufo?
—Así es.
—Entonces tome te, Titta.

El gran filósofo Citófilo decía un día a una dama desolada, y que razones tenía para estarlo:

—Señora, la reina de Inglaterra, hija del gran Enrique IV, ha sido tan desventurada como vos: la arrojaron de su reino; estuvo a punto de perecer en el océano por las tempestades, y vió en el patíbulo a su esposo.

—Lo deploro por ella — dijo la dama, y se puso a llorar sus propios infortunios.

—Pero — dijo Citófilo — recordad a María Estuardo: ella amó con harta honestidad a un apuesto músico que tenía una hermosa voz de sochantre. Su esposo mató al músico en su presencia; y luego su buena amiga y buena parienta, la reina Elisabet, que se decía doncella, le hizo cortar la cabeza sobre el cadalso tapizado de negro, después de tenerla en la cárcel diez y ocho años.

—Eso es demasiado cruel — respondió la dama; y se sumió nuevamente en su melancolía.

—¿Quizás habréis oído hablar — dijo el consolador filósofo — de la bella Juana de Nápoles que fue presa y estrangulada?

Los dos consolados

Por Voltaire

—Lo recuerdo confusamente — dijo la afligida.

—Es preciso que os relate — agregó el otro — la aventura de una soberana que, en mi mocedad, después de una cena, fué destronada y falleció en una isla desierta.

—Yo conozco toda esa historia — replicó la dama.

—Y bien, pues, voy a deciros lo que le acaeció a otra gran princesa a quien le enseñé la filosofía. Tenía un amante, como lo tienen todas las grandes y bellas princesas. Su padre penetró en la alcoba, y sorprendió al amante, que tenía el rostro encendido y los ojos resplandecientes como carbunclos; la dama también tenía el rostro muy arrebolado. El rostro del joven des-

agradó tanto al padre que le aplicó la bofetada más enorme que jamás ha sido dada en su provincia. El amante cogió unas pinzas y rompió la cabeza al anciano, que apenas curó, y muestra aún la cicatriz de aquella herida.

La enamorada, consternada, saltó por la ventana y se rompió un pie; de manera que ahora cojea visiblemente, por más que ella tiene una talla admirable. El amante fué condenado a muerte por haber roto la cabeza a un príncipe tan grande. Juzgaréis, entonces, el estado de la princesa cuando llevaron al amado a la horca. Yo la he visto mucho tiempo cuando estaba en la prisión; no me hablaba más que de sus desventuras.

—¿Por qué no queréis, pues, que yo piense en las mías? — díjole la dama.

—Es — dijo el filósofo — porque no hay que pensar y porque, siendo tantas las damas desventuradas, os está mal desesperaros. Pensad en Hécuba, pensad en Níobe...

—¡Ah! — dijo la dama, — si hubiera vivido yo en su época o en la de tan hermosas princesas, y si para consolarlas les hubiérais relatado mis desgracias, ¿pensáis que ellas os hubieran escuchado?

Al día siguiente, el filósofo perdió su único hijo, y estuvo a punto de morir de dolor. La dama hizo redactar una lista de todos los reyes que habían perdido sus hijos, y se la llevó al filósofo; él la leyó, la encontró harto exacta, y no dejó de llorar. Tres meses después volviéronse a ver, y quedaron sorprendidos de encontrarse con tan excelente humor. Hicieronle erigir una estatua al Tiempo, con esta inscripción:

"A aquel que consuela".



—Buenos días, señora.
—Buenos.
—Veníamos a vacunar de parte de la Asistencia Pública.
—¿Sí, eh?... ¡Lo selebro!... ¡Muy buena medida; muy razonable!... Pero dispensen ¡eh! apunten para otro lado: nosotros ya nos hicimos pinchar. Fué el año pasado cuando corrieron los rumores de peste. Ustedes se acordarán, ¿no?... ¡Si todo el mundo se julepió!... ¡Hasta la señora del comisario!...
—Sí, muy bien: ¿Cuántos son de familia?
—Cuatro: dos hijas mujeres, una de seis y otra de ocho años que van a la escuela del estado; un varón de diesiocho años que trabaja de tipógrafo en una imprenta del centro y que de noche estudia el mandolín por música en casa de un máistro y después que...
—¡Basta, basta!... ¿Su nombre?
—Rosa Gonsales, para servir a ustedes; argentina, de cuarenta de edá, hija de Rudesindo Gonsales, de ofisio planchadora y con dos años, tres meses y...
—¡Por favor, señora!... ¿Qué le hemos hecho?... ¿No sabe que tenemos muy escaso tiempo? ¡Nos está pareciendo que usted ha errado la profesión: debía de ser procuradora!...
—¡Les parese?... ¡Y qué se han pensado ustedes, que porque uno es pobre y vive en un conventillo no tiene estrusión ni sabe espresarse?... ¡Jum!... ¡No, caballeros!... Aquí donde me tienen, soy la hija de don Rudesindo Gonsales...
—Sí, ya nos dijo. ¿Y en esa pieza de al lado quién...
—¡Ah!... ¿Aquí en el 18?... Una vieja portuguesa más gritona que rata asustada. Tiene tres hijas mosas y son chalequeras. ¿Ve?... ¿Oyen la máquina?... Trabajan. Hasen dos meses que viven en la casa y la mayor es novia de...
—Bueno, bueno. Gracias, ¡eh!...
—Buenos días. Veníamos a vacunar.
—¡Voceas non tein que facer?... Nosotras estamos traballando 6 voceas non tein derelto de incomundar as personas qui están ocupadas.
—Es que nos mandan y tenemos que cumplir. Es ley obligatoria.
—Nou senhor. Voceas vein porque saven que aquí hay minas e queren tucar os bracos.
—¿Qué hay, mama?...
—Vea, señorita: usted debe ser más razonable. La Asistencia nos comisiona para vacunar y nosotros no hacemos más que llenar nuestro cometido. ¡Si no hay por qué asustarse!...
—¡Ajá!... ¿Y?...
—Deseábamos que nos diera el nombre de la señora.
—Apunten: Gertrudis Casinha.
—Muy bien. Ahora...
—¿Qué van a hacer?
—¡Ahora?... A calentar la lanceta. Después comenzaremos a vacunar por usted.
—¿Y cré que le v'la mostrar los brazos? ¡Ja, ja!... ¡Por lindó!... ¡Vaya a vacunar a s'agüela!...
—¡Espere!... ¡No se vaya!... ¡Vean que, si se resisten, van a tener que pagar multa!...
—No les haga caso, mama. Venga. Vamos adentro. ¡Qué se habrán figurao esos abombaos!...
—Sí, sí, ¡fora de aquí!... ¡Voceas son unos malucos!... ¡Unos malandros!... ¡Unos sacanas!...

Vacunación obligatoria

Por Juan Manuel Pintos

—¡Pero oiga!... ¡Escuche!... —¿No ves?... ¡Qué estos Giles se
—¿Qué?... ¿Quiáy doña Gertru- piensan tomar a una de otaria y se
dis?... ¿Qué pasa, che, María?... afanan en que les hemos d'enseñar

DIVAGACIÓN

(Está el balcón abierto: fragancia de glicinas en los pinos oscuros flota niebla dorada y en la diáfana noche las distantes colinas recortan vagamente su cumbre iluminada.)

Ruth viste leve túnica que clarea en la sombra y en el arpa de oro sueña divino amor, el pálido Zoar dulcemente la nombra y murmura con un suspiro de dolor.)

ZOAR:

Ruth, misteriosa hermana de mi melancolía que sonríes al mundo con semblante apacible, y solloza el anhelo de un amor imposible.

RUTH:

¿Por qué si tu rosal, hermano, se halla en continuo florecer, deseas un jardín lejano que acaso nunca podrá ser?

Tu ilusoria tristeza olvida y escucha, dulce soñador, que una alondra eleva en tu vida su matinal canto de amor.

ZOAR:

Es mi melancolía un placer doloroso luciendo, en la penumbra de un jardín otoñal, con el vago misterio de un amor silencioso la eucarística pompa de albo pavo real.

RUTH:

En las noches primaverales es una caricia tu voz, pero a veces en mis trigales cae tu voz como una hoz.

La melodía se desliza y a lo lejos el porvenir, claro lucero, nos sonríe.
¿Tú no le has visto sonreír?

ZOAR:

Tu misteriosa música es un puente de plata en la serenidad de un lago abandonado, en las mágicas aguas mi dolor se retrata y tras rosada niebla se ilumina el pasado.

RUTH:

Yo vi las brumas invernales en las colinas y, al crecer, tornándolas inmateriales las hacen desaparecer.

Si tu pasado se ha esfumado, mañana se ha de disipar; olvídate de tu pasado porque no puede retornar.

ZOAR:

Yo no sé si quisiera que torne lo pasado ni sé ya si es intenso el dolor de mi herida, sólo sé que mi espíritu se ha transfigurado y que como una lágrima se evaporó mi vida.

(Clarean en las sombras las glicinas fragantes, flota en los negros pinos argentado fulgor, Ruth se refugia en las melodías sedantes y en el arpa de oro sueña un divino amor.)

AUGUSTO CORTINA ARAVENA.

los brazos!... ¡Se habrán creído!...

—Vea, haga el servicio: no insulte. Nosotros venimos por obligación y nos interesan muy poco sus brazos y sus escrúpulos. ¿No quieren vacunarse?... Muy bien.

—Y diga: ¿qué se han pensado ustedes, que así nomás porque vengan con una valija y con paradita é doctores se van a dejar manosiar y se les van a agachar las mosas como el floripón de noche?... ¡no amigo!... ¡Se pasó el tiempo é los pavos, se pasó!...

Está bien. Daremos cuenta que se han rehusado.

—¡Y avise!... ¡O cren que semos de los que se áugan en seco!... ¡Veni, che, María; no respíntes!... ¡Veni!... ¡Mostrales que no te vas de miedo!... ¡A ver quién se anima a tocar a mi ráina, a ver!... ¡Frititis!... ¡Encaramelaos!... ¿Qué?... ¿qué?... ¡Pelá!... ¡Pelá nomás!... ¡Si no le tengo miedo a los bisturines!... ¡Che, pive!... ¡che, Rafá!... ¡Andá llamalo a Romano, y tráite la puntiaguda de paso!...

—No, no. ¿Qué vas a haser, Silvestre!... ¡Por favor!...

—No. Dejemén. Méntansen adentro. Yo les v'la enseñar a estos babiecas a haserse los pesaos. Van a salir vacunaos... ¡Pero en la pansa! ¡y en forma de caladura pa que se acuerden!...

—¿Qué vas a hacer, malevo desgraciado!...

—¡Ay juna!... ¡Pero sueltémén los brazos!... ¡Larguenmén que les doy el amasijo!...

—¡Por servicio, Silvestre!... ¡No ves que se ha amontonao la gente!...

—¿Y a mí?...

—¡Sí, amigo!... ¡Sea prudente, dejeló!... ¡Venga, vamos p'al fondo; no ve el escándalo!...

—No, no. ¡Tomá, teneme el funye!... ¡A ver!... ¡A ver!... Replata lo que dijo. ¡Hirili otario!... ¡Ay!... ¡Atrisionero, me has pegao en un ojo!... ¡Ja!... ¡Tomá disgraciado!...

—¡Dale!... ¡Dale!... ¡Por la jeta!...

—¡Tomá para que aprendas!...

—¡Ay mí Silvestre!... ¡Déjelo infame!... ¡Canalla!... ¡Vean, le han sacao sangre!... ¡Asesino!... ¡Asesino!...

—Vein, minina, non te metas.

—¡Separenlos! ¡A ver!...

—¡Anda, Visente, llamá el vigilante!...

¡Ullio!... ¡Ullio!... ¡Ullio!...

... ..
... ..

—¡A ver, a ver!... ¡Despejen!... ¿Qué hay, cómo ha sido?...

—Sucede que nosotros veníamos a vacunar...

—No, señor. ¡Oiga, cabo!...

—Bueno. Perfectamente. ¡A la comisaría!... Allí harán las declaraciones respetivas y se sabrá como jué. ¡A ver!... ¡Chits!... chits! ¡no se vayan!... ¡Vea: agente López!... ¡Atájeme a esos!... ¿Quién ha visto?... ¿Su nombre?... ¿El suyo?... ¿El de usted señora?... ¿Cómo?... ¡Bueno; ta bien!... ¡A la comisaría!...

...

Y una caterva de pilletes sucios y bullangueros formó escolta tra de los boxeadores, los vigilantes y los testigos.

Lejos ya, oíanse aún, la rechifla, los chillidos y los gritos de: ¡Blaba al galera!... Y: ¡larguenlón al otro! ¡larguenlón!...

Febrero 27.

Son las tres de la mañana. He intentado, inútilmente, conciliar el sueño. Por la ventana abierta veo, desde la cama, las copas de los eucaliptus cercanos, y más arriba, alucinante y pálida, la cara de la luna que me mira, llena de curiosidad. Su luz entra, sin consultar a nadie, en mi reducido cuarto de soltero, y se desliza por el papel verde-oscuro de las paredes, brufie los bronceos opacos de la cama, se encarama hasta un San Francisco de Asís, esculpido en nácar, que tengo a la cabecera, y luego se proyecta, débil y delicada, en los espejos relucientes.

Luna deliciosa, que te siento aquí, sobre las sábanas, como una tibia caricia... Siempre me has sido fiel, pero esta noche... Cómo me tienes inquieto y febriliente con el recuerdo de esta noche... Si, ha de ser "eso" la causa de mi insomnio. Quiero dormir y no puedo, y pasan por mi memoria, con una rapidez cinematográfica, hasta los detalles más pequeños de la escena. ¿Estaré enamorado otra vez? ¿Otra vez, dije? ¿Pero es que acaso, en algún momento de mi vida, sentí el verdadero amor?

Déjame, luna, que me confiese a tí, a tí que eres comprensiva y muda. Yo he sido siempre un pobre ser martirizado. Martirizado por la vida, que no me ha perdonado nunca el haber nacido contemplativo y suave. Martirizado por mí mismo, que no he hecho sino desear cosas imposibles, mientras se aguzaban, más y más, mi sensibilidad y mi timidez. ¡El amor! A eso sólo había aspirado. Ninguna otra vanidad tuve en mi vida. Pero, he ahí la tragedia. Yo esperaba un amor único, avasallador, terrible. Así lo quería mi corazón, humanizado por el dolor; así lo quería mi espíritu, nutrido en los libros y en la vida de profundas y provechosas emociones; así lo querían mi juventud y mi pujanza, mis años vividos en el campo, sintiendo la sugestión de la tierra, del árbol y del mar. ¡Ah, Epicuro, cómo te hiciste luz en mi camino! Voluptuosidad del amor que no mancha; deseos vehementes de gozar, que son puros, nobles y altísimos, porque ellos vienen de la naturaleza y exaltan el corazón afectivo del hombre...

Pero, decía, esa había sido mi tragedia. Dar varias veces con algo que yo creía era el amor, y quedar luego, roto el prisma, con la tristeza de una nueva desilusión. Siempre había creído que el amor era una completa penetración de las almas, pero esa penetración yo nunca llegué a sentirla.

Y ahora... Luna que me bañas en humildad y que has sido cómplice y testigo en esta noche predestinada... Ahora sé que voy a caer, lo siento dentro de mí mismo, en las turbulencias de un amor que quién sabe si sea ese que tardara tanto tiempo en venir.

Febrero 28.

¡Muy buenos días, huerto! ¡Salud, mis queridas rosas de Francia! ¡Qué bonitas me pareáis ahora, todavía pálidas y húmedas en la clara mañana de estío! Hacía tiempo que os tenía olvidados, viejos rosales que sois el consuelo de mi madre y que yo he regado tantas veces para agradecer el renovado presente de vuestras rosas. Hoy me siento más puro y diáfano, mi alma

Fragmentos del diario de Raymundo Borges (1)

Por Fermín Estrella Gutiérrez

está tan azul como este cielo, y vuestro perfume, las nubecillas blancas que se desvanecen en lo alto, el piar gozoso de los pájaros entre las ramas, me aligeran tanto el espíritu que llego a sentir la sensación indefinible del vuelo.

Sin embargo, hay una oculta y sutil tristeza en mi alegría. ¡Pensar que nuestros momentos de felicidad "pasan" y no habremos de gozarlos de nuevo! Abismo pavoroso del tiempo donde van apagándose, uno a uno, los resplandores de la hora presente... ¿De manera que las sensaciones deliciosas de anoche son ya del pasado?... ¿Aquel minuto de ansiedad tendrá que ir, como los otros, a rodar por

mosa, y sus cuadros presentados a la última exposición la colocaban entre los artistas más inspirados del país. No me llamó la atención —lo recuerdo muy bien— por su físico, pero en los ademanes, en la voz, en la misma expresión de sus ojos, azules y limpios como el mar, pude sorprender matices espirituales que me agradaron mucho. Uno o dos años después, la volví a ver en el Club Mar del Plata. Me parece que la tengo delante de mí vista, en aquella tarde brumosa de enero, reclinada negligentemente en uno de los sillones de la sala de baile.

Y luego... luego la volví a ver en Buenos Aires, en exposiciones

presentaron a Sara, ni siquiera pensé que pudiese hacerle la corte. Era entonces mucho más tímido que ahora, y sabiéndola célebre, festejada y admirada por todos, mi excepticismo me hubiera apartado siempre de hacerle notar la simpatía, completamente natural e íntima, que ya empezaba a sentir por ella.

Fué en Montevideo, junto al verdoso mar rizado, donde nos hicimos más amigos. Algunas tardes salíamos a pasear por las afueras, y más de una vez su mano palpitó entre las mías al ayudarla a saltar algún obstáculo del terreno. Una tarde estuvimos los dos sentados, frente a frente, en un magnífico escenario de rocas y árboles. El sol se había puesto ya y sólo quedaban en el cielo enormes nubarrones rojos que decoraban el paisaje... Y hablabamos de poesía y de cuadros, sencilla, confiadamente, como dos buenos camaradas. Ella estaba vestida con un traje de tonos azules y tenía la cabeza baja, un poco revuelta la melena, despeinada graciosamente por la fresca brisa del mar.

Si, yo empecé a quererla desde entonces. Y la empecé a querer, porque había en su voz y en la comisura de sus labios, tal expresión de honda y oculta melancolía, que llegué a conmoverme. Aquella mujer, que conocía ya todos los halagos del éxito, no era feliz. Un gran vacío le llenaba el alma, y se asomaba el dolor a sus ojos, medroso y tímido, como un hijo natural al que se quiere tener oculto.

El amor empieza a veces por un sentimiento de piedad. Y yo, pobre ser que necesitaba tanto del apoyo de los demás, me creí entonces el tronco recio donde podría abrazarse, como una enredadera frágil, el alma entristecida de Sara.

De nuevo, en Buenos Aires, varias veces nos hablamos por teléfono y hasta llegué a cenar algunas noches en su casa. Vive en un elegante departamento cuyas amplias ventanas dan a la Avenida Alvear, y la acompañan dos hermanas solteras, llegadas hace poco de provincias.

Y la otra noche... La otra noche fué decisiva para los dos. Terminada la cena, nos quedamos solos en la pequeña salita-escritorio, levemente iluminados por la luz violácea de una lámpara de pie. Ella se sentó en un viejo sillón de terciopelo, y yo me recosté en el diván, mientras encendía, con aparente tranquilidad, un cigarrillo.

Y empezamos a hablar, llevándonos luego la conversación, insensiblemente, hacia asuntos de amor... Y yo me sentía feliz y bueno al lado de ella, platicando de cosas del espíritu, como dos espectadores que sólo quieren ver la vida desde afuera.

La noche era calurosa y Sara me invitó a ir hasta la terraza, donde nos sentamos. Eran ya más de las doce de la noche y todos dormían en la casa. Al lado nuestro se enredaban unos jazmines trepadores que embalsamaban el aire cálido, y sobre nuestras cabezas, un cielo tachonado de estrellas se dilataba hasta el infinito.

—En fin, dijo ella de pronto, después de un silencio, y como quien tiene una idea fija, seremos solamente amigos...

La cabeza habíase inclinado hacia adelante y uno de sus brazos desnudos, hermosos y turgentes, se

(1) Del libro de cuentos "La Ofrenda", próximo a aparecer.



Muchas veces en una copa de agua hallará Vd. la muerte.

Cuide su salud y la de los suyos, consuma AGUA BUENA esterilizada con el

Botellón Esterilizador del prof. Dr. Hottinger

No cuesta ningún trabajo ni necesita preparación alguna.

SOLO basta verter dentro del botellón el agua extraída de la canilla, del pozo o del molino, y a la hora el AGUA estará perfectamente esterilizada, fresca y lista para el consumo. El botellón HOTTINGER no debe faltar en ningún hogar. Si aún no lo tiene compre hoy uno.

En la Capital de venta en las siguientes casas:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida. — Farmacia Belgrano, Cabildo 1901. — Droguería del Indio, Rivadavia, 1501. — Beretervide y Leonardini, Piedras, 170. — Farmacia J.T. Raifo, Esmeralda, 301. — Heinlein y Cia., Av. de Mayo, 1402. — R. Martínez y Cia., Rivadavia, 1001. — Bazar Solanas, Santa Fe, 2138. — Guanziroli y Cia., Sarmiento, 1431. — Angeleri Jacuzzi y Cia., Callao, 98. — Cerini Hnos., Sarmiento, 1202. — Juan Paccaro, Bm. Mitre, 2599. — Medina y Cia., Rivadavia, 865. — Schmitz Hnos., Alsina, 2639. — Alejandro Colven, Viamonte, 933. — Spinedi y Grundwald, Callao, 666. — Rafals y Cia., Moreno, 862. — Casa Ubalde, Maipú, 327. — Pablo Kolbé y Cia., Moreno, 1202. — R. Greshake, Esmeralda, 146. — Federico Clarfeldt y Cia., P. Colón, 746. — A. Pfeiffer y Cia., Perú, 425. — Portes Hnos., Rivadavia, 1982. — Vicente Scannapieco, Tucumán, 800. — Farmacia del Norte, C. Pellegrini y Santa Fe. — Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512. — Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302. — Farmacia Mugica, Chile esq. E. Ríos. — Carlos Dietrich, Las Heras, 3501. — Souto y Cia., Rivadavia, 3000. — Dr. Carlos A. Petit, C. Pellegrini, 163. — Silveira Rosa Hnos., 25 de Mayo, 11. — Farmacia Nelson, Suipacha, 477. — Farmacia Vázquez y Cia., Florida y Lavalle.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.



los desfiladeros de la nada?... Pero así es, corazón, el mudable destino, y debes someterte a sus leyes. Ahora déjame recordar aquí, a la sombra de este sauce familiar, las cosas que son gratas al espíritu, mientras el fresco de la mañana roza mi rostro y la mirada se pierde, vagorosa, en el cielo azul.

Marzo 5.

Yo había conocido a Sara años atrás. Fué un encuentro casual. Alguien que iba conmigo en el subterráneo, me la señaló. Era ya fa-

de pintura, en banquetes de artistas, en la bulliciosa calle Florida, paseando sola, con ese airecillo de mujer libre que tan bien sienta a su cuerpo, ágil y pequeño como el de una colegiala.

Todos estos recuerdos los evoco ahora con una nitidez asombrosa, y afianzan aún más mi creencia de que en materia de afectos, algunas veces el espíritu se va canalizando, sin darse cuenta de ello, en una simpatía latente que puede terminar muy bien en el amor.

Sin embargo, cuando un día me



desmayó sobre la falda.

¿Cómo fué que me atreví entonces? Nada le había dicho, ninguna palabra de amor hubimos cambiado. Ella era siempre para mí la mujer difícil y compleja, la mujer imposible. Y sin embargo... Acercué mi sillón al suyo, suavemente, como quien teme hacer daño, y tomándole la mano exangüe, la llevé a los labios y la besé con ternura. Fué como una caricia divina que se diluyera por mis venas, llenándome de dulzura. Ella no retiró el brazo, antes bien, levantó la cabeza y me miró con asombro, con unos ojos espantados por una mezcla de miedo y de placer doloroso. Luego, los cerró, e inclinando la frente estúvose así largo rato, como si escuchara alguna música olvidada y electrizante.

Y yo, exaltado por la ola de ternura que me subía del pecho, seguía besando su mano blanca, abandonada entre las mías; sus brazos, tibios y suaves; sus hombros redondos; su cabello, corto y perfumado, que me adormecía en una rara voluptuosidad...

—¡Vete, brujo, vete, que me has fascinado!, dijo de pronto, resuelta, señalándome la puerta de calle.

Supliqué, imploré, todo en vano. El brazo se levantaba, imperioso, indicándome el camino. Nos despedimos, y ya en la puerta, no pude contenerme más, y tomándola de improviso la estreché entre mis brazos, lleno de ansiedad, mientras pugnaba por besarle la boca, que ella defendía infructuosamente.

Cuando, ya en la calle, me llevaba las manos a la cara para aspirar una vez más el perfume de su piel, miré en lo alto la luna llena, redonda y bondadosa, y me dije, recordando la silueta de Sara bajo la refulgencia del rayo lunar: —Ella, ella ha sido la bruja.

Marzo 15.

Son las dos de la madrugada. Acabo de llegar de la calle y he subido las escaleras en punta de pies para no hacer ruido. Vengo de su casa, de la casa de ella, santificada ahora por nuestro amor. Todavía siento en mi pecho la suave presión de su cabeza y en mis labios, guardo aún el acre dulzor de sus besos. ¿Hasta dónde llegaremos con este amor que nos enloquece? Yo no sé, ni ella tampoco lo sabe, o no quiere saberlo. ¿Estaremos soñando, acaso?

Y yo que había clamado siempre por un amor así, comprensivo y grande, que me hiciera olvidar todos mis dolores...! Sara, mujer providencial en mi vida, que viene sin saber cómo, a traermela el agua lustral de la esperanza! Tu cariño es mano maternal que consuela, ala de ángel que roza mi frente y me hace más puro, más enamorado y más noble que nunca. Tus caricias sutiles me embriagan. Tus besos, unas veces breves, fugaces, otras hondos, inacabables, torturadores, son cadenas que me unen cada vez más a ti.

...Y pensando en ella trato de dormir, mientras desde la cabecera los ojos bondadosos de San Francisco de Asís, me han de estar mirando, llenos de una benevolencia paternal.

Abril 12.

Estoy escribiendo en mi estudio, mientras la luz del sol, tamizándose por las cortinas oscuras, pinta finos arabescos sobre el tapete del escritorio.

Me encuentro deprimido y aco-sado por malos presentimientos. Esta noche he soñado que rompía para siempre con Sara, y esto me ha puesto enfermo. Por otra parte, hace días que, sin saber por qué estoy muy intranquilo. ¿Es que podría cortarse así, tan bruscamente, lazos que parecían indisolubles? ¡Dios mío, que esto no ocurra, porque yo no lo voy a poder resistir! Este cariño que siento por Sara es muy grande y ha echado raíces profundas en mi pecho. Ha sido la tabla de salvación. Sin ella, sé que me iré al fondo sin remedio.

Pero, ¿a qué estas suposiciones? Hace ya varios días que vengo observando a Sara. Yo bien sabía que

me tiene fe. Y lo peor del caso es que no puedo convencerla. Esta desconfianza puede ser, sin duda, causa de muchos males.

No puedo escribir más. ¡Silencio!, vocecilla interior que me vas diciendo cosas en esta tarde de otoño. El reloj ha sonado y tengo que salir inmediatamente. ¡Oh esclavitud odiosa de los compromisos mundanos!

Abril 20.

Olvidaba decir que Sara es una intuitiva. Adivina las cosas y sus presentimientos no fallan nunca. Ayer, entre irónica y triste, me preguntó, no bien me había dejado caer en el diván adamasado:

La Trémouille

Luis de la Trémouille, vizconde de Thouars, príncipe de Talmont, uno de los mejores guerreros de la Francia de los tiempos de Luis XII y de Francisco I, pertenecía a una de las más antiguas e ilustres familias francesas; remontándose el origen de la casa al año 1000, época en la cual poseía el Poitou. Nació este soldado en 1460, y a los veintiocho años obtuvo su primer éxito militar.

Acaudillando las tropas que Ana de Beaujeu, regente de Francia, enviaba contra el Duque de Bretaña, batió a sus enemigos en Saint-Aubin-du-Coumier, haciendo prisionero al Duque de Orleans, después Luis XII de Francia. La Trémouille contribuyó al casamiento de Ana de Bretaña y de Carlos VIII. Después observó una conducta tan brillante, que fué nombrado teniente general del Poitou.

Cuando Luis XII subió al trono le aconsejaron que se desembarazase de La Trémouille, que le había derrotado en Saint-Aubin-du-Coumier. Entonces fué cuando el rey pronunció aquellas célebres palabras: "No le está permitido al rey de Francia vengar las injurias del Duque de Orleans".

Jefe del Ejército de Italia, conquistó el milanesado el año 1500, lo que le valió nuevos honores y los títulos de Gobernador de la Borgoña, almirante de la Guyena y de Bretaña. Aun venció en Agnadel, y de nuevo se hizo notar por su intrepidez en Marignac, muriendo después en la batalla de Pavía.

nuestros caracteres eran bien distintos, pero siempre creí en la ley de los contrastes. Ella es razonadora, enormemente razonadora, y yo soy un impulsivo. En ella lo que prima es el cerebro. En mí, el corazón. La inteligencia de Sara está disciplinada en el análisis más prolijo y estudia su alma y la mía y nuestro cariño como el médico en el cadáver tendido en la mesa de disección. Ve el pro y el contra, pesa, calcula, y cuando se decide a obrar, ya el encanto de la espontaneidad ha desaparecido. Yo no puedo ser así. Yo la quiero instintivamente, sin analizar nada; obedezco a una fuerza que no sé de dónde viene pero que me esclaviza a ella. Usar el escalpelo me sería doloroso y cruel. Yo sé que los espíritus complicados no resisten un estudio minucioso y prefiero querer como el destino y la naturaleza me lo ordenan. Además, Sara es celosa. Ella dice que no, pero no

—¿Qué tal está tu novia? ¿Con que la has vuelto a hablar?

Yo me quedé sorprendido y ya iba a contestarle, cuando me dijo con voz resuelta:

—No mientas, que es inútil. Ayer "sentí" que me eras infiel. No creas que te guardo rencor. "Eso" tenía que suceder algún día.

Callé. En efecto, ayer por la mañana, después de largos meses de ausencia, me habló por teléfono Esther Padilla. Yo creía ya terminado todo entre nosotros, pero otra vez empezaba a inquietarme el corazón mi extraña amiga de otros tiempos. Sara lo había adivinado y sintió esa pequeña crisis de amor. Como le había prometido no mentarle nunca, le confesé mi pecado. Y tuve que decirle quién era "ella" y cómo la había conocido. Triste historia de un cariño no comprendido nunca y ahogado en un momento de rebeldía por mi orgullo.

¿Por qué se había empeñado

Sara en que se lo dijera todo? ¿He debido acaso contarle estas cosas? Yo soy el culpable, que me he dejado engañar ingenuamente por su astucia. Ahora, la sombra de la "otra" se alzaré siempre entre los dos. Sara habrá encontrado justificados todos sus temores, y nunca más tendrá confianza en mí. Y lo peor de todo es que queriéndola como la quiero, la "otra" no se ha borrado del todo de mi corazón y suelo verla en sueños, muy a menudo, con su pequeña cruz de brillantes oscilando en el pecho, mirándome con sus ojos negros que tantas delicadezas supieron inspirarme.

Sara, considérame como a un niño grande y caprichoso, que vive para una sola cosa: para amar. No me niegues, ahora que más lo necesito, el consuelo de tu cariño, y el estímulo bondadoso de tu amistad. Tus besos disipan todas mis tristezas. Tus brazos lánguidos, cuando te cuelgas de mi cuello, me hacen congraciarse con la vida. ¿Qué importa que haya fantasmas a nuestro alrededor, si nuestro cariño sabrá ahuyentarlos para siempre?

Mayo 2.

Todo ha terminado. Todavía estoy bajo la impresión de lo irreparable. Han sido unas cuantas palabras cambiadas en tono airado, brusco, como de enemigo a enemigo. Y otra vez esta horrible entereza mía que no se abate por nada, este orgullo que no sabe retener el bien querido que se va.

Soy un hombre perdido. Ya nada ni nadie podrá salvarme de este pozo sin fondo donde me siento caer. Sara y Esther, los dos grandes amores de mi vida, ya no son sino espectros que me atormentan el alma. Ni la una, por sus pocos años, ni la otra por su exceso de análisis, supieron comprenderme ni amarme con la solicitud cariñosa que yo necesitaba.

¿Qué hacer, en esta tarde incolora de otoño, caminando solo por las desiertas calles del suburbio? Y pensar que en la salita azul, suavemente iluminada, estará ella en el diván, quizá esperándome... Iría, me echaría a sus pies, le pediría perdón, y le prometería serle siempre, siempre fiel... Pero no, yo bien sé que nunca podré hacer eso. Entre ambos se ha abierto un abismo que de día en día se irá haciendo más hondo.

¿Por qué me miran con ojos de asombro estos pequeños que juegan en la calle? Debo tener una expresión muy rara porque han suspendido sus juegos para verme pasar. Una oleada de sangre sube hasta mi cabeza, y un leve cosquilleo corre por toda la piel. Siento en la garganta un nudo angustioso que me ahoga, y como si fuera niño otra vez, los ojos se me empañan de lágrimas.

Es tarde de domingo, desapacible y brumosa, y estas hojas amarillas que van alfofriendo la calle, parece que fueran cayendo también sobre mi alma.

Sara, tú no sabes qué raíces hondas tenía este cariño en mi corazón. Me has creído un veleidoso, y te has equivocado, te has equivocado...

Una expedición

Por Abraham Polanco

La noticia nos costó un disgusto. ¡Pobre Colás! Aunque, a decir verdad, él había logrado todas sus aspiraciones en este mundo. Quiso casarse con la Eufemia, la moza más garbada del pueblo, y consiguióla por mujer; deseó reunir unos cuartejos para establecerse en El Canteral, y a fuerza de sudores los reunió; igualmente tuvo a su vera los doce hijos que fueron el sueño de su juventud y el insomnio del resto de su vida. ¿Qué más podía pedir?

Hasta la muerte respetó sus gustos. El había dicho que prefería acabar rápidamente, sin darse cuenta de lo que le pasaba, y así finó el pobrecito, con una borrachera que le entretuvo dos días y tres noches y que luego cumplió escrupulosamente la voluntad de su dueño. La Eufemia lo relataba con toda clase de detalles en la carta que nos mandó. Decíanos también que tendría mucho gusto en ver por allí "a los sus señoritos", y que lo malo era que Colás no había dejado "ni para honrarse". Así es que cuando mi padre me dijo: "Tú irás al entierro", no sabía yo si iba a ir en calidad de embajador de los míos o de "honra" de Colás, duda que aclaré al recibir para Eufemia el pésame y unos duros. Nunca olvidaré la emoción que puso mi padre en la despedida.

Antes de pasar adelante diré que mi hermana Luisa se empeñó en venir conmigo, y no hubo manera de disuadirla. Ni lo penoso del viaje, ni lo desagradable de la misión, ni las molestias de la estancia en el lugar fueron para ella argumentos bastantes. Nos recordó que Colás le había salvado la vida de niña sacándola del estanque a punto de perecer, y, más vencidos por su testarudez que ablandados por su gratitud, decidimos dejarla. Todo se lo merecía el viejo criado, y además mi hermana era capaz de marcharse sola. Hay que respetar los enterrecimientos.

Tras de cuatro horas de tren llegamos a Encopiedades. Allí nos esperaban con una burra, y ella y el hijo del barbero nos guiaron hasta El Canteral. Por el camino intentamos ampliar las noticias de la desgracia, y sólo oímos varias veces estas palabras: "Tenía que ser", que interpretamos como una declaración de que la cosa estaba descontada, por llevar Colás mucho tiempo ensayando "con todo" la jornada final.

Al divisar la casa mortuoria tuvimos una sorpresa. Vimos a la puerta mucha gente con jarros de vino. Un momento cruzó por mi cerebro la idea de que Colás había resucitado y estaba entre todos en pleno ejercicio de sus facultades. Pero no; tratábase tan sólo de acatar la costumbre comarcal. Había que dar de beber a cuantos formaban el triste acompañamiento, que a veces no era tan triste como suele decirse, aunque fuera más compañía de lo que un profano pudiese calcular.

Ansiábase ya nuestra presencia. Era la hora oportuna y aun pasaba de la justa para el entierro. Así es que nada más recibir los besos y las babas que Eufemia tuvo a bien confiarnos a mi hermana y a mí y los puñetazos que conmovidamente me largaron en la espalda los animales de sus hijos, dispúsose la marcha. Luisa preparábase a quedarse al lado de la viuda diciéndole las vaciedades de rigor, cuando Jacinto, el más grande de los huérfanos, gruñó: —¿Cómo! ¿La señorita no viene? ¿Es que nos va a hacer ese desprecio?

Explicáronnos que en El Canteral van hombres y mujeres hasta el cementerio. Luisa no quiso hacer remilgos, y mientras en la casa consolaban a Eufemia dos o tres mujeresucas anticipos de cadáveres, echamos a andar.

Supongo que mi hermana no volverá a tener ganas de asistir a otro acto parecido, aunque el causante la hubiera arrancado de lo más horrible y profundo del Canal de la Mancha. ¡Qué de atrocidades! La primera es que en El Canteral llevan siempre al muerto, descubierta la caja, por todo el pueblo "pa que se despidan", tradición a la que nadie osaría allí oponerse,

porque guardan la brutalidad para trances más serios. Pues ¿y las conversaciones? Atravesábamos el campo, y "la cebada del tío Nemesio" y "el patacal del Milhombres" ocuparon toda la atención del concurso. Otros momentos, el asunto no era menos piadoso. Para las próximas elecciones habrá que asesinar a don Evaristo. Y sino, que pagase mejor los votos, que los "eletores" no eran "cualquier cosa" para que los despachasen con unos "riales".

De lo que ocurrió en el "camposanto" deseaba no acordarme. La caja no cabía en la fosa, y el alguacil, que era a la vez el "hoyero", quería hacerla entrar a la fuerza, porque él "había echado bien las medidas". Después de una disputa violentísima, lloviendo amenazas y vociferaciones, el airado funcionario cogió el azadón y se puso a ensanchar la sepultura. Allí,

a un lado, como un fardo enojoso, a que corre prisa facturar, estaba el pobre Colás, más que asistido del cariño, envuelto en el malhumor de sus deudos y amigos.

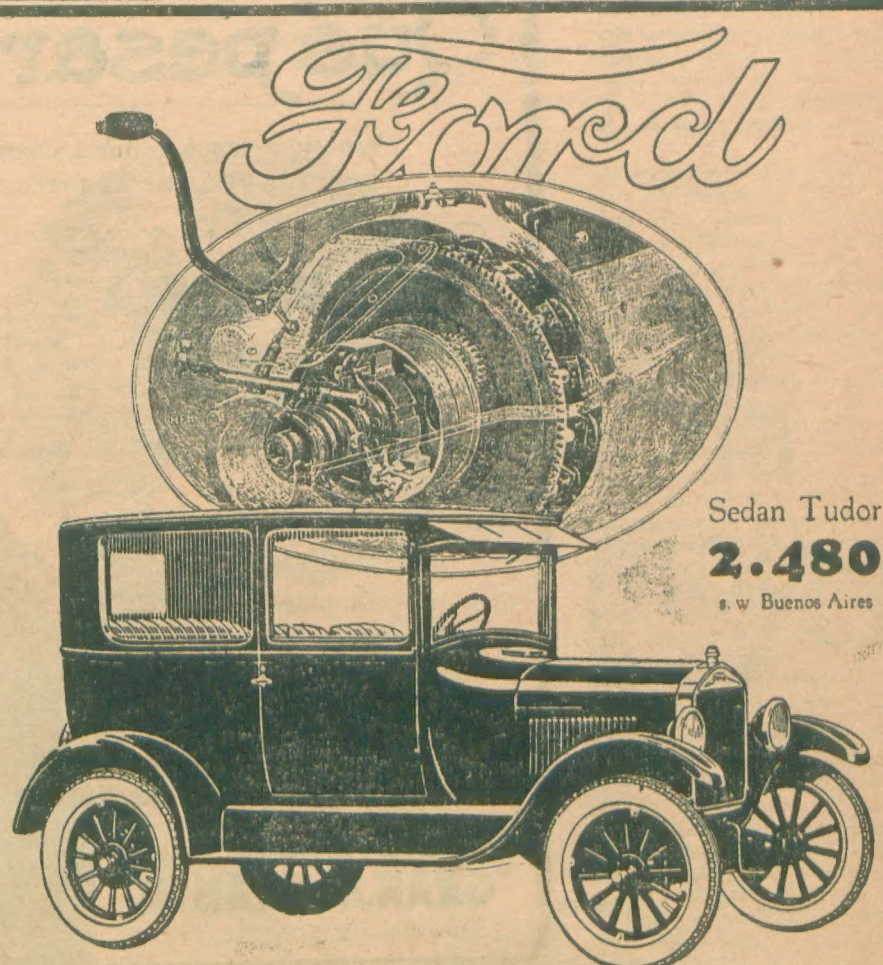
La mano de Luisa se asió a mí. Observé a mi hermana. Aquella criatura se desvanecía. Un minuto más tarde la recogí en mis brazos. Los del pueblo nos contemplaban extrañados. Estoy seguro de que sentían desprecio por nosotros.

Los chicos de Colás fumaban, impacientes. Uno de ellos se creyó obligado a hablar algo, y dijo:

—Los señoritos... ya se sabe... Nosotros, "pa" estos casos, "semos" más bestias que ellos.

Todos asintieron.

El alguacil seguía cavando.



Sedan Tudor
2.480
s. w Buenos Aires

El Embrague Ford

**Funciona en Aceite — Actúa con Suavidad —
Dura largo Tiempo.**

EL embrague Ford de discos múltiples, que funcionan en aceite, actúa de manera muy efectiva y es el tipo de embrague más suave y de más fácil operación que se fabrica.

Tan suave y silencioso es su funcionamiento que apenas puede uno darse cuenta de que el coche está provisto de embrague. No tirona, no se calienta, ni se descompone, por poco hábil que sea el conductor.

El baño de aceite asegura una lubricación constante y perfecta, manteniendo una película de aceite entre los discos, que suaviza su acción al entrar en contacto, reduciendo el desgaste a proporciones tan insignificantes que, prácticamente, nunca es necesario cambiar o hacer ajustes en las piezas del embrague.

Aunque su costo de fabricación es más elevado, este tipo es el único que entre el motor y el diferencial proporciona una conexión tan eficaz y exenta de molestias como lo exigen las altas normas Ford en cuanto a eficiencia y seguridad se refiere.



AUTOS — CAMIONES — TRACTORES

—Sí, no cabe duda: eso de viajar para curarse de un amor desventurado, resulta muy interesante, pero ineficaz...

Enmudeció mi interlocutor, llevándose el cigarro a la boca y entornando los párpados, como adelantaba sus labios sobre el tabaco: a un tiempo aspiraba el humo y recuerdos íntimos.

Murmuró, en su ensimismamiento:

—Ineficaz y penosísimo. Yo anduve por el mundo con el propósito de olvidar a una mujer, y cuanto más sugestivos eran los hallazgos de ese turismo sentimental, menos me consolaban, porque yo hubiera querido compartir con mi antigua amante, según costumbre, la emoción del paisaje, de una música, el alborozo de un espectáculo pintoresco...

Pausa, una sonrisa, y nuevas observaciones:

—Tanto llegó a martirizarme la nostalgia de una situación, de una actitud mía del pasado, más que de mi amiga, que pensé que ella, tampoco deseosa de nuestra separación, adivinaría telepáticamente mi tortura y acudiría a reunirse conmigo, contra toda clase de obstáculos. Desde entonces me eternizaba en el hall de los hoteles, creyendo reconocer en cada viajera a la suspirada... Una noche... Una noche, en Tokio, creí adivinarla en una silueta fina y nerviosa, apenas desfigurada por el abrigo de marfil, que no ocultaba sus canillas delicadísimas y la media color de carne. El sombrero de caperuza, y los zapatos de tacón bajo, correspondían al estilo de la ausente, coincidiendo incluso el maletín de mano, idéntico, por su volumen y su funda de lona marrón, al que tantas veces había colocado yo en los coches de los expresos que pasaron nuestro idilio por toda Europa... El sobresalto casi me derriba...

Mi camarada se recostó en la butaca, y se abandonó a fumar su habano, que estuvo desdeñado en el cenicero momentáneamente.

—De manera —repliqué yo, por decir algo— que viajaba usted con un fantasma... ¿Y no se le ocurrió aliviarlo con los mayidos de las *sing-song girls* chinas, de las *geishas* japonesas? ¿No le sedujo un viviente bronce malayo, en los cocales, a la orilla del mar lechoso de luna tropical? ¿No probó a embriagarse con opio? ¿No ensayó el que un encantador de serpientes adormeciera las de su alma?...

Cuando hubo cesado la prestidigitación de mis invocaciones, aclaró el peregrino:

—¡Pero sí al fin llegó la deseada, la soñada!

Ante mi sorpresa, divirtióse él, soslayando la muda pregunta, entreteniendo en superfluidades:

—En el mismo Imperial Hotel de Tokio, de que es empresa el *Mikado*, y en que residen la mayoría de los diplomáticos, se celebraba un baile, una gala de caridad. Asistían todas las damas occidentales del pequeño gran mundo de las cancillerías. Por cierto que tiene una rara sugestión encontrar mujeres blancas, con su desquite, su maquillaje, su melena y su personalidad, después de semanas y aun meses de no ver sino hembras de razas distintas a la que nos caracteriza. Nuestras belldades pasan a constituir el exotismo. Uno las con-

Las glicinas de Tokio

Por Federico García Sanchiz

sidera suyas y al par extrañas, ajenas; algo parecido debe de suceder con la esposa de que nos divorciamos, y que aún nos seduce, haciéndonos fluctuar entre lo que nos

pertenece y lo prohibido, deleitarnos mentalmente en una tentación no pecaminosa...

—Veamos su aventura.

Protestó el disertante:

—No hubo tal, en realidad... Andaba yo entre los grupos, muchos formados por la aristocracia del país, ellos de frac, y con sus gafas de carey, y su sonrisa gimnástica, y sus cónyuges con el kimono y calzadas con unas tabletas de corcho, que no les impedirían danzar al uso yanqui. El público afluyó copiosamente. Surgían los autos, espejeaban en las sombras, alejábanse, vislumbrándose entonces un estanque que hay frente al caravansell, y en que se reflejaban las linternas de papel que iluminaban la calle, unos faroles inmensos, blancos y con el radioso sol patriótico, al extremo de un palo, bajo un tejadillo de madera... A lo mejor cruzaba una *koruma*, el cochecito tirado por un hombre, y en la sudada espalda de éste danzaban dichos destellos...

—Y de repente...

—Corría el mes de Mayo—prosiguió el narrador, sin que le importase mi impaciencia—y la primavera japonesa, que irrita gozosamente a los nipones, monos con alma de flor en ese tiempo, intensificaba la tristeza de mis añoranzas. Quise rehuir el bullicio, extraviándome en el jardín, en el juguete de terracitas, murallas minúsculas, lagos liliputienses, pinos del tamaño de las sombrillas, fanales pétreos, especie de retablos de la luz. Porque si el Imperial Hotel se construyó según normas occidentales, su jardín perpetúa la tradición vernácula...

Cansado de interrumpirle en vano, escuchaba yo en silencio al minucioso confidente. Pero ahora fué él quien se detuvo en su pintura verbal, y reveló sin más pormenores:

—Solitario en un bosquecillo había un bulto femenino, que contorneaba armoniosamente la lumbre de una de las linternas de piedra. Estaba la mujer en el regazo de una piel blanca, que al plegarse erizaba sus bordes, casi fosforescentes. Y se apoyaba contra una columna de ladrillo, como si descansara en el pecho de un seductor. Esa mujer era...

—Comprendo. La telepatía hizo el milagro...

—No; pues viajaba con otro, con un gran negociante inglés, un exportador de seda...

—Ya no comprendo nada.

—La psicología de las apasionadas no conoce la lógica. Por temor a ser abandonada, me abandonó mi amiga, y ahora, llorando la separación nuestra, la hacía definitiva, gracias a su boda con el sedero...

—Supongo, sin embargo...

—En efecto; nos reconocimos; hablamos atropelladamente; callamos juntos; resucitó el pasado; nada más fácil que vengarme del usurpador...

—Sobre la cabellera de madame caían unas glicinas, hallándose espléndidamente en flor la enredadera a que pertenecían. Cogí uno de los racimos, hundiéndolo insensiblemente en el seno de madame. "Mañana me lo darás", dije.

—¿Y?

—...Y no hay adulterio más profundo que aquel que no se realiza, y en que se sueña, y que se evapora en un sacrificio desinteresado... Ni siquiera el remordimiento, que no puede existir, dado que no pecó la adúltera, salvará del desdén al propietario de lo que antes en cuerpo, y ya para siempre en alma, es mío, solamente mío.

Qué pesar

experimentan los niños cuando ven terminarse el tarro de

Dulce Crema de Leche
"GRANJA BLANCA"

que les ha servido antes para deleitarse comiendo a su antojo.

Es su dulce favorito, porque puede ser comido en abundancia y a cualquier hora sin perjuicio alguno

Elaborado con pura Crema de Leche y azúcar refinado; envasado y esterilizado bajo el más absoluto control y perfecta higiene.

Dulce Crema de Leche
"GRANJA BLANCA"
Sano, delicioso y nutritivo



Judas, Pilatos y las Escrituras

Yo siempre he sentido cierta simpatía por Judas y por Pilatos, cuando, en los sermones de Semana Santa, caen sobre ellos desde esos púlpitos, los mayores improperios y los más terribles anatemas. No puedo por menos de considerar que si todo lo que sucedió en la Pasión y Muerte de Jesús estaba así ordenado; si Jesús sabía de antemano que Judas había de venderle y Pilatos entregarle al pueblo judío, Judas y Pilatos fueron víctimas del papel que les había tocado en suerte, y no hay para qué insultarlos cuando, sin su intervención, no hubieran podido cumplirse las Escrituras.

Y ahí es nada; siendo Escrituras y cosas del pueblo judío, ¿cómo no habían de cumplirse? Buenos son los judíos para no hacer cumplir sus escrituras...

JACINTO BENAVENTE.

Policía particular

Por Jean Bonot

—Aquí donde me ves — me dijo Chipe arrellanado en su butaca — ejerzo el oficio de policía mundano, al calor de la lumbre, en zapatillas y con una ganancia diaria de unos cincuenta francos.

—¿Tendrás a tus órdenes una multitud de empleados?

—Uno solo; un pobre viejo, al que doy ciento veinte francos al mes por el reparto diario de los anuncios, ni uno más.

—Me tienes intrigado, y si no fuera indiscreto...

En aquel momento sonó un campanillazo.

—Es un cliente—me dijo Chipe. —Escóndete detrás de esa cortina y aprende.

Desde mi escondite vi entrar un señor calvo, que daba muestras de gran agitación.

—Señor—dijo a Chipe, — me llamo Taupin, soy jefe de cartera de la Banca Tourn y tengo una mujer que me merece la mayor confianza. Pues bien: esta mañana he recibido este anónimo:

“Idiota: Tu mujer te engaña, y tú, sin sospechar nada. ¿No te da vergüenza?”

He estado toda la mañana sin saber qué hacer; pero al salir de mi oficina ha caído providencialmente en mis manos este anuncio de su agencia:

ISIDORO CHIPE

POLICIA MUNDANO

Vigilancia e investigaciones
Especialidad en divorcios

Cogí un “taxi”, y aquí me tiene. ¿Qué me aconseja usted que haga?

—Caballero—respondió Chipe. — Podía usted arrojar al fuego este odioso anónimo, pues estoy tan seguro como usted de que su esposa es la más digna de las mujeres; pero, para calmar su inquietud, le indicaré a usted, a partir de mañana, lo que hace su señora minuto por minuto. Mis honorarios son cincuenta francos por día, y hay que entregar quinientos adelantados.

El señor Taupin entregó en el acto la suma pedida.

—Y ahora — añadió Chipe, — para el caso de que un accidente, poco probable, se produjese, ¿dónde puedo encontrarle para comunicárselo? ¿Qué piensa usted hacer mañana?

—A las nueve iré a Bolsa; almorzaré en mi casa a mediodía; a las dos iré a la Banca; a las seis tomaré el vermut en el Café de los Bolsistas, y a las siete y cuarto estaré en casa con mi mujer, de la que ya no me separo en toda la noche.

—Perfectamente. Venga a verme mañana y le diré el resultado de mi primer día de vigilancia.

—Hasta mañana, y muchas gracias.

—Y qué, ¿has cogido el truco?— me preguntó mi amigo después de acompañar a su desdichado cliente hasta la puerta.

—No, hijo; soy muy torpe.

—Dentro de pocos minutos lo

comprenderás todo. Van a dar las cuatro.

Sonó la campanilla a los cinco minutos, y con gran sorpresa mía la criada anunció a la señora de Taupin.

Era una rubia llenita, linda tal vez, pero que en aquel momento estaba furiosa, despeñada y con el rostro congestionado.

—Caballero, — dijo —: soy la mujer de un hombre digno, al que,

en mis cinco años de matrimonio, no he tenido que reprocharle la menor cosa. Calcule usted, pues, mi sorpresa al recibir esta tarde, a las dos, estas líneas:

“Desgraciada: Te crees amada y tu marido te engaña con una cualquiera de Montmartre. ¿Por qué eres tan tonta?”

Mi primera idea fué ir a la oficina de mi marido para enseñarle esto; pero dió la casualidad que al salir de casa un hombre me entregó un anuncio de su casa de usted. ¡Era el Cielo que venía en mi ayuda! ¿Qué me aconseja que haga?

—Señora, — respondió Chipe — ante todo, tranquilícese usted; de cien veces, noventa y nueve esos anónimos son obra de algún envidioso. Pero para que usted esté se-

gura de la fidelidad de su marido, yo me comprometo durante veinte días a darle a usted cuenta, minuto por minuto, del empleo de su tiempo. Esto sólo le costará mil francos; la mitad satisfecha por adelantado.

—He aquí los quinientos francos, caballero.

—Gracias. Y ahora, para el caso de que ocurriera algo y tuviese que avisarla a usted, es preciso que sepa dónde puedo encontrarla a cualquier hora del día.

La señora de Taupin le detalló el empleo de su tiempo y se retiró satisfecha, casi sonriente.

—¿Has comprendido ahora —dijo Chipe, triunfante— cómo sin moverme de esta butaca puedo ganar mil francos y dejar satisfechos a mis clientes después de llamarlos idiotas y tontos?

la
“mayor...”

ES el «brazo derecho» de mamá en sus quehaceres; la confidente de papá en sus cuitas; la consejera de los hermanos; la enfermera de los abuelos. Y quizás por lo mucho que trabaja, o tal vez por lo que está en una edad delicada hay días en que le duele la cintura, y otros en que siente malestar y cansancio. ¡Gracias a Dios que siempre hay en casa

CAFIASPIRINA

Una dosis le calma inmediatamente cualquier dolor y le devuelve las fuerzas, el bienestar y la alegría. Por eso llama a Cafiaspirina «el consuelo de la familia.»

Incomparable para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; consecuencias de los excesos alcohólicos y de las trasnochadas, etc. No afecta el corazón ni los riñones.

¡No reciba tabletas sueltas!
Pida el tubo de 20 tabletas,
o el SOBRE “CAFIASPIRINA”
de dos.

(PARA FRAY MOCHIO).

Desde la borda misma del vapor nos confabulamos para la aventura. Se trata de subir,—léase trepar—, la inmensa montaña que, levantándose frente a nosotros, amenázanos caer encima... No bien baja la planchada ya estamos en tierra. Y sorteando trabajosamente la bulliciosa algarabía de estibadores y curiosos, mercaderes y harapientos que parlan el meloso lusitano, nos arrojamus por esas calles de Dios, sin temor a hallarnos en país desconocido y sin perder de vista la inmensa mole que parece servir de centinela a la ciudad. Crece el musgo en las rúas solitarias donde a intervalos los cascos de una mula arrastrando algún destartado carretón imprimen un repiqueo de actividad... Callejas sucias y malolientes de ciudad portuaria, burdos cafetines, lóbregas cantinas, prestamistas, ropavejeros... Babel. Como es temprano, se encuentran aún los vendedores de fruta y de verduras, miserables gentes, descalzas, mal vestidas, quemadas por el ardiente sol del trópico, llevando a la cabeza una simple tabla cuadrangular, por milagro de equilibrio, donde se desparraman unas pobres verduras sin vida, desganaadamente... Existen, claro, los burgueses del oficio, y éstos más cómodos van trepados sobre una mula, a cuyos lados se mecen en lento vaivén dos cajones repletos de hortalizas y los clásicos frutos de la región: bananas y ananás. Van mudos, silenciosos; su único pregón consiste en una suerte de matraca, dos largas maderas que agitan produciendo un ruido monótono y trivial.

De vez en cuando nos corta el paso un estético contraste: una rubia lady de deslumbrante blancura, seguida humildemente por una criada de tez de ébano y dientes relampagueantes... Van a compras.

Hemos llegado al pie de la montaña y comenzamos a escalarla por un sendero de piedra que se eleva ya en bruscos zig-zag, ya en caprichosas curvas. Florece en la base y se arrastra por las faldas hasta la cima esa lujuriosa vegetación de clima cálido, plena de color y de perfume, como si en vez de una montaña trepáramos a un vergel. El sol matutino quema nuestras espaldas.

La subida se hace a cada instante más penosa. Creemos de pronto haber llegado a la cima pero una nueva curva del camino nos desilusiona malamente... El cuerpo pesa una tonelada. Las piernas pierden su agilidad.

Con la intensa transpiración, nuestra elegancia portefa ha degenerado lamentablemente.

Nadie lleva ya sombrero, ni cuello, ni saco y alguien... Bueno, alguien amenaza hasta con quitarse los pantalones... La grey femenina protesta y, claro, por galantería se impone subir... subir... ¿hasta cuándo? La mitad de los peregrinos se han rezagado, claudicando vergonzosamente ante los numerosos merenderos dispersos a la vera del camino, entre cañaverales y bananos, donde se goza paradisiacamente, bajo un liviano cobertizo, de una fresca cerveza regional o una áspera "cachaza" que suaviza el gaznate, mientras los ojos se van de fiesta tras las maravillosas perspectivas del paisaje... ¡Cobar-des!

La iglesia en la montaña

Alguien, desde arriba, ha dado un grito triunfal semejante al que surgió de las carabelas legendarias anunciando tierra...

Un esfuerzo más y quedamos asombrados.

No hay allí, como creíamos encontrar, algún banano gigantesco con un mico trepado en lo alto, o una lóbrega caverna habitada por un monstruo mitológico, sino, sencillamente, algo inesperado que nos hace enmudecer de emoción, arrobados en un sentimiento de tierno misticismo, que nos embarga el alma; una capilla, una iglesita humilde, allí, en lo alto, casi tocando el cielo, como si fuere realmente la morada de Dios... Antiquísima, cuasi derruida, con una cruz de mampostería al pie del atrio y un campanario colonial. Despintada, caído en partes el revoque, está allí, sin embargo, firme, silenciosa, abatida por todos los vientos, que-

vamos a husmear por otros rincones, espiando por todos los intersticios, tras las desvencijadas puertas o trepándonos a las ventanas con agilidad de chichelos... Hay una puerta abierta: es la sacristía. Un fraile escribe no sé qué cosas en un registro sobre un escritorio que, por milagro, se sostiene en pie, mientras el sacristán "ad majorem Dei gloria"... vende rosarios y estampitas, exclamando, sucesivamente, a cada interrogación: "dous mil reis, tres mil reis", ante los asombrados ojos de las visitantes devotas que quieren "llevar algo de recuerdo"... ¡Dios mío, también hasta en estas alturas se comercia con los divinos atributos!

Trepamos por una escalerilla que gime lastimosamente bajo nuestros profanos pies y nos hallamos irreverentemente en el púlpito en actitud de quien va a dirigir un sermón a los que abajo rezan... Nos

LA PANDERETA

Hizo Dios un magnífico pandero que sirviese de caja a la alegría, doró su cerco con la luz del día y lo dejó entre lazos prisionero.

Hechas con placas de metal ligero, le intercaló sonajas a porfía, y dió estrépito loco y armonía al ronco parche de tirante cuero.

Le echó a rodar en torno del planeta, y cruzó la sonante pandereta por todas las naciones que el Sol baña.

Fué perdiendo vigor cada segundo, y al acabar de recorrer el mundo, besó la tierra y se paró en España.

SALVADOR RUEDA.

mada por todos los soles como un símbolo del espíritu triunfando sobre la naturaleza. Yo hubiera preferido volver atrás antes que profanar con nuestro bullicio mundano ese mudo rincón de santidad, pero la vanguardia ya ha hecho irrupción, rodeando el templo con infantil algarabía.

Naturalmente, cuando penetro por el vetusto portal, ya están las mujeres al pie del altar donde arden algunos cirios. Contemplamos las imágenes de las paredes... ¡Oh la gravedad fantasmagórica de esos rostros bordados o de aquellos otros cuasi angélicos, nimbados por una aureola deslumbrante que el lívido resplandor de los cirios llena de una vida sobrenatural...

Pasajes de la Pasión; la cruz como una obsesión repitiendo su trágica andanza a través de los cuadros; las rojas vestiduras, los rostros patibularios de los rudos centuriones, contrastando con las deslumbrantes facciones de las vírgenes y la dolorida imagen del "manto cordero divino"...

Pero nosotros, eternos descreídos y burlones ahitos de idolatría, nos

damos vuelta azorados, bajando en tropel, con riesgo de la escalera y de nuestras humanidades.

El sacristán nos increpa indignado: "perdidos, sinvergüenzas, que no saben estar con juicio en la casa de Dios". Es verdad. Ponemos cara de circunstancias y nos damos a la inspección ocular de una sala contigua, cuyas paredes, repletas de arriba abajo de retratos y estampas ofrecen un aspecto de museo. Retratos de recién casados, vulgares, que ofrendan "a la santísima Virgen, por haberles curado de tal enfermedad". Nombres y una fecha... Promesas absurdas, objetos inverosímiles, estampas, medallas, relicarios, alhajas, abalorios, rosarios inmensos, cruces diminutas... ¡Minúsculos monumentos de la fe satinados de una patina de vejez y un perfume vago de santidad!

Ya estamos atosigados. Asomamos nuestras narices ansiosas en procura de aire fresco por una ventanuca de prisión y quedamos pasmados ante un trozo del panorama maravilloso de la ciudad que se extiende bajo nuestros pies. ¡Adiós

metafísica! Nos echamos fuera. Un amigo, desde el atrio nos enfoca con su Kodak dispuesto a inmortalizar más o menos fielmente nuestras efígies.

Una hija de la tierra, de piel de azabache y vestida de un rojo rabioso, cruza ante nosotros con un cántaro bajo el brazo. Era lo que faltaba para dar "carácter" a la foto. Un chusco le grita: "¡Ei minina, ven pra'cá!". Pero ella nos responde sonriendo y mirando de soslayo al cura que ha asomado la nariz: "Non podo"... La razón es terminante y la vemos alejarse y perderse en las suaves ondulaciones del sendero.

Se acerca el mediodía. Algunos cuervos revolotean airoso sobre nuestras cabezas, poniendo raudas manchas de tinta sobre la diafanidad del cielo. La pureza del aire y el desgaste del ascenso nos injerta un apetito feroz que nos hace delirar con pantagruélicos festines. Pero el hambre es poeta.

El cielo, que parece tocamos con nuestras cabezas, es el fondo de una inmensa copa invertida... cielo azul, de una pureza deslumbrante, surcado de caprichosas nubes blancas que se dilatan hasta el infinito como extensas banderas de paz... A nuestro redor las plantas exóticas, las flores raras, las rocas puntiagudas y abruptas, los perfumes intensos de la fronda, y abajo... abajo la ciudad con sus techos de teja, monotonamente rojos a orilla de las extensas rúas rodeadas de árboles o palmeras gigantes que evocan los desiertos de la leyenda... Y más allá aún, el mar, el mar tranquilo, profundamente azul, en cuyas riberas la espuma juguetona lustra el oro deslumbrante de las arenas...

No sin cierto pesar abandonamos la alta morada. Estamos todos mudos, ensimismados, y a cada paso hacia abajo sentimos como un vago desconsuelo, como si en ese descenso del cielo hacia la tierra nos fuéramos alejando paulatinamente del buen Dios...

Arriba la campana de plata de la humilde capillita rompe con su voz celestial la inmensa paz del mediodía.

ALBINO REY.

Santos (Brasil), 1926.

El oído y la música

El oído bien educado de un músico, puede distinguir notas entre las cuales no existe más diferencia que una centésima parte de tono. La mayoría de las personas no pueden percibir una diferencia de una décima de tono, y algunas, apenas distinguen un tono de otro.

La causa de esta curiosa disparidad se debe a ligerísimas diferencias en la estructura del caracol, pieza maravillosa del oído, que reconoce los sonidos musicales. En su estructura se parece mucho a las cuerdas de un piano y hasta tiene un apagador para impedir que se mezclen los sonidos cuando se producen en rápida sucesión.

Este pequeño aparato musical funciona por las vibraciones que recibe del tímpano, enviándolas al cerebro por medio del nervio auditivo.

En el escenario político figura, en primer lugar, el misterioso. El misterioso es un personaje que tiene modalidades que lo exhiben en el ambiente con caracteres propios y definidos, manteniendo inalterable su perfil, cualquiera que sea la jerarquía que tenga y el sitio en que lo ubiquen los acontecimientos. El envoltorio físico con que cubre la psicología que exterioriza su yo, no tiene forma definida y concreta. Puede ser alto o bajo, delgado o grueso, rubio o pelirrojo, negro o blanco, sin que esto influya en la misión que tiene y en la función que desempeña. En sus movimientos guarda relación con sus procedimientos. Hace aspavientos, pronuncia palabras sibilinas, siempre al oído del interlocutor. Raras veces levanta la voz, casi nunca conversa en rueda, siempre acorrala al sujeto a quien hace el honor de sus confidencias, en algún rincón de la habitación en que se encuentra o de la calzada en que lo halla. Algunas veces lo invita para dar un corto paseo y cualquiera que sea la hora del día o de la noche; elige algún lugar, también misterioso, para comunicarle la gravedad de las noticias que sabe y los hipotéticos acontecimientos que, según las circunstancias, deben fatalmente producirse.

Puede ser el misterioso hombre de comité central o suburbano, ciudadano prestigioso, abogado ilustre, diputado, ministro o senador, periodista eximio, hombre culto y social. Ninguno de estos rasgos altera la fisonomía esencial del personaje que en el escenario político caracteriza al misterioso. El misterioso es misterioso por propia psicología y con absoluta prescindencia de la jerarquía social y política que tiene. La característica que exhibe la exhibe en todas partes. Es misterioso por tendencia y por temperamento. No puede vivir sin el misterio. Se asfixia y sofoca si alguno dice en voz alta las tonterías que él murmura al oído con aire misterioso. Hace misterio lo mismo de una grave cuestión de estado que de un nombramiento de ordenanza. El misterio es su elemento. El vive en el misterio como el pájaro en el aire y los peces en el agua.

Conoció, hace alrededor de treinta años, por vez primera, el primer misterioso que me familiarizó más tarde con el personaje cuyo espécimen se encuentra en todas partes. Vestía por vez primera la toga que, en Roma, consagra al ciudadano, con los entusiasmos propios de la edad. Debía esa noche hablar en público, también por vez primera, en carácter de orador popular. Me encontraba como es natural bajo la excitación inevitable que centuplica las dificultades y magnifica la acción. Por otra parte no era broma el debut. El gran tribuno debía realzar con su presencia la asamblea en que vibraban con los entusiasmos de la época, la sinceridad pasional que actualiza el porvenir y orienta los destinos manifestados de la República. El misterioso se me acerca y con la solemnidad propia que el misterio infunde, después de invitarme a que lo acompañara algu-

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

nas cuadras, ahuecando la voz, me murmuró al oído toda una frase sibilina: "mi joven amigo", me dijo, "cúidese mucho; de este ensayo depende su porvenir"...

Más tarde he tropezado con el misterioso en cada esquina. El personaje se me ha hecho familiar. Por eso cada vez que se me acerca, las primeras palabras me dan la clave psicológica. Lo escucho resignado y le prometo también misteriosamente guardar reserva. Hace algunos meses, por ejemplo, lo encontré en una de las grandes reparticiones públicas. Tras el saludo de estilo me murmuró al oído.

—¿No sabe lo que pasa?

—No, mi amigo.

—¿Es posible?

—Pero, ¿de qué se trata?

—Pero, amigo, ¿cómo es eso? Usted, con las vinculaciones que tiene, ignora este hecho que va a

influir en los destinos del país trayéndonos probablemente una conflagración universal. Si no lo sabe se lo diré confidencialmente, honrando su discreción y su palabra de honor comprometida.

—Le agradezco su muestra de confianza y soy todo oídos.

—Monseñor de Andrea no será Arzobispo de Buenos Aires.

—¡Buenas tardes!...

X

LOS REPTILES

Mezcla diabólica de todas las perversiones, el reptil humano en el escenario político es la constante preocupación de los naturalistas, al no poder determinar el lugar que le corresponde en la clasificación zoológica.

Vive en la sombra, chismeo, intriga, calumnia, injuria, amparándose constantemente en el anóni-

mo. Cuando por cualquier circunstancia se descubre, entonces, cobarde, rehuye toda responsabilidad. Siempre usa la fórmula congradada con que resguarda sus maledicencias. Siempre en sus afirmaciones intercala el inevitable "se dice" o "lo he oído decir", para cubrir su retirada y ampararse en la impunidad.

No tiene la energía de cuadrarse nunca. Culebrea y arrastra con todas sus pasiones y con todos sus instintos inconfesables. Va y viene, para ser en cada instante la sombra maléfica de la dignidad y el honor. Es inútil exigirle responsabilidad. Se inclina, se prosterna, adula, llo- ra, jura y perjura, arrepentido y contrito si es sorprendido. Usa todos los resortes que inventa la desvergüenza y apaña la hipocresía.

Los reptiles humanos se encuentran en todas las instituciones públicas y privadas. Cuando son empleados desacreditan al superior, se vinculan con sus iguales y oprimen al subalterno. Para todos tienen el arma adecuada que difama y denigra. Con sus intrigas provocan la anarquía y el desorden, relajan la disciplina y pretenden entre sombras, adueñarse de las instituciones para hacerlas servir a sus pasiones torpes y brutales o a sus intereses, más torpes y brutales todavía. Cuando no forman parte del personal tienen también los mismos caracteres y usan los mismos medios, constantemente rastrosos y miserables. Empleados y particulares, no tienen un rasgo de altivez.

Es curioso contemplar estos ejemplares zoológicos en el ambiente en que exteriorizan sus modalidades. En mi experiencia conozco todos los matices en sus distintas gradaciones. Algunas veces se presentan humildes, llenos de hipocresía, al pretender con la trase adúlona, engañar al superior y sugestionar a las personas que tratan. Otros usan el arma torpe y despreciable del chantaje. De vez en cuando se declaran víctimas de persecuciones imaginarias. Suelen de tarde en tarde inflarse, girando nombres propios para darse importancia, al murmurar al oído sus vinculaciones con los hombres de significación política y social. Siempre les falta el ademán que exhibe en su fiereza el rey de la selva. Sólo tienen la baba inmundada que asquea...

Cuando los reptiles humanos se creen más seguros en sus torpes y misteriosas maquinaciones se descubren en todas sus deformidades. Es la claridad meridiana que rasga las tinieblas y precisa el concepto claro y definido en el radio en que actúan. Entonces, agobiados por la enorme responsabilidad, ensayan la farsa torpe y adúlona con el arrepentimiento y la adhesión.

Por una ley que radica en la conciencia humana, entre acciones y reacciones, los reptiles circunscriben el perímetro en que inevitablemente se aíslan. La gente honesta evita todo contacto con ellos. De ahí el castigo ejemplar. Señalados por la opinión viven sus días sin luces, torturados por la envidia, vendidos por la dignidad, condenados por la moral y despreciados por todo el mundo...

BALTASAR GRACIAN.

Una catedral en el Tibet

En una de las recientes expediciones que hicieron unos oficiales del ejército inglés al Tibet, han descubierto curiosidades muy interesantes que han dado a conocer en sendas conferencias.

Uno de ellos describe una solemnidad religiosa a la que pudo asistir en la Catedral de Lhasa.

Se encontró con una enorme cantidad de sacerdotes inclinados ante imponentes estatuas de Buda, que cantaban al unísono, a media voz, acompañados con sordina por instrumentos de cobre.

El abad—el Patriarca—se inclinó hacia adelante en su trono y agitó hacia el suelo una especie de abanico de plumas de pavo real.

Aquello fué una señal para que se produjera una gran batahola indescriptible, en la que se mezclaba el estruendo horrisono de timbales, tambores, trompetas... Un jazz-band religioso, como si dijéramos. Un cabaret litúrgico.

Paulatinamente, aquella algarabía fué disminuyendo, para terminar en un eco lejano.

Entonces el abad aquel entonó un canto que los sacerdotes repitieron en coro, con una voz extraordinariamente profunda, que parecía subir de un abismo.

Aquellas voces no parecían humanas.

En un piso superior, inmediatamente encima, denominado el Infierno, se celebraba una ceremonia idéntica. Allí, los grandes sacerdotes adoraban al demonio hembra, protector del gran Lama.

En columnas y muros había colgados numerosos emblemas diabólicos, cabezas de monstruos, horribles máscaras...

Por el suelo, entre los pies de los grandes sacerdotes, entregados a sus curiosísimas prácticas religiosas, circulaban despavoridos, de un lado a otro, infinidad de ratoncillos blancos, a los que echaban granos de arroz.

Luego supieron estos oficiales que a estos graciosos roedores les cuidan cuidadosísimamente y les miman con esmero, pues consideran que cada uno de ellos es la reencarnación de un antiguo guardián del santuario.

CURIOSIDADES

Uno de los pintores chinos más famosos fué Tsao-Puh-Ying, y cuéntase de él, que en un cuadro dedicado a un emperador pintó algunas moscas, como si estuvieran posadas sobre flores, y con tal perfección dibujó algunos insectos, que el emperador quiso ahuyentarlas con el pañuelo.

Los buitres suelen volar a una velocidad de más de 160 kilómetros por hora.

Los druidas atribuían especial virtud a cierta clase de plantas, en particular al muérdago, que cortaban el primer día del año con una hoz de oro.

En la Gran Bretaña e Irlanda hay diez y ocho Universidades.

Se cree que hay en todo momento mil tormentas desarrollándose en diferentes partes del globo, y que su energía es igual a unos cien millones de caballos.

Es curiosa la cantidad de ciudades norteamericanas que llevan nombres de ciudades europeas. Veintitrés se llaman París; treinta y dos, San Petersburgo; once, Londres; veintisiete, Francfort; veintiseis, Hannover; una, Toledo; siete, Hamburgo; una, Madrid; once, Dresde; ocho, Bremen; cincuenta y cuatro, Roma; ocho, Versalles; y una cantidad de ciudades con nombres españoles: San Francisco, Los Angeles, etc., etc.

Los egipcios suponían en el escarabajo, especie que creían sin hembra, la facultad de nacer de sí mismo en la podredumbre, por lo que lo adoptaron para simbolizar la vida eterna y la inmortalidad del espíritu, dando origen al *escarabeo*, que consiste en un escarabajo de bronce, arcilla o piedra tallada con lustre cerámico, y en la parte posterior, lleva con caracteres jeroglíficos los nombres de los dioses y del propietario. Se usó mucho como amuleto y con frecuencia sustituyó en las momias el pectoral y aún al mismo corazón del difunto.

La piña, o ananá, nace espontáneamente en el África Ecuatorial, sobre todo en las regiones lluviosas.

Existen grandes plantaciones en las cercanías de los adueros, y a menudo, cuando los indígenas abandonan uno de estos pueblos, la sola huella que subsiste de su permanencia es el extenso campo de ananás.

Las hojas de ananás alcanzan las dimensiones de 1.50 a 1.75 metros. Los indígenas utilizan las fibras para la confección de redes de pescar.

Las cuerdas que hacen también de estas fibras son muy resistentes, y substituyen ventajosamente a los hilos de algodón de Europa.

Las hebras de ananá pueden quizá utilizarse para la confección de tejido. El procedimiento se está estudiando ahora, y se espera dé resultado.

Un temblor de tierra se desarrolla a una velocidad de 145 metros por segundo.

Las uñas se abrillantan con óxido de estaño (el cual sirve también para pulimentar la concha), en forma de pasta. Las proporciones son 15 gramos de óxido de estaño y 15 gotas de esencia de espliego. A esto se añade un poco de carmín y goma tragacanto.

Si se mancha de aceite en la máquina de coser cualquier prenda blanca, se humedecen con amoníaco, la parte manchada y se lava después con agua y jabón.

Para ahuyentar las moscas de las alcobas, basta poner en la cabecera del lecho una esponja con esencia de espliego.

Las moscas aborrecen este olor y no se acercan.

La joyería es una de las manifestaciones artísticas en que el pueblo egipcio ha demostrado de un modo más evidente su depurado gusto, su exquisita sensibilidad para la línea y el color y el sorprendente instinto de estilización de que hacían gala en sus originalísimas composiciones decorativas.

Cuando no basta el cepillo y el jabón para dejar bien limpio el borde de las uñas, se pasa una punta de toalla mojada en agua caliente con unas gotas de amoníaco.

La madera más cara del mundo es la del *cabol*, un árbol de África que se paga a tres mil quinientos duros el metro cúbico.

Las personas que comen sólo carne de carnero caen en un estado de melancolía indefinible.

Para pegar papel a la hojalata o a cualquier otro metal, basta echar un poco de miel al engrudo ordinario.

El *cab*, que tanto se empleó y aun se emplea, sobre todo en Inglaterra, es un coche que lleva dos grandes ruedas y cuya caja es de madera; tiene la puerta a la parte delantera y lleva dos ventanas, una a cada lado. El pescante lo lleva en la parte de detrás y en alto, y desde él se guía.

Lo inventó en 1834 un arquitecto llamado Hamsom, por lo que también se le conoce con el nombre de *hamsom-cab*.

En el Cáucaso, la temperatura no es uniformemente fría. Y lo mismo se da un frío espantoso que un calor asfixiante, en otros sitios.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero, no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los POLVOS DENTIFRICOS y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50 — de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO - INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Banquete en honor de los marinos del Buenos Aires



A iniciativa de nuestro colega "El Diario Español", organizóse el banquete con que la colectividad española quiso tributar un homenaje de reconocimiento a los marinos del crucero "Buenos Aires" que, como se sabe, condujo a España a los intrépidos aviadores del "Plus Ultra". — A la izquierda, la cabecera de la mesa ocupada por el ministro de Marina, por el encargado de negocios de España, por el presidente del Club Español y por el comandante del "Buenos Aires", capitán de fragata Américo Fincati. — A la derecha: un grupo de los comensales que asistieron al banquete. — El acto se realizó en los salones del Club Español.

El jurado respectivo
adjudicó el premio
nacional de ciencias



Doctor Tiburcio Padilla, a quien correspondió el primer premio de \$ 30.000, por su libro "Electrocardiografía".



Ingeniero Enrique Butti, que alcanzó el segundo premio dotado con \$ 20.000, por su obra "Introducción filosófica al estudio de la relatividad".



Doctor Juan A. Sánchez, agraciado con el tercer premio de \$ 10.000, por su libro "Química analítica funcional de medicamentos orgánicos".

Baile en el Círculo General San Martín



Un grupo de señoritas concurrentes al baile realizado por el Círculo Social General San Martín, fiesta que alcanzó lucidos contornos.

Bibliografía



Señor Alberto G. Ocampo, autor del libro "Natal", recientemente publicado por la Editorial Nativa.



Conferencia del doctor Veillet



Con asistencia de los ministros de Bélgica y de Rusia, y de un crecido número de personas, el doctor Roberto Veillet pronunció su anunciada conferencia, que versó sobre el tema "Argelia, Túnez y Marruecos". — Vista parcial del salón del Círculo Belga, mientras se realizaba el acto.



El conferenciante durante el desarrollo de su interesante disertación.

Demostración a Mr. Howard Williams



Con motivo de ausentarse para Londres, donde se hará cargo de la dirección del Ferrocarril Central Argentino, el gerente de esta empresa, Mr. Howard Williams, fué objeto de una simpática demostración, que le fué tributada por el personal de dicha compañía. — A la izquierda: el obsequiado y las personas concurrentes al acto, escuchando el discurso del señor Octavio Cesario, ofreciendo la demostración. — A la derecha: el señor Williams agradeciendo la distinción que se le hizo objeto. — El acto se realizó en el restaurant de la estación Retiro.

VIDA PERIODÍSTICA



Vista parcial de los concurrentes al lunch con que nuestro colega "Assalam" festejó la inauguración oficial de las nuevas dependencias agregadas a las oficinas del mencionado órgano periodístico.

NECROLOGÍA



Subcomisario José C. Torr , meritorio funcionario de la institución policial, cuyo reciente fallecimiento ha sido muy lamentado.

Homenaje patriótico a la memoria de San Martín y de Belgrano



Ansiciado por la Comisión de la Juventud Hispano-Argentina, realizóse un homenaje, de índole patriótica, ante los monumentos de San Martín y Belgrano, a cuyo pie se depositaron guirnaldas de flores. — Asistieron al acto los delegados de las entidades adheridas a aquella institución, autoridades militares, guerreros del Paraguay, expedicionarios al Desierto y numeroso público. — La concurrencia congregada al pie de la estatua de San Martín, escuchando a los que hicieron uso de la palabra, durante la ceremonia.



La señorita Teresa Costa declamando la composición poética titulada "Los granaderos", original de Belisario Roldán.



El palco oficial y una parte del público que asistió al homenaje a San Martín, escuchando la ejecución del Himno Nacional.



La concurrencia agrupada ante el monumento del general Belgrano, durante la ceremonia conmemorativa, efectuada inmediatamente después de la tributada al general San Martín.



Recepción en honor del príncipe Mohamed Ali Tufic



El príncipe egipcio, Mohamed Ali Tufic, actualmente nuestro huésped, en cuyo honor realizó una recepción el Club Sirio Libanés.



Un grupo de señoras y señoritas de la colectividad sirio-libanense, que tomó parte en la fiesta social organizada en honor del príncipe Mohamed Ali Tufic.



El príncipe y una vista parcial de la concurrencia que asistió a la recepción efectuada en los salones del Club Sirio Libanense.



Una instantánea tomada durante el lunch con que fué obsequiado el ilustre visitante.



Otro núcleo femenino que dió realce a la fiesta.

El monumento al
Dr. Guillermo Rawson



El escultor señor Héctor Rocha, autor del proyecto de monumento al doctor Guillermo Rawson, que ha sido aceptado por el jurado que actuó en el concurso respectivo, y una reproducción fotográfica del boceto premiado, de acuerdo con el cual será ejecutada la obra.



Nuevo director de dispensarios
antituberculosos



Doctor Fidel R. Alsina, que acaba de obtener, por concurso, el puesto de director de Dispensarios antituberculosos municipales, cargo para el que ha sido nombrado por la Intendencia Municipal.

Football. -- Combinado Porteño de la Asociación v. Paraguayos



Team de Combinado Porteño de la Asociación, que venció a Paraguayos por 2 a 1 goals.



Cuadro de Paraguayos derrotados en su encuentro con Combinado Porteno.



Una vista parcial de la tribuna popular de la cancha de Boca Juniors, mientras se realizaba el match.

(Fots. Giraz).

Primer Congreso
Panamericano
de
Periodistas en
Washington



Grupo de periodistas americanos que tomaron parte en el Congreso recientemente efectuado en Washington, reunidos frente a la entrada del palacio de la Unión Panamericana, poco después de una de las sesiones.



El edificio de la Unión Panamericana, en Washington, donde tuvo lugar el Congreso de Periodistas.

Caricaturas
de "Palito"



De izquierda a derecha y de arriba abajo: Roberto Cazaux; Olinda Bozán; Angelina Pagano; Eva Franco; F. Brenna; Berta Singermann y Gloria Guzmán, figuras teatrales ampliamente conocidas en nuestros escenarios.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La señorita María E. Colombo, que en breve contraerá enlace con el señor Enrique P. Ramallo.



La señorita Esther Estrugamou y el señor Carlos Blaquier Alzaga, después de su enlace.



La señorita María Sara Miranda, que recientemente se desposó con el señor Enrique Fourmentel Dumont.



Enlace de la señorita Ethel Segal con el doctor José Liebermann. Los contrayentes después del acto religioso.



La señorita Estela Maquieyra y el señor Carlos Daverio, cuyo matrimonio se efectuó recientemente.



La señorita María Teresa Debuchy y el señor Eduardo M. Díaz, después de sus desposorios.



ROSARIO.—Enlace de la señorita Dora Hadjés con el señor León Büchler.—Los novios después de la ceremonia nupcial.



La señorita Leonor Casajuana Ferrer y el doctor Adolfo A. Brisogni, recientemente desposados.



Enlace de la señorita Laura Junquel con el señor Carlos Pajares. Los contrayentes, después de la consagración religiosa.

Importantes investigaciones científicas en el desierto



George Olsen, (a la izquierda), y Roy Chapman Andrews, ante un nido con huevos de plesiosauro, descubierto en el valle Shabarahr Uu. Se hallaron también calaveras y esqueletos de dinosaurio. Extremadamente ricos en fósiles estos campos, se encontraron en ellos las calaveras de mamíferos más antiguas que conoce la ciencia.



La cabeza de la caravana, con su jefe Merin, atravesando el desierto de Gobi.

La tercera expedición asiática, dirigida por Roy Chapman Andrews, por cuenta del Museo Norteamericano de Historia Natural y del Magazine "Asia", ha pasado la primavera y el verano últimos en el desierto de Gobi, en Mongolia. Aparte del descubrimiento de alta cultura de los primitivos seres, que se consideran darán mucha luz para reconstruir la historia del hombre primitivo. Los expedicionarios obtuvieron la cooperación de representantes de una raza llamada "habitantes de las dunas", porque viven en ellas o en el lecho seco de antiguos lagos, que datan de unos 20.000 años. Han sido encontrados nuevos huevos de dinosaurio, además de los anteriormente hallados. Se utilizaron en la excursión cinco automóviles, dos tractores y 125 camellos, que recorrieron 5.000 millas, llevando viveres para 45 hombres, durante cinco meses.



Una belleza mongol. Entre los nativos de Mongolia, quienes prestaron amistosa ayuda a los miembros de la expedición, hubo un grupo de nómadas del otro lado de la Gran Muralla. La belleza que reproduce el grabado tiene 17 años de edad y se retrató adornada con tocado de boda, que consiste en cuentas de ámbar y plata y ricas turquesas.



Región donde vivió y murió el titanothereo, animal de gran tamaño semejante al rinoceronte, que existió hace millones de años.



Los nativos embelesados ante un fonógrafo en acción.



Sobre la carga del automóvil, uno de los perros mongoles, que fueron de gran eficacia para la lucha contra los lobos, vigila el contenido, mientras el vehículo, con ayuda de otro automóvil y de algunos hombres de la caravana, es sacado de un mal paso.



Objetos de la Edad de piedra encontrados por N. C. Nelson, arqueólogo de la expedición, a quien se ve en el grabado delante de su tienda de campaña, realizando observaciones.



Mientras la caravana hace un alto entre las áridas dunas, Mr. Andrews y el jefe camellero tratan de descubrir un camino.



Donde habitan los "hombres de las dunas". — Fueron encontrados en aquellos lugares, elementos de gran importancia arqueológica.



La página humorística



—Mi papá ganaría mucha plata si pudiera trabar par... Pero tiene la enfermedad de estar siempre cansado...



—¿Qué hace, doctor?
—Señora. Es la única manera que he conseguido hacerla sacar la lengua.



—Debe estar equivocado señor oficial. Yo no he tenido nada que ver con la justicia en toda mi vida.
—Precisamente por eso.



—¡Pobre Marta! ¡Cuánto sufre! Tiene el corazón partido...
—Sí, en dos sitios: Mar del Plata y Montevideo.



Los frecuentes asaltos a los bancos, han hecho que los empleados adquieran conocimientos especiales, y gran agilidad. — Señor Globito, a usted le toca ahora.



—Admiro su manera de vestir. ¿Tiene inconveniente en darme la dirección de su sastre?
Ninguno. Siempre que usted me prometa no darle a él la mía.



—¿Qué han hecho? Este es el escritorio de mi esposo, no la habitación para que jueguen los niños.



—¿Qué le ha parecido el museo, tía?
—Considero que es una lástima toda la plata que se han gastado en adquirir y conservar tantas antigüedades que en mis tiempos no tenían ningún valor.



Impresiones del Charleston.



—¡Hoy sí que te fastidiaste! Te creías que me íbas a hacer lo mismo que ayer, ¿eh?



—¿Y no encuentra un medio digno de vivir?
—No, señora. Trabajo es lo único que me ofrecen.



Actualidades Cinematográficas



Alice Terry y Conway Tearle, que con Wallace Beery interpretan "La barrera infranqueable", película que Glücksmann estrenará el viernes próximo.



Hoot Gibson y Virginia Brown Faire, en "El vaquero ruboroso", cinecomedia que la Universal estrenará pasado mañana.



Carol Dempster, protagonista de la nueva película de D. W. Griffith, que Artistas Unidos exhibe desde anteayer en el Empire.



Richard Talmadge y Sheldon Lewis en "La marca del odio", cine drama que la New York Film distribuye desde el domingo último.



John Gilbert, Aileen Pringle y Lawrence Grant en "El amor en la corte de Rusia", cine drama que la Corporación exhibe desde el domingo pasado.



Betty Compson en una escena de "El palacio del placer", que interpreta con Edmund Lowe, cine drama que la Fox distribuye desde la semana anterior.



Los artistas que con el perro "Rin-Tin-Tin", interpretan "La pista de los lobos", cine drama que la General estrenará el viernes próximo.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Festejando las bodas de plata profesionales que con el Hospital Italiano Garibaldi, acaba de cumplir el doctor Eduardo Bondone, este caballero fué objeto de una demostración de afecto por parte de un núcleo de compañeros y amigos. A la izquierda: el doctor Bondone, acompañado de los miembros del consejo directivo del Hospital Italiano, que organizó el homenaje. A la derecha: una vista parcial del banquete con que fué obsequiado el doctor Bondone, acto que se realizó en el bar Cifré. — Ofreció la demostración el señor José Sgroso, a quien siguió en el uso de la palabra el doctor David Staffieri.



Carrera a la americana, de las seis horas, organizada por el Club Ciclista Rosario. — Miembros de la comisión organizadora y del control de la prueba.

Poco antes de la largada de los numerosos ciclistas, que tomaron parte en la gran carrera.



A. de Loma e Isollo, que integraron el equipo ganador.

C. Verduna y C. Berger, que ocuparon el segundo puesto en la llegada.

F. Ribolla y A. Giordano, que triunfaron en la prueba de tercera categoría.



Match por el Campeonato Vila. — A la izquierda: el celebrado centro forward Atino Badalini, que a pesar de sus años, es el mejor elemento del conjunto de Newell's Old Boys. — En el centro: team de Newell's Old Boys que venció a Central Córdoba por 1 a 0 goals. — A la derecha: Chabroin, half derecho de Newell's Old Boys y punto fuerte de la defensa. (Fots. Flores Toledo).

Ecos de la visita del ministro doctor Sagarna, a San Luis



Durante la recepción del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna, en la Municipalidad de Mercedes (San Luis).



Cabecera de la mesa en el banquete organizado por el Club Social, en honor del doctor Sagarna, quien tiene a su izquierda al gobernador de la provincia, Sr. Guillet.



La señora del gobernador de la provincia de San Luis, señor Guillet, y otras damas, presenciando desde un palco el banquete servido en honor del doctor Sagarna.



El ministro de Justicia e Instrucción Pública, pronunciando su discurso en el acto inaugural del Colegio Nacional, de Mercedes.



Un rincón del Club Social, durante un intervalo en el baile de gala realizado en honor del doctor Sagarna.



El ministro de Justicia e Instrucción Pública, en el Potrero de los Funes, contemplando las sierras de San Luis, durante una excursión campestre a dichos lugares.



El ministro y el gobernador de la provincia de San Luis, visitando el Parque del Chorrillo.
(Fots. La Vía).



El doctor Sagarna, a su partida de San Luis, en la plataforma del tren que le condujo a Buenos Aires.

FRAY MOCHO EN EL PARAGUAY. -- LAS FIESTAS PATRIAS



El presidente de la República del Paraguay, doctor Ayala, acompañado de los miembros de la embajada uruguaya, presenciando el desfile de 8.000 escolares, realizado con motivo de la efemérides del 15 de mayo.



Los niños de las escuelas de la Asunción, durante el desfile patriótico efectuado en presencia del presidente de la República.



Un batallón de infantería rindiendo los honores reglamentarios en las fiestas patrias.



El aviador del ejército uruguayo, teniente Gestido, que realizó un raid aéreo de Montevideo a Asunción, con objeto de asistir a los festejos del 15 de mayo, y el aparato en que llevó a efecto el vuelo de referencia.



Uno de los equipos que tomó parte en el concurso de arados, con tractores Fordson, realizado en Paraguari, con motivo de las fiestas patrias.



Los boy scouts paraguayos llegando al lugar donde se efectuó el concurso de arados. (Fots. Carrón).



La muchachada afilando los dientes para el ataque al jugoso asado, importante número del programa en su excursión a Paraguari.

INFORMACIÓN GRAFICA DEL INTERIOR



SANTIAGO DEL ESTERO.—Ante una numerosa concurrencia, llevóse a efecto el match de football entre Boca Juniors, de la capital federal, y Combinado Liga Santiagueña, en donde los primeros de los nombrados se impusieron sobre sus adversarios por 2 a 0 goals. — A la izquierda: el team vencedor. — A la derecha: equipo de Combinado Liga Santiagueña.



SAN FERNANDO.—Señorita Vitalina Vitale, recientemente graduada de profesora superior de piano, con excelentes clasificaciones.



VILLA VALERIA.—Señores Sala, capitán del team Noctámbulos del Campillo; Ferreyra, referé y López, capitán del equipo Valerense, que actuaron en el partido ganado por los primeros.



LUJAN.—El jefe de correos y telégrafos, señor Maurindo Villamea, que en representación del presidente de la República, apadrinó, con la señora María del C. G. de Torres, al niño Rubén Marcelo Martínez, saliendo de la basílica, después del acto.



GUATRACHE (Pampa).—Los señores Miguel Medina, Jacinto Rosen y Gaspar del Campo y sus respectivas esposas, la señorita Orfelía P. Garbiso y el señor Enrique Naranja, que actuaron como padrinos en el acto de la bendición de las campanas del pueblo.



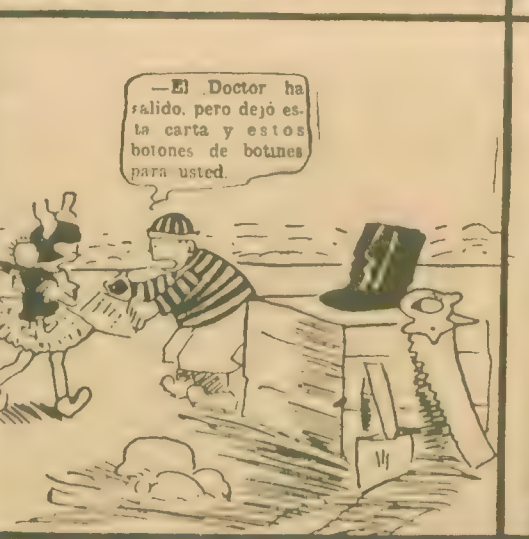
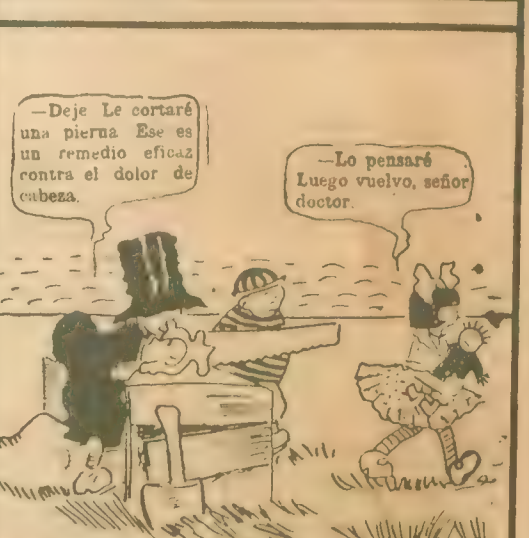
Nuestro corresponsal fotográfico señor Filiberto G. Guorra, uno de los pocos fundadores de Guatraché, que aun subsisten.



SAN FERNANDO.—Team Huracán San Fernando, que triunfó por 2 a 1 goals, sobre Independiente Felicitarias.



Cuadro de Independiente Felicitarias, vencido por Huracán San Fernando. (Fots. Bertuzzi, González, Busano y Guerra).



Señorita Lolita:
Fuego que asistí a un enfermo
Caso grave y apurado. De dos
hildorras de éstas a su nene, cada
dos años, y no le producen el
efecto deseado, vuelva a verme
dentro de una hora.
Profesor
Pipirí

El árbol estaba enfrente mismo al banco en que me hallaba sentado en los jardines de Kew. Un árbol común, excepto que tenía hojas muy delicadas y puntiagudas, y parecía haber mucho espacio entre sus ramas. Yo lo estaba mirando sin ningún interés particular cuando vi encaminándose hacia mí a un hombre alto y corpulento. Parecía muy solo en el camino en que se paseaba. El también echó un vistazo al árbol, miró la etiqueta colgada en el tronco, y se paró, inclinándose un poco para adelante con las manos apoyadas en el bastón. Entonces sentí un ligero gruñido.

—“Morus Alba”—dijo, frunciendo las cejas—; nunca lo había oído llamar por este nombre—me hizo un ligero saludo.—¿Sabe algo de árboles, señor?

—Muy poco—le contesté.

El quedó callado un rato.

—Es curioso, cómo los olores y las cosas le hacen pensar a uno. ¿Se ha dado cuenta de eso alguna vez? Las cosas más que las gentes, y los olores más que las cosas.

Yo asentí. No había nada en su apariencia que despertara la imaginación. Una cara ancha con una tez de mal color; unas manos grandes y lisas, y un cuerpo grueso y flojo, del que caía su traje arrugado y deformado. Sus ojos eran muy pequeños y de un gris verdoso.

Caminó despacio alrededor del árbol y volvió.

—Qué raro que yo haya venido derecho a este árbol. Apuesto que en los jardines de Kew no hay un hombre que tenga por una morera blanca los sentimientos que tengo yo. ¿Usted no esperaría eso de un individuo que tiene un pequeño almacén en Clapham, verdad?

Era tan claro que él deseaba conversar, que yo me limité a estarle tranquilo, agradable y afable. Por lo menos hasta que supiera lo que le pasaba por la mente. No había en él nada misterioso, ni nada sospechoso en su manera de ser; pero nunca se puede saber. De todas maneras, yo disponía de una hora de ocio.

—Morera blanca—murmuró él.—¡Por Dios, por Dios!

Me reí un poco.

Metió un dedo grueso en el hornillo de su pipa, prendió un fósforo y comenzó a chupar despacio.

—Hace veinticinco, no, veintiseis años, yo vivía entre moreras blancas. Era vivir aquello, comprende bien. Usted no sabe quién soy yo, nunca lo sabrá. ¿Le molesta que hable así?

—De ningún modo. Diga lo que quiera.

—Muy bien; eso me ayudará bastante. Es extraño que yo haya venido a Kew para decirlo. Siempre me pasa eso: topo siempre con lo que menos esperaba. Pero, ¿de qué vale esperar las cosas? Casi siempre uno se equivoca.

Coincidió con su filosofía, y él parecía explicarse poco a poco. Comprendí que era su método de comenzar. Examinándolo más de cerca, me hacía recordar algo que yo no me supe explicar.

—Volviendo a “Morus Alba”—continuó, moviendo la cabeza como si recordara reminiscencias,—eso hace desfilar por mi mente tantos cuadros; cuadros que en una época eran frescos, y al ser barnizados vuelven a recuperar su frescura! Son las cosas que uno está siempre manoseando las que se ponen vie-

MORERA BLANCA

Por Allan Sullivan

jas, no las guardadas en el estante. Aquel árbol viene de Asia.

—Así dice la etiqueta.

—Sí, está muy bien. Allí estuve yo, al norte de Birmania. ¿Ha estado allá?

—No.

—Cuando se sube el río Irrawady, viajando en dirección al nordeste, se llega a la provincia de Shan. Allí están las colinas de Mong también. Yo estuve negociando en aquellas partes. Poco me importaba también en qué negociaba. A lo menos, a mí nada me importaba. Todo lo que quería era vivir; y, por Dios, ¡qué vida era la mía!

en medio de una civilización mucho más vieja que la nuestra. De todas maneras, ¿qué es lo que se comprende por civilización? ¿El radio y el cine? Tengo un aparato de dos lámparas en mi casa de Clapham. Fui obligado a comprar. Mi mujer, ¿comprende? Yo le odio. Prefiero mil veces sentir una campana de iglesia a través de un valle. La campana que siento ahora es la maldita cosa que suena cuando se abre la puerta del almacén. A mi mujer le gusta eso. Yo no me quejo. Ella es muy buena, hasta cierto punto. ¿Casado?

—No,—respondí.

—Bueno; no importa. No se case,

Pidan

“QUILMES
DE INVIERNO”

La mejor cerveza
para la estación

Pregunté algo respecto a los habitantes.

—Bueno, no son como los birmanos, que no matan. Eso es contra la religión de Buda. Allí en las provincias de Shan son distintos. Yo vagué por allá algún tiempo, conseguí unas cuantas esmeraldas, y después seguí viajando por las fronteras del sur de la China.

—Usted estaba muy lejos de la civilización—aventuré yo.

—Se equivoca usted. Yo estaba

a no ser que le obliguen a ello. El azúcar subió medio penique la libra esta mañana, y me cansé tanto explicando que yo no ganaba más con eso, que me mandé mudar y vino para acá. Ahora he topado con “Morus alba”, y eso me ha hecho recordar. ¡Azúcar! ¡Al infierno!

Yo aguardé.

—Es un país rarísimo aquel límite del sur de la China. No se puede saber en dónde empieza la

China, y Dios sabe dónde acaba. Entre esa gente, lo que más me llamaba la atención era que sabían mucho más de lo que dan a entender. No le gustan los extranjeros, y yo no les gustaba. Seguramente los monjes eran la causa de esto. Yo negociaba durante algún tiempo, recibiendo de vez en cuando insinuaciones de que por el bien de mi salud sería conveniente que siguiera viaje. Claro, yo seguía viaje. ¿Le gustan las esmeraldas?

—Mi piedra predilecta.

El quedó callado un momento.

—Me enloquezo por ellas—dijo despacio.—Hay algo en el verde que no puedo resistir. Preferiría tener una piedra realmente buena y guardarla para mí, que cualquier otra cosa en el mundo. En ese país de que hablo, las hay en abundancia. Los comerciantes ricos las aprecian muchísimo. Tienen sus propias minas en las colinas y no permiten el acceso a ningún extraño. Si uno entra en una propiedad de esas, le garantizo que no sale más. Comprendí eso perfectamente, y les daba toda la razón. Por eso aumentaba más aún mi codicia. Había un tipo, Peng Yung, que tenía la reputación de poseer más esmeraldas que nadie en el distrito. No vendía ninguna. Jugaba con ellas, me dijeron, y las dejaba gotear por entre sus dedos. Un día lo encontré, y en cuanto me vió se dió cuenta del motivo de mi presencia allí. Lo supe por su manera de sonreír.

—Entonces, ¿le invitaron a seguir viaje?

—Sí; más tarde. Peng Yung negociaba en seda, y despachaba fardos de capullos. Tenía hectáreas de moreras blancas. Un día yo estaba conversando con él, comprendiendo su jerga lo mejor que podía, sin hacer ninguna pregunta sobre aquello que más le interesaba, y bien se daba cuenta él, cuando vi unos ojos negros que miraban por un biombo detrás de él. Yo adiviné en seguida lo que me decían.

—¿Su hija?

—Sí; Laknee, su única hija, la cosa que más quería después de las esmeraldas. Su nombre no lo supe sino algún tiempo después. Parecía que la tenía bastante encerrada, y la iba a casar con otro comerciante de seda, cuyo establecimiento era limitrofe con el suyo. Un hombre, más o menos, de la misma edad de él. Unz especie de arreglo comercial, por lo que yo veía. Pero a Laknee no le parecía bien ese compromiso y se hallaba resuelta a hacer cuanto estuviera en su poder para eludirlo. Yo vivía en aquel entonces en una casita en las afueras de la ciudad. Las plantaciones se hallaban más arriba, en las colinas. Un día, cuando yo estaba sentado bajo un árbol (“Morus alba”), pasó una mujer me miró por encima del hombro y me hizo una seña de que la siguiera.

—Era un poco peligroso, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Supongo que era; pero ¿qué me importaba? En aquel país en todo había cierto riesgo. De cualquier manera, la seguí, y al rato llegué a una cañada cerca de la plantación. En el fondo corría un pequeño arroyo, y al lado estaba Laknee. Allí fué el comienzo de todo el lío.

Se detuvo de repente, raspó su pipa, la volvió a llenar y la puso en el bolsillo. Yo me di cuenta de

que en ese momento el tabaco había perdido su sabor. Encontré muy sugestivo e impresionante ese gesto de él. Tuve la convicción de que en Clapham no hablaba de ese modo.

—No vale la pena contarle los sucesos de los otros dos o tres días subsiguientes — continuó la voz fuerte y tranquila. — Yo tenía treinta años, era soltero, y la sangre me ardía en las venas. Laknee poseía cierta fogosidad fría y tranquila que... bueno, que me enloquecía. Podíamos hablar muy poco; pero eso, como usted comprenderá, no era necesario. No era amarilla como su padre: poseía una tez pálida color crema, con ojos como la endrina. Se vestía como un ramito de flores. Manos y pies pequeños, y un pescuecito redondo sobre sus bien modelados hombros. Una cabellera negra, negra como la noche, y siempre admirablemente peinada. Unas uñas que parecían almendras. Arrogante, también. No me daba demasiada confianza, pero muchas veces se sentaba, mirando con aire distraído, hasta que yo la creía una pagana diosa de la belleza y tenía miedo de tocarla. Paulatinamente me percaté de que ella planeaba la manera de efectuarlo.

—¿Efectuar qué?

—La fuga. No se me había entregado completamente, como lo hubiera hecho otra muchacha cualquiera. ¡Demasiado orgullosa! No podía hacerlo mientras no estuviésemos fuera de ese sitio y viviendo solos. Eso aumentaba aún más mi amor por ella.

El agitaba la cabeza en profunda meditación.

—Me daba una impresión de que en su fondo había latentes cualidades excelentes; como tradición, sabiduría y experiencia; una especie de código. No sé; ella era de buena sangre, sangre antigua y aristocrática. Yo era un pobre negociante. ¡Parece raro que uno pueda hacer semejante comparación con una muchacha pagana!

Dejó caer su pesado cuerpo sobre el duro banco.

—¿Qué es lo que es un pagano? Me doy por vencido. ¡Y eso que he visto tantos!

Yo, vacilante, contesté:

—Raciocinando así, yo tampoco estoy muy seguro.

—Ni yo. Nosotros creemos que sabemos todo, ¿no es cierto? Pero, por Dios, cuando comparo a Laknee con mucha gente en Clapham, empiezo a ver lo que es realmente un pagano. Espere hasta que le cuente todo, y comprenderá. No está aburrido ya, ¿verdad?

—Muy al contrario.

—Bueno—continuó. — Yo sabía que el asunto no podía durar mucho tiempo. Estaba asombrado de su valor en esperarme allí como lo hacía, y descubrí que sus sirvientes particulares, los cuales la adoraban, hacían las veces de centinelas. Nunca los vi. Fui a su casa por mi propia cuenta para encontrar al padre y hacerle ver que no le temía. Es una sensación rara el sentir sobre uno los ojos de un chino y saber en lo que están pensando (en degollarlo alguna noche), y tomando te con él (te que vale una libra por onza), en unas tacitas decoradas de laca, en que cabe tanto como en el dedal de una mujer gorda, y saber también que la muchacha de la cual está enamorado está allí no más, e invisible. Lo único que pude hacer fué jugar un gran bluff. Luego, un día, ella me dijo que la fuga es-

taba arreglada. Se haría con una caravana que transportaba capullos de seda. Disfray y lo demás. Todo lo había arreglado ella.

—¿En qué dirección iba la caravana?

—Por el sur de China, y, según yo veía, hacia Tientsin. Semanas de viaje. Nunca la había visto tan nerviosa, hasta que un día se abatió del todo y lloró en mis brazos como una criatura. Luego me besó y sacó una bolsita de seda que lle-

aquel momento, pero sabía que me hubiera dolido muchísimo enajenar aunque fuera la más pequeña de ellas. Yo había alzado una (puede ser que usted se haya fijado que el hombre que entiende de joyas no elige siempre la más grande para admirar primero), cuando sentí detrás de nosotros una especie de risa. ¡Era Peng Yung!

Se detuvo otra vez, con sus ojos entornados; luego continuó, como si hablara a la punta de su bastón,

DESPRECIO

No te ocultes, cual bestia en su guarida,
temeroso al castigo justiciero.
El que aprecia la gloria de su acero
no lo ensucia en el barro de la vida.

Desiste de llegar hasta mi trono,
que si bien tus afanes son perversos,
no podrás a la estrella de mis versos
profanarla al contacto de tu encono.

Yo soy de los que juegan con el rayo,
y tú quieres, anémico lacayo,
destruir mi ventura con tu mal,

¡sin saber, pobre víbora en derrota,
que te niego hasta el polvo de mi bota
porque sé que te harías inmortal!

ARTURO MARTINI.

vaba colgada del pescuezo por un hilo. En cuanto la toqué supe lo que contenía.

—¿Qué?

—¡Esmeraldas! Yo pensaba antes que había visto algunas piedras buenas, pero no era cierto. Usted conoce aquel verde marino verde del agua, aquel que a la piedra más pequeña le da una profundidad de una milla. Ella las volcó en mi mano, entre risas y llantos, diciéndome que ya no era un hombre pobre. No sé cuántas fortunas estaban en la palma de mi mano en

la cual había metido dentro de la tierra.

—Lo que más me sorprendió fué su cara. Estaba absolutamente sin expresión. No expresaba sentimiento alguno; nada de enojo o ferocidad, o venganza. Si usted puede imaginarse una especie de automática oriental designado con el propósito de cumplir un reglamento cualquiera; que no tenga ni sangre, ni pulso, ni nada, excepto lo que yo solamente puedo describir por "propósito", y el cual automáticamente cumple ciertos requisitos

EL ESCRITOR

El campesino fecunda el suelo, el obrero forja la herramienta, el sabio se abisma en sus cálculos, el filósofo sueña. Los hombres se debaten en dolorosos choques por la vida, la ambición, la fortuna o la gloria. Pero el pensador solitario que escribe agitado, fija su destino. El es quien despierta en los hombres los pensamientos preñados de ideas de las que viven y las que se esfuerzan en tornar realidades. El es quien, con sus fórmulas obsesionantes, los empuja a la acción, a las grandes reparaciones de equidad, de justicia, de verdad. El es quien sabe encantarlos con la voz de la esperanza siempre joven y cuyo reclamo embriagador los arrastra hacia la vida. El es quien los consuela, los rehace, y curando sus heridas, lleva al vencido a ser el vencedor de mañana. El abre los corazones, penetra las profundidades de la vida misteriosa, revela al hombre, y verdaderamente lo crea en su conciencia y en su voluntad.

Haber sido por un día, por una sola hora el obrero de esta obra maravillosa y fecunda, basta para coronar de gloria toda una vida.

GEORGES CLEMENCEAU.

cuando se infringe algún reglamento, entonces tendrá, más o menos, el semblante de Peng Yung en aquel momento. No pude hablar, y miraba a él y a la muchacha alternativamente. De pronto ella se envejeció enormemente. Su cutis era de una palidez mortal y toda su persona parecía haber experimentado un cambio inexplicable. Sus ojos parecían aún más envejecidos, absolutamente sin expresión ninguna. No había más ruido que el viento en las moreras—él miró al "Morus alba". — Me alegro que no haya viento hoy. ¿Qué sucedió entonces? No quise enojarme. El momento no era propicio. Peng Yung estiró la mano, los dedos doblados en una curva. Una mano flaca, seca y amarillenta. Sus uñas sobresalían más de una pulgada. Uñas angostas, puntiagudas, color de leche sucia. Volqué en su mano las esmeraldas, pero conseguí llevar una prendida entre mis dedos. Peng Yung esperó un segundo; luego, sacando una especie de kris malayo, con mucha delicadeza introdujo la punta entre mis dedos y la hizo saltar. Tampoco dijo palabra. Limitóse a hacer un gesto, y obediéndole, le seguimos. Laknee conservaba la bolsita, y Peng Yung todavía guardaba silencio. En el viaje de regreso a su casa pasamos a mucha gente del pueblo. No parecía tomar ningún interés en nosotros. Seguramente juzgaba más prudente no interesarse. Cuando llegamos allí (no tuvimos más remedio que ir, y yo no hubiera abandonado a Laknee de ninguna manera), la muchacha desapareció, y su padre, señalándome una habitación que no había visto antes, me invitó a pasar. Después él también se retiró. Dí la vuelta a la manija de la puerta. Estaba cerrada por fuera. Una ventana de la pared exterior daba sobre un patio en el que se hallaban una media docena de sujetos, y nada pude hacer sino aguardar los acontecimientos. Usted no tiene idea de lo que pasó entonces.

—Dígamelo—repliqué.

—Durante veinticuatro horas, es decir, hasta el anochecer del día siguiente, fui tratado a cuerpo de rey. La casa parecía llena de sirvientes cuyo único deber era atenderme a mí, pobre negociante ambulante. Finalmente apareció un chino joven, que hablaba muy bien el inglés, y me informó que Peng Yung me había invitado a comer. Me hizo traer un traje de brin blanco con una etiqueta de Shanghai, me afeitó y luego me invitó a salir de la habitación. Lo seguí. No tuve otro remedio. Peng estaba sentado en el suelo, al lado de otro hombre de más o menos su misma edad. El mismo tipo de cara, pero más feo. Nos saludamos y comencé aquella comida infernal. Duró más de una hora. Comimos al estilo de ellos, con palitos, ¿sabe? No me acuerdo lo que comimos, pero me ahogaba. Yo esperaba escuchar la voz de Laknee. Tenía la terrible idea de que tal vez la estuviesen castigando, allí cerquita, mientras que me alimentaban a mí como medida preparatoria, y que podría en cualquier momento sentir sus gritos. Era un modo de proceder que podría ocurrírsele fácilmente a un hombre como Peng. Pero ni un sonido; y durante todo ese tiempo ni una palabra. Me di cuenta que el otro hombre era Sim Lee, el otro comerciante en seda, con el cual estaba comprometida Laknee. Tenía razón. Era de cara

redonda, con escasos pelos negros sobre sus labios y barbilla; pelos erizados como los de un cerdo. Me miró con una especie de curiosidad despreciativa; pensando, supongo, por qué la muchacha me prefería a él. Yo comenzaba ya a perder la paciencia y estaba presa de una gran excitación nerviosa. No esperaba vivir mucho tiempo, ¿sabe?

—Bueno—dije—; desde entonces ha vivido unos veinticinco años. Eso vale algo.

El frunció las cejas.

—Tal vez. Y, reflexionando de otra manera, tal vez que no. Depende de lo que esos años contienen. Si usted negociara en grasa y fideos tal vez pensaría de otra manera. No sé calcular el tiempo por libras. ¿Hasta dónde había llegado yo?

—Estaba comiendo.

—Sí; eso es. En cuanto hubieron retirado del piso la última fuente, Peng batió palmas, y entró el hombre que me había afeitado. Peng conversó un rato con él en una jerga para mí incomprensible, y Sim Lee escuchó con una sonrisa de satisfacción asintiendo con su cabeza diabólica, tal cual una horrible imagen con una bisagra en el pescuezo. De pronto Peng Yung se calló, me señaló con la mano, y el hombre empezó a hablar.

—Tengo que decirle —dijo— que Peng Yung ha resuelto cuál ha de ser su castigo. Usted intentó raptar a su hija. El hubiera podido hacerlo azotar, o torturar, o matar, pero no será nada de eso. Dice que siendo usted joven y muy ignorante, no le mueve ningún deseo de herir su cuerpo; también que el cuerpo se cura, de manera que, poco a poco, todo se echa al olvido. Por lo tanto, él castigará su mente, porque sólo los pensamientos del hombre lo siguen atormentando. De suerte que imprimirá en su imaginación un cuadro que jamás se borrará. Esto lo verá ahora. Cualquier tentativa suya de hablar o intervenir significará la muerte. El pone la vida de usted en sus propias manos. También, cuando usted haya salido de este sitio, no dirá absolutamente nada. ¡El brazo de Peng es largo!

Peng batió palmas y cayó una cortina que tapaba un extremo de la habitación, y allí estaba Laknee, sentada como una imagen sobre una pila de almohadones. Sus hombros y pecho estaban desnudos, y adornados con hileras de esmeraldas. Sobre la garganta tenía un gran "cabuchón" del tamaño de una avellana. Sus cabellos eran maravillosos, sus cejas ennegrecidas, y sus ojos, como grandes y tristes estrellas, me miraban fijamente. Era como para enloquecer a un hombre. Hasta que al fin leí en sus ojos algo que me decía que yo debía procurar comprender y aguantar hasta el final por ella. Miré a Sim Lee, calculando cuánto tiempo necesitaría para estrangularlo. El pensamiento de que una belleza como la de Laknee debería ser sacrificada a un cerdo, ardía en mis adentros como un fuego lento. Comencé a comprender lo que Peng quiso decir por castigar la mente. Yo no me hubiera afligido tanto si nuestro amor hubiera sido un amor común. Pero no lo fué. Parecía como si Laknee hubiese venido a mí a través de los siglos y que yo hubiera remontado siglos para encontrarla. A la vez que nos amábamos, nos respetábamos también. ¿A usted le parece posible todo eso, ahora, sentado ahí?

—Sí—respondí—; perfectamente posible.

—Está bien, entonces, y "Morus alba" no me ha hecho divagar. De todas maneras, es la verdad. Entonces se dió comienzo a la ceremonia; el casamiento, quiero decir. Hubo muchos ritos, que no comprendí, e incienso. Ella siguió toda la ceremonia siempre con los ojos clavados en mí, y sin proferir una palabra. Parecía que Sim Lee ya no se acordaba más de mí, mas a Laknee la devoraba con los ojos de una fiera hambrienta. Tal vez lo hiciera en beneficio mío. La última cosa que ella hizo fué arrodillarse a sus pies. Leí adiós en sus ojos, y dió vuelta la cabeza...

Se calló, casi ahogado. En su cara habían aparecido unas manchas rojas, y en su cutis se veía un sinnúmero de arrugas nuevas. Luego miró fijamente a la "Morus alba".

—Fué mientras que ella se arrodillaba cuando se clavó en el pecho un puñal. No vi más que el brillo de algo en sus manos, y sentí un pequeño grito. Se inclinó hacia adelante y quedó inmóvil. Luego una vocecita ronca, que balbuceaba: "¡Harree! ¡Harree!", siendo esa su mejor pronunciación de mi nombre. Las esmeraldas, sobre su seno izquierdo, estaban rojas como rubies. "¡Muerta!", exclamé emocionado. Nunca más se movió. Yo

me enloquecí. No sé qué es lo que sucedió, pero pude agarrar a Sim Lee por la garganta; mas me sacaron en seguida. Lo único que recuerdo es que sentí cerca de mí cara un raro y delicioso perfume, y luego un cansancio por todo el cuerpo y un sueño irresistible. Era ya de día cuando me desperté, y el intérprete estaba de pie a mi lado. "Partiremos ahora", dijo. Nada más. Jamás vi a Peng o a Sim Lee. El intérprete me acompañó hasta que llegamos al río Irrawady, donde tomó pasaje en un vapor del río para Rangún. Al subir a bordo, él me tomó por un brazo. "El mensaje de Peng Yung para usted—dijo—es que conserve vivo el cuadro, y para que no se empañe, tengo que entregarle esto". Me puso algo en la mano, y emprendió el regreso a las colinas de Mong.

—¿Qué fué? —pregunté.

—A eso vengo ahora. No traté de volver a Inglaterra en seguida, pero anduve vagando por todas partes, procurando olvidar. Mas no pude. "¡Harree! ¡Harree!", oía de día y de noche. Mujeres, sí, no faltaban, pero para mí era como si no existiesen. No es tan fácil consolarse cuando aún perdura indeleble en la memoria la imagen de aquella cuyo amor era tan puro y sincero. Peng castigó mi cerebro, y ha continuado haciéndolo implacablemente desde entonces. Fué por eso por lo que me casé.



Una carta costera de Cristóbal Colón

M. de la Roncière acaba de descubrir en la Biblioteca Nacional Francesa una carta que data del 1487 a 1488, la cual, después de un examen detenido, ha atribuido a Cristóbal Colón. Es ésta una carta costera de los mares, muy completa para las costas del Norte del Atlántico, de Noruega al Congo, y en ella están colocados los principales lugares marítimos de Europa y del Norte de Africa.

A esta carta está anexo un planisferio donde se representa todo el mundo conocido. Las costas del Africa descienden hasta el Cabo de Buena Esperanza, que no se había doblado aún. Las costas del Asia meridional están trazadas en línea recta hasta la Indochina, e inmensas islas salpican el Océano Indico. En una de ellas, dice una indicación de la carta, se encuentran gigantes que no tienen nada más que un ojo. El Océano Artico está igualmente sembrado de islas fabulosas: las de las Delicias y las de los Purificadores.

Como dato curioso, indicaremos que ni al Oeste de Europa y del Africa, ni al Este de Asia, coloca Colón tierra alguna, como si no quisiera el descubridor, que estaba seguro de que la había, facilitar la existencia de lo que a él tenía que aprovechar.

Quedé asombrado de su falta de reserva.

—¿Usted quiere decir como una especie de refugio?

—Hasta cierto punto, sí; pero no absolutamente. Calculé que el casamiento con cierta clase de mujeres podría hacerme olvidar de que tengo cerebro. Por Dios, hace veinte años que no hago otra cosa que vender manteca. Después de algún tiempo me olvidé un poco. Mi cerebro se puso pesado e inactivo. Eso es el resultado de mantenerse con vida sin realmente vivir.

—¿Su mujer sabe todo eso? —aventuré.

—¿Qué esperanza! Aunque lo supiera no lo comprendería, pero no me quejo. Yo supe con quién me casaba, y me hubiera enloquecido si hubiera seguido vagando por mucho más tiempo. Es raro hablar a un extraño como le he hablado a usted, pero casi todas las cosas son raras, si uno medita sobre ellas bastante.

—Puede que tenga razón en eso. No me ha dicho qué es lo que le dió el intérprete.

—¡Oh, aquello!

Puso la mano en el bolsillo, y sacó una pequeña piedra verde.

—Es la esmeralda. Aquella que Peng alcanzó a ver entre mis dedos. El sabía que yo no podría venderla a causa de Laknee. Fué para hacerme que me acordara de ella, y he cumplido bien su misión. Mi mujer cree que es de vidrio.

El volvió a mirar el árbol.

—Morera blanca es "Morus alba". Pues yo no lo sabía. Espero que no lo he molestado a usted. ¡Adiós! Quedé estupefacto.

Casualmente yo entendía bastante de esmeraldas, y aquella que me había mostrado valía por lo menos mil libras esterlinas.

¡Tanto valor en el bolsillo de un tendero de Clapham! ¡Increíble!

Un mes más tarde pensé de otra manera.

Mis asuntos me llevaron a Clapham, donde estaba verificando los títulos de una finca, y, caminando por una de las tristes calles de aquel hormiguero humano, describí a mi amigo de Kew dedicado al comercio.

El gas estaba prendido, y por la vidriera pude ver su ancha y pálida cara.

Me detuve un momento y entré.

Miró fijamente, y al rato me reconoció.

—¿Cómo le va—dije—y cómo andan los negocios?

Contestó, refunfuñando:

—Es la grasa, ahora. Subió me dio penique ayer.

Expresé mi simpatía.

—Mire —dije yo— ¿quiere tener la bondad de mostrarme aquella?...

En el fondo del negocio chilló una puerta.

Entró una mujer, y al verla supe que era su esposa, en el acto. Una mujer grande, pesada e indolente. Su cara era apacible, pero por debajo de su aparente suavidad había algo que insinuaba que podría ser terrible si fuese contrariada. Se sentó en un banquito y comenzó a bordar. Cada puntada denotaba autoridad.

Mi amigo se volvió dándole la espalda, y apoyando un dedo sobre los labios, me hizo una rápida señal imperativa. Miré otra vez, y comprendí lo que quería decirme.

—¿Me hace usted el favor de media libra de grasa, de primera? —dije.

Comentarios femeniles

Por Angela Ana Abásolo Suárez

Nunca será bastante apreciado y enaltecido todo esfuerzo que responda al propósito de elevar física, moral e intelectualmente a la infancia. Las crónicas policiales, las estadísticas de la Asistencia Pública nacional y de las provincias y el resultado de los reconocimientos médicos a que son sometidos los conscriptos, hablan con abrumadora elocuencia. Dicen cómo la miseria, en los tres órdenes expresados, origina un estado de cosas que una previsión humana evitaría. La inmensa mayoría de los que se quejan de tal estado de cosas, no sólo no contribuye a las medidas salvadoras, sino que se encoje de hombros. Se aburre soberanamente cuando se trata de ellas en su presencia, o cuando el periodismo acomete temas tan trascendentales.

Mi condición de maestra, y de maestra en una Escuela de Niños Débiles, me pone en contacto diario con el dolor humano. La preceptora, como el médico, observa de cerca las manifestaciones del que pudiéramos llamar pauperismo integral. He tenido en mis manos estadísticas de exiguos salarios ganados, de reducidas viviendas ocupadas por familias numerosas, de penosos exámenes facultativos practicados a criaturas que realmente viven de milagro. Y muchas veces he pensado cómo es que no son cometidos más crímenes; y me pregunté qué portentosas virtudes poseen en nuestro clima y nuestra tierra para que no sean mayores la mortalidad y la decrepitud; y háse arraigado en mí la convic-

ción de que, atendiendo al cúmulo de factores negativos existente, es maravillosa la campaña contra el analfabetismo emprendida y realizada entre criaturas cuya imaginación ha de encontrarse en mil ocasiones muy le-

hoy al señor Sam H. Levi, dueño de una magnífica residencia situada en Castelli (F. C. S.), al saber que éste puso su hermoso establecimiento a disposición del Patronato de la Infancia, respondiendo al llamamiento



Señor Sam H. Levi

jos del centro docente.

Por eso, cuando aquí se registra un acto en pro de la infancia, experimento extraordinaria satisfacción, como mujer, como maestra y como argentina. ¿Ha de extrañarse, por lo tanto, que dedique mi comentario de

formulado por intermedio de La Nación? El gesto posee contornos de grandeza. Los niños allí llevados — ha escrito el citado diario — se han creído en pleno sueño de hadas. Calles de álamos, césped en abundancia, comida en cantidad y en

calidad, pirámides de frutas, cochecito rojo tirado por "petisitos", camiones y autos: todo a su disposición; y todo costado por el señor Levi. Capataces, puesteros y peones — con sus mujeres y sus chicos — obsequian a los pequeños huéspedes, los rodean de afecto, responden al montón de preguntas que su curiosidad plantea. Y el señor Levi se pasea entre los minúsculos excursionistas, les incita a correr y a saltar, estimula su apetito y les participa que cuando vuelvan a la estancia van a encontrar una serie encantadora de reformas.

Una ola de emoción invade a los visitantes, chicos y grandes. "Las Hermanas de la Caridad, lloran", afirmó La Nación. ¿Y cómo no han de sentir que el llanto surque sus mejillas? El señor Sam H. Levi, que no es católico, ha puesto los vehículos necesarios a disposición de las Hermanas y de los niños, para que los domingos y fiestas de guardar concurren a misa. Con semejante tolerancia ejemplar ha culminado la noble actitud de quien espontáneamente se prestó a servir los primordiales deberes de patria y de humanidad. La mejor canción, la mejor escarapela, el mejor discurso, el mejor homenaje tributado a la nación y a la especie, hállese en el hecho. Res non verba. Y si el hecho cunde, si encuentra imitadores — y aun cuando no fuese así — tanto merece el señor Levi el dictado de prócer de la bondad. Moralmente lo contemplamos muy alto, señalando — con el índice de la diestra — la ruta salvadora que se les brinda a los acaudalados.

La más preciada de las condecoraciones españolas, el Toisón de Oro, tiene un historial interesantísimo.

A diferencia de lo ocurrido con otras Ordenes, en la fundación del collar del vellocino de oro intervinieron causas más bien sentimentales que políticas.

María de Cumbruge, célebre belleza de la corte del duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se adueñó de la voluntad de su Soberano. La subida coloración de la rubia cabellera de la dama inspiró mordaces y mortificantes sátiras a los envidiosos de su fortuna; y el enamorado Soberano, para halagar a la dama y humillar a sus detractores de un modo contundente y simbólico, creó la Orden del Toisón del Oro, cuyos áureos resplandores recordase a todos en cuánta estima tenía el duque el dorado toisón de su dama. Y el 10 de Enero de 1429 se promulgó solemnemente en la catedral de San Salvador de Bru-

La Orden del Toisón

jas el establecimiento de la Orden.

La insignia del Toisón alude a la historia mitológica del vellocino de oro de Colcos, conquistado por Fason y los argonautas. La divisa de la Orden *Pretium non vile laborum* da a entender que ella sería el premio al heroísmo. Y el lema *ante fevit cuam flama micet* que ostenta el collar de oro compuesto de eslabones y pedernales, significa: "Antes hiere el eslabón que resplandezca la llama", o sea que se debe probar el valor con los golpes del acero para que brille. Todos los caballeros tenían la obligación de llevar siempre al cuello

este collar, cuya propiedad, dicho sea de paso, es de la Orden, y el uso sólo del caballero; mas andando el tiempo, y como no debería ser muy cómodo ni tranquilizador llevar encima semejante joya, dispuso Carlos V que sólo se usara la insignia del vellón, prendida de una cinta de seda o cordón de oro, forma en que aparece en los retratos de los soberanos españoles.

Ya hemos dicho que el collar del Toisón no es propiedad particular del que lo ostenta. Por tal razón, no puede variarle en lo más mínimo, enriqueciéndole o adornándole,

ni menos enajenarle o empeñarle. Al morir el caballero, sus descendientes tienen que restituir la rica presea al tesoro de la Orden.

Al extinguirse la casa de Borgoña, el gran maestrazgo pasó a la casa de Austria, y de ésta a la real casa de España, por el casamiento del entonces su gran maestro D. Felipe el Hermoso con la infeliz hija de los Reyes Católicos.

El número de caballeros fué en su primitiva fundación el de 21; pero luego se aumentó varias veces, hasta quedar en 53, cuyas vacantes pueden ser provistas por el Monarca sin necesidad de convocatoria ni junta de capítulo general, según breves de la Santa Sede.

En la actualidad hay, como decimos antes, 53 collares provistos, de los cuales 12 lo están en soberanos reinantes en diversos estados de Europa; 28 en Infantes y Príncipes de sangre real, y los trece restantes los poseen grandes de España y otros personajes conspícuos.

Mi hermano Félix, que si alguna vez miente no lo hace tan mal, me refiere que andando por el partido de Villegas oyó el relato que va a continuación, y que las gentes de por ahí daban como muy cierto.

Un estanciero de los más acaudalados del lugar había ofrecido a un núcleo de porteños el clásico espectáculo criollo de una doma de potros.

Después de las jineteadas de cuantos quisieran hacerlo, pondría broche de oro a la reunión el gaucho González, mentado por sus hazañas en muchas leguas a la redonda. Era éste un hombre joven, fornido, de un valor y una serenidad a toda prueba. Nadie lo había visto caer jamás del caballo, a no ser en una "bolenda" o "rodada", pero siempre de pie, con las riendas en la mano y aun echando una pulla a propósito del suceso.

El patrón deseaba lucirse con su domador. No era tampoco otra la aspiración de González, quien durante la semana anterior al día de la prueba se había ensayado en los ejercicios más arriesgados, saliendo constantemente victorioso en todos.

Cuando llegó la ocasión, las damas y caballeros de la Capital quedaron sorprendidos ante la destreza y coraje de la mayoría de los gauchos, que hicieron proezas en sus pingos.

Descando ofrecer una impresión aun más fuerte, el patrón previno a todos que ya verían a González, quien en ese momento venía trayendo una manada de esas que jamás han entrado a ningún corral. Los compañeros de González re-

El que domó al diablo

Por Juan Manuel Cotta

Del libro titulado «LA ABEJA DE ORO», recientemente aparecido

ferían que en su afán de lucirse, el gaucho decía a cada rato:

—¡Siquiera me tocara jinetear al mismo diablo!

Cuando, después de mucho trabajo, se consiguió encerrar la manada cimarrona, comenzaron los entendidos a calcular cuál sería el mejor potro, esto es, el más bellaco y bravo.

En seguida llamó la atención de

todos un animal renegrido, lustroso, que daba bufidos y que parecía de elástico al girar de un lado para otro. Aunque ya era potro hecho,

Con gran trabajo, pero sin cansarlo, consiguieron amarrar al terrible animal a un palenque. Le pusieron las caronas y ni mosqueó.

—¡Caray! —, gritó el gaucho. — Me parece que es más manso que un borrego.

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

estaba orejano. Esto revelaba que jamás había entrado a brete alguno, ni había probado el tirón del lazo.

—¡Ese, patrón! —, dijo regocijado González.

—Ese —, le respondió el dueño. — Y te lo doy si no te volteas...

—Que me ha de voltear. Ni aun que fuera el diablo. Y mejor si fuera...

la barriga.

—¡Oh! pero éste es un matungo, — gritó.

—Castíguelo más, — insinuó el patrón.

González se le afirmó con rabia hasta por la cabeza y le hizo jugar las "lloronas" desde el pecho hasta el anca.

El oscuro salió al galope. Al rato corría campo afuera sin dar

Después que montaron los dos "apadrinadores", clavó González las espuelas y lo castigó con alma y vida, de derecha a izquierda, por un corcovo. Y, finalmente, era tal su furia en dirección a unos médanos, que tiró lejos, pero muy lejos, a los apadrinadores, no obstante que iban admirablemente montados.

Un instante después se veía al jinete agitando sin cesar el rebenque sobre lo más alto del médano. Parecía que las patas del animal no tocaban en el suelo. Al momento desapareció la silueta ecuestre del gaucho, y sólo se divisó a los apadrinadores acercándose y luego subiendo a todo galope.

Lo que estos dos paisanos relataron maravilló a todo el mundo. Al bajar hacia la falda opuesta, aun pudieron divisar cada vez más lejos y suspendido en el aire al infernal bruto, hallando a González ahí no más, junto a unas matas de paja brava. Estaba sobre su recaído, con las riendas en una mano y el rebenque en la otra, azotando los pastos, clavando las espuelas en la arena y gritando:

—¡Y había sido el Diablo! ¡Pingo, pingo, vamos!

Grande era la expectativa de la concurrencia, y no tuvo límite el asombro de todos cuando los apadrinadores volvieron con González maniatado para dominarle la locura furiosa que le había acometido.

Al ver al estanciero, el paisano, llenos los ojos de lágrimas, gritó nuevamente:

—¡Había sido el Diablo, patrón! ¡Sólo el Diablo me ha volteado! ¡El Diablo, el Diablo!...

En la Siberia oriental, entre el mar de Ojotsk y el mar de Kamchatka o de Behringh, se extiende la península de Kamchatka.

Dijérase que es una tierra abandonada de Dios y de los hombres. Durante muchos meses del año su suelo se estremece con violencia, debido a las enormes calderas de sus volcanes. El hielo y la nieve cubren sus valles y sus estepas. Es tierra para osos y perros, para animales de bien cubierta piel.

Para nosotros, es inverosímil que un país semejante pueda ser habitado. En todo caso, sólo lo concebiríamos mediante las más terribles luchas por la existencia.

A pesar de todo, Kamchatka es algo así como un Eldorado para los perezosos y haraganes. Como en todas partes y en todas las cosas, en Kamchatka existen ventajas e inconvenientes. Se diferencia del mundo civilizado en que unas y otras se manifiestan en sus grados extremos.

Indudablemente, la vida en aquella apartada región es "bastante menos" cómoda que en París o en Londres, pongamos por sedes en que todo confort tiene su asiento. Pero, a manera de compensación— y de muy generosa compensación— en ella el diario sustento se alcanza con el mínimo esfuerzo posible.

Abundan en Kamchatka, pero en número extraordinario, los renos, los perros y los salmones. El salmón, seco o ahumado, es el alimento habitual de los kamchatkianos.

PAISAJES SIBERIANOS

Kamchatka, la tierra donde apenas hay que trabajar para comer

Cuando los grandes bancos de salmones remontan los ríos, todo el mundo toma parte en su pesca, con lo cual hácense las provisiones para todo el año.

Y aun hay kamchatkianos que se quejan de su mala suerte cuando, a causa de los vientos contra-

rios, se retrasa la pesca anual cuatro o cinco días!

¿Qué más quisiéramos nosotros, sino que el trabajo de una semana nos diera el sustento para todo el año?

Los perros y los renos sirven como bestias de arrastre. Los se-

gundos también se sacrifican para la alimentación. Gracias a aquellas dos especies de animales es posible visitar y estudiar el interior de Kamchatka.

A pesar de la naturaleza inhospitalaria y desolada del país, sus habitantes son muy pacíficos. El salmón les resuelve el problema alimenticio, la caza de animales dotados de hermosísimas pieles les proporciona grasas en cantidad considerable.

Por todas estas razones, los kamchatkianos se encuentran muy a gusto en su patria, y mucho más desde hace algún tiempo, desde que lograron proporcionarse aguardiente, despreocupados en absoluto de la degeneración que su abuso está causando entre ellos.

Pero si esta conformidad de los indígenas puede parecernos en cierta medida razonable, no podemos por menos de asombrarnos ante el fenómeno de que también los europeos y americanos que viven en la península algún tiempo tomen un gran cariño a sus frías soledades.

Esto sucedió con los miembros de una expedición científica sueca. Uno de ellos no quiso volver a su patria, y los otros, en sus relatos del viaje, expresaban su profunda nostalgia por la tierra en la que, según ellos, pasaron tan felices días.

BRINDIS

¡Bebamos! Que las copas rebosantes
Por temblorosas manos sostenidas,
Se levanten en alto, convertidas,
En doradas cascadas espumantes.

¡Bebamos! Que los néctares fragantes
Aduerman el dolor de las heridas.
¡Sólo saben las almas doloridas
Lo que guardan los vinos rutilantes!

¡A beber! ¡A beber! ¡Vengan botellas!
Mientras gira fantástica la danza
Y resuenan los besos de las bellas!

Y a los oros del sol de un nuevo día,
Deshojando las rosas de la orgía,
Cantemos al amor y a la esperanza.

F. García Manú.

RECUERDOS DE FRONTERA

El avestruz blanco

Al Señor Rodolfo Senet.

Con alguna frecuencia leo sus colaboraciones en "La Prensa" y en alguna Revista, en las que siempre trata usted temas y cosas relacionadas con nuestra tradición nacional. Yo las leo con placer porque he nacido en esta tierra Argentina donde me ha sido grato ver, conocer y saber las cosas que pasaron; por eso, cuando escribe usted o un señor Leguizamón, busco un retiro apartado llevándome los diarios para saborearlos a mi gusto. Yo no sé escribir, señor, porque no he tenido más escuela que el campamento, pero me he de dar maña para decir lo que quiero, aunque sea con literatura silvestre; no me he de dejar correr con la vaina por el exotismo extranjero; yo aprendí de Guido, cuando decía: "No me importa los desaires, — con que me trate la suerte, — Argentino hasta la muerte, — he nacido en Buenos Aires".

Pues señor, hace 30 años que desempeñaba yo una comisión de mi Gobierno para adquirir ganado con destino al ejército. Me dirigí al Sur de la provincia de Buenos Aires, y después de recorrer los Montes Grandes, antiguos pagos de don Benjamín Zubiaurre y de doña Felicitas Guerrero, dando la vuelta por el Ajó, tomé dirección a Dolores. En este trayecto vi una manada de avestruces blancos; luego supe que eran de la estancia "El Recreo", de un señor Alday, quien decían que allí tenía un criadero, y en "El Ciervo" habían algunos más. ¡Qué maravilla de animales y tan mansitos, como que eran criados en las casas! Había varios que en el pescuezo tenían unas plumas grises y moras como los comunes; tan pronto los vi me acordé de un avestruz blanco que boleamos en la Pampa de Quequemetreu, territorio del Neuquén, hace aproximadamente cuarenta años, mejor dicho, lo agarró el "Cuatro", un galgo mestizo, propiedad de un oficial del regimiento.

Voy a referir la boleada: una linda madrugada montábamos a caballo como cuarenta jinetes, inclusive algunos indios de Curruhuinca, agregados para la corrida; cada hombre llevaba sus tres o cuatro pares de boleadores rianduceras, con un trapito de color en las sogas para encontrarlas más pronto; otros llevaban, además, un perro de tiro para largarlo en su oportunidad.

En el mayor silencio salimos del campamento y descendimos rumbo al Colloncú, subiendo la altiplanicie por detrás del antiguo fortín Charpies, a cuya altura tomamos la Pampa de Quequemetreu; paramos un momento, y después de acomodar las monturas montamos y abrimos un cerco como de media legua, los indios más baqueanos hicieron punteros en dirección al Caleofú. Excuso decir que la mayoría de los jinetes montaban buenos caballos, acostumbrados a correr con bríos en un juadal. Yo montaba un oscuro, que si no sabía correr "boliao", como el del

indio que mató Fierro por favorecer la cautiva, en cambio era pingo de bolear bajo el freno de vuelta y media; pues tuve la suerte de que, muy cerca, se levantara un hermoso macho y le atara las tres marías en la primera atropellada, y como no lo enredase bien, me

cana, alguna carne y volvimos a hacer seña de seguir.

Nada se veía en el campo, ni el rastro de un guanaco; ya llevábamos andando como una legua y media, cuando de repente se levantó del ala izquierda un animal blanco y muy veloz; los perros lo apuraron y corrió cruzando casi diametralmente el cerco, para el lado derecho. ¿Será el blanco del gualichu? — nos dijimos, — y aunque no se debía abandonar el puesto para correr hacia adentro cortando el cerco, cuando vimos que era el avestruz blanco, todos los de atrás y de la izquierda atropellamos al medio; pero el blanco se nos iba nomás, y cuando ya cruzaba el cerco, el avestruz dió

La etimología del nombre de algunos Estados

AMÉRICA se llama así porque recibió el nombre de Américo Vespucio, un aventurero que se aprovechó de los viajes de Cristóbal Colón, el inmortal gallego.

Todos los países tienen su etimología, que es curiosísima, y si quiera sea someramente vamos a indicar algunas.

"Austria" significa "tierra oriental", y se llamó así por hallarse al Este de los dominios de Carlomagno.

El "Brasil" se llamó primitivamente "país del Brasil", por la gran cantidad de madera llamada "palo de campeche", que se cría en aquellas regiones y que los portugueses llamaban, por su color rojo, "palo de brasa" o "brasil".

"Ceilán", quiere decir "tierra de los leones".

"Chile" significa "el país frío". Su nombre es de origen indio.

"Dinamarca" equivale a "selva de los daneses".

El nombre de "Egipto", creese que significa "tierra del bueitre", porque el bueitre era el ave sagrada del dios Horus. Sin embargo, este nombre es de origen griego. Los antiguos egipcios lo llamaban "Kem" o "país negro", por ser su terreno muy oscuro.

"Inglaterra" quiere decir "tierra de los anglés" o de "los anglos", o "libres".

El nombre alemán de "Alemania", Deutschland, significa "tierra de la gente".

"Japón" es nombre derivado del chino y significa "reino del sol naciente". Los japoneses dan a su patria el nombre de "Nipón", que tiene el mismo significado.

"México" equivale a "tierra de Mexitli", que era el nombre del dios de la guerra de los aztecas.

"Paraguay" es una palabra india, que según se cree, significa "tierra de las aves acuáticas".

Del verdadero origen del nombre "Perú" hay varias opiniones, pero casi todas lo derivan de "Berú", "Pelú" y "Cicú", que eran los de un indio, un río y una comarca.

"Portugal" recibió este nombre del puerto de mar que llamamos "Oporto" y que en tiempo de los romanos era un importante comercio llamado "Portus Cale".

"Rusia" quiera decir "tierra de los rcmeros". Este nombre data del siglo XVII. Antes se llamaba "Moscovita", por Moscow, su capital. Los vinkings, bajo el mando de Rurik, se establecieron en la sagrada ciudad de Novogorod y gradualmente se apoderaron del gobierno central. Estos eran llamados "Russi", por los esclavos; y desde el tiempo de Rurik empezó a darse al país el nombre de "Rusia".

El "Ecuador" recibió el nombre por su situación topográfica, y "Colombia" se llama en memoria del descubridor de América.

pareció que se me escapaba y lo faje con otro par; los boleadores más cercanos se volvieron a los gritos, y hubo que revolver los ponchos para que todos se pararan un momento a fin de que no quedaran claros tan grandes en el cerco; alzaron los salones, la pi-

una rodada y lo alcanzó el "Cuatro" anteriormente nombrado, un galgo mestizo del capitán Canicoba, que hizo presa de la picana y no lo largó hasta que se lo quitamos. Yo no sé si sería un caso raro de albinismo, pero era todo blanco, las plumas de la cabeza eran muy

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

ralas y parecían un poco grises, el pico azulado sin ser negro, los ojos negros, retacón, muy macizo de huesos y de carne, como los avestruces de la costa del mar, adentro de la Patagonia. Ha sido el único blanco que hemos conocido en los territorios del Sur durante la Conquista del Desierto.

GUILLERMO PECHMANN.
Tte. Coronel.

Longevidad

En una aldea de Suiza ha fallecido un hombre de 112 años de edad, que estuvo casado cuatro veces y que deja 332 hijos legítimos y 104 nietos.

Se casó por primera vez a los diez y ocho años con una muchacha de diez y siete, y contrajo las últimas nupcias a los cincuenta y uno con una joven de veintidós, enviudando de nuevo a los cincuenta y ocho años, y haciendo el propósito firme de no volverse a casar.

Sólo dos hijos se le han muerto, y a su entierro han concurrido sus descendientes que formaban una verdadera manifestación monstruo, en la cual figuraban todas las autoridades del pueblo.

¡Como que todos pertenecían a la familia del finado!

La producción de leche de una vaca

La cantidad de leche que una vaca puede producir depende, en primer término, de sus cualidades individuales. Los alimentos desempeñan también un papel muy importante sobre este particular. Para que una vaca produzca leche en abundancia, es necesario que los alimentos con que se la sustente sean lo suficientemente nutritivos y fáciles de digerir. El estado de salud del animal afecta mucho a la producción.

Si una vaca produce leche abundante y de repente merma su producción, es evidente que sufre alguna enfermedad. Para ver si puede volver a su estado normal, conviene cambiarle el régimen alimenticio, dándole a comer un poco de grano, como por ejemplo afrecho, con un poco de maíz. El afrecho se mezcla con agua hirviendo, dejándolo después hasta que se enfríe, hecho lo cual se le agrega una cucharadita de sal.

Si, no obstante esto, la vaca no cambia la producción, lo más conveniente es que un veterinario examine al animal.

Nuestros días de estudio y de alegría pasaron ya, llevándose nuestra dorada juventud. ¡Triste realidad!

Aún recuerdo los domingos aquellos en que, un grupo de estudiantes de la Universidad, nos reuníamos en el Colegio Nacional, donde habíamos formado la Sociedad "Ensayos Literarios". ¡Qué buenos muchachos había en ella!

La comisión directiva estaba formada, por Nolasco Ortiz Viola, presidente (que después fué ingeniero); Antonio C. Gandolfo, tesorero (que es médico); Liborio Muzlera, Adolfo Mitre y Narciso Sosa (fueron abogados); Achával (fué médico); Tomás Güemes, Larguía y otros, ignoro si terminaron su carrera... ¡Eramos tantos!... ¡Y tantos años han pasado!...

* * *

Corría el año 1872; tenía yo 20 años y había terminado los estudios de piano, según mis maestros: Federico Pérez (argentino), y Antogniana (italiano).

Era ya administrador del semanario "El Plata", que dirigía Egberto Sotomayor, donde colaboraba el poeta José Ignacio Pérez. También escribía en la Revista "El Parnaso Argentino", en compañía del malogrado poeta doctor Ramón Oliver, autor del magnífico canto a "Tucumán", y en el semanario titulado "El Bello Sexo", en unión del melancólico poeta Domingo D. Martinto, quien escribió:

*"Para aquellos que llevan el alma
"el duce albor de la primera edad,
"tiene la vida inmensos horizontes
"como los tiene el mar".*

En aquella época de entusiasmos literarios, dejé mis estudios de ingeniería, donde tenía por compañeros a los hoy ingenieros: Juan Rivera, Julio Ringuelet, Lázaro Molinari, Enrique Toledo, Isaac Villa Monte, Nolasco Ortiz Viola y otros para abrazar la carrera del periodismo, que era mi sueño dorado.

Firme en esta vida y aconsejado por mi amigo Enrique Moldes, que era prosecretario del Honorable Senado Nacional, y que tenía grandes vinculaciones en Paraná, provincia de Entre Ríos, me trasladé allí dos años después, recomendado al doctor Miguel Jeremías Malarín, distinguido abogado y uno de los personajes más destacados de aquella cultísima ciudad.

Al día siguiente de mi llegada, empecé a escribir prosa y verso en el primer diario de esa localidad, titulado "La Nueva Epoca", que se imprimía en la imprenta de su propietario señor Jorge Alzogaray, sita frente a la plaza San Miguel.

En dicho periódico escribía también el doctor Belisario Lapalma, que era de Nogoyá; José G. Alvarez, de Gualeguaychú; Juan V. Cevallos, de Córdoba, y el señor Emilio Onrubia, que mandaba sus fogosos artículos desde Buenos Aires, pues se trataba de un diario esencialmente mitrista.

Con motivo de llevar nuestras colaboraciones a la imprenta, trabé conocimiento con Alvarez y me hice más amigo con él que con los otros compañeros, por existir mucha afinidad en nuestro carácter y costumbres.

Siempre recuerdo, con placer, el primer diálogo que sostuvimos:

—¿Usted es porteño, no es cierto? — me dijo mi nuevo amigo en tono de convicción.

DEL TIEMPO PASADO

Por José M. Oyuela

—Efectivamente. ¿Y usted? — le respondí, sonriendo.

—De Gualeguaychú, — contestó.

—De la provincia de los grandes poetas: Olegario V. Andrade, Gervasio Méndez, Fernández Espiro y otros.

—Seremos amigos, porque somos dos criollos que llevamos el mismo nombre y nos conocimos oliendo el aceite de imprenta, — me dijo alegremente.

—Con mucho gusto. Será un honor para mí, — le contesté.

Nos dimos un fuerte apretón de manos para sellar nuestra amistad.

El tiempo se encargó de realizar la profecía que hiciera Alvarez,

—¡Bravo su cuento criollo! — le decía aplaudiéndolo, porque me parecía ver los personajes que describía en su narración.

—¡Espléndidos sus endecasílabos! — contestaba él, elogiando mis humildes versos.

Después de esos momentos de expansión, entregábamos los trabajos, salíamos a la calle, cruzábamos la plaza mencionada, pasábamos por la casa del doctor Malarín, doblábamos la esquina en dirección a la plaza principal, y seguíamos la calle por donde pasaba el único tranvía en esa época, el que salía del puerto, ascendía la barranca, subía a la ciudad, pasaba por la plaza San Miguel, después por el



Sr. José M. Oyuela

pues fuimos amigos hasta su muerte.

* * *

Cuando nos encontrábamos en la imprenta, con tiempo suficiente para derrocharlo, leíamos nuestros "envoltorios" de papeles, que eran nuestras composiciones para publicar.

Alvarez, con su genio siempre alegre y vivaz y su tendencia a la crítica sana y decente, leía primero sus cuentos criollos tan originales como chistosos, con esa facilidad que le era característica, haciendo resaltar las notas chispeantes con que se distinguían sus relatos; después tocábame leer los versos que yo había escrito la noche anterior.

Ambos nos aplaudíamos con toda sinceridad; de puro corazón. Encontrábamos todo tan en armonía con nuestro modo de pensar... éramos jóvenes, teníamos 22 años; época feliz, en que todo se contemplaba al través de un prisma color de rosa.

Correo y terminaba su ruta en la plaza principal frente al edificio de la Catedral.

* * *

En ese tiempo se fundó una sociedad titulada "Caridad", dividida en dos secciones: una dramática y otra filarmónica, formadas ambas por aficionados en su mayor parte, para dar funciones con fines de beneficencia, como lo revelaba su nombre.

La parte dramática estaba compuesta por su director, señor Julián Garela, sastre español muy versado en teatros, y los jóvenes: José S. Alvarez, José Belbey, Fidel García, Ernesto A. Bavio, otros más y la Tomasa, artista contratada en Buenos Aires por el señor Mariano Cané.

La parte filarmónica la formaba su director señor José Amavet, empleado del Banco y que tocaba el piano; Salvador Maslá, que tocaba la flauta, estudiante de medicina que después terminó su carrera, fué gobernador de esa provincia y más

tarde senador por la misma y que vive aún en Buenos Aires; Ricardo Vadillo, que tocaba la flauta, comerciante al por mayor, presidente de la sociedad "Caridad" y que falleció en Buenos Aires siendo tesorero de la Caja de Jubilaciones y Pensiones; Alejo Amavet, tocaba el violoncello, era comerciante y hermano del director; Carlos Casal, profesor de violín; N. Velazco, tocaba la flauta, empleado del Telégrafo; Gabriel Maillard, profesor de pistón y que instrumentaba la música de la orquesta; el autor de estas líneas que conocía piano y violín, y otros músicos más.

Los ensayos y las funciones se realizaban en el teatro llamado "3 de Febrero", cuyo telón representaba un pedestal y sobre éste la estatua de Urquiza.

En las representaciones se caracterizaba Alvarez por los papeles fuertes. Salía casi siempre con un gran chambergo sobre los ojos, envuelto en una amplia capa que le ocultaba parte del rostro, y al cinto su correspondiente espada, la que hacía relucir siempre que tenía que matar a alguien en la escena.

Una tarde que hablábamos de teatros y representaciones con motivo del drama "Talia" que había escrito nuestro compañero Ceballos y que estrenamos allí con mucho éxito, y de otro que yo escribía titulado "Tres contra uno", dijo Alvarez con mucha seriedad:

—Pienso escribir un drama, en que un espadachín mate a todos los personajes de la escena, incluso al apuntador.

Aplaudimos la ocurrencia con carcajadas y palmoteos.

Otra tarde me encontré con él en el teatro, viendo ensayar la pieza titulada: "Los soldaditos de plomo" y una vez terminada la tarea fuimos al Casino del señor Mazzini con el objeto de tomar unos refrescos por el excesivo calor que hacía. Cuando terminamos éstos, llamamos al mozo para repetir, pero en ese momento entró una persona apresuradamente, se sentó en otra mesa y pidió un café caliente. Llegó el mozo y nos ofreció nuevos refrescos, pero Alvarez riéndose lo contestó:

No tomamos más, pues debe hacer mucho frío afuera; ha entrado una persona pidiendo café caliente, — y volviéndose a mí, dijo: — Vamos tocayo a buscar los sobretodos antes que empiece a nevar.

Le abonó el gasto y nos retiramos riendo.

* * *

Después de tres años de colaboración en el mencionado diario y de funciones teatrales, cuando había estrechado más la amistad con Alvarez, tuvimos que separarnos. A fines del año 1877 tuve que pasar a la ciudad de La Paz. Aún resuenan en mi oído sus palabras llenas de esperanzas, al decirle con tristeza:

—Adiós, tocayo; quién sabe si nos veremos más, pero lo recordaré siempre.

—Adiós, amigo; ya nos veremos alguna vez en Buenos Aires y volveremos a cantar endecasílabos, — me contestó con acento de seguridad en sus palabras.

Una vez en La Paz, ocupé el puesto de secretario del Juzgado de Paz, hice amistad con el jefe político, comandante Félix Benavidez (hoy general), colaboré en el diario "El Litoral" y fué agente corresponsal y colaborador de la revista literaria que mi amigo el

poeta Gervasio Méndez publicaba en Buenos Aires, titulada "El Album del Hogar".

Recuerdo que el 29 de diciembre de 1877, almorzábamos en casa del juez de Paz, en compañía de éste, su señora, su sobrina y el general Juan Ayala, jefe de las fuerzas de Entre Ríos, cuando éste, que ocupaba la cabecera de la mesa, recibió un telegrama urgente en el que se le comunicaba desde Buenos Aires la muerte del doctor Adolfo Alsina, y dijo:

—¡El triunfo de los mitristas!

Un año después de esta fecha regresé a Buenos Aires y seguí colaborando más de cerca en la mencionada revista "El Album del Hogar, donde el director cantaba su verdadero dolor en estrofas tan tristes y delicadas como éstas:

"Aquellas que comprenden mi mar-
[tirio,

"me llaman infeliz;
"no saben que una dicha me sonríe,
"la dicha de morir."

Escribía esto con toda su alma de gran poeta; de poeta enfermo que veía acercarse la muerte a pasos agigantados.

En esa importante Revista se veían también los brillantes trozos literarios del inteligente médico y poeta, el sabio argentino doctor Eduardo L. Holmberg, autor de la magnífica obra en verso "Lin Calél", que en indio quiere decir: "Carne Blanca". En este gran poema se leen estos tres versos bastante significativos y bien inspirados, que demuestran la magnitud de la obra:

"Darás tu sangre a la celeste y
[blanca,
"porque ese amor te generó la vida,
"porque esa luz modelará tu raza!"

En el año 1883 era yo redactor en jefe del semanario literario "La Voz de las Niñas", y el 25 de mayo de 1894 fui nombrado jefe de colaboradores del semanario "El Eco de las Niñas", cuyo director era el conocido escritor y poeta Antonio R. Zúñiga.

* * *

Las tareas literarias de Alvarez y mías, impidieron nuestras comunicaciones y pasaron muchos años sin vernos, hasta que una tarde, en un tranvía de la calle Alsina, encontré una persona cuya fisonomía no me era desconocida y traía a mi memoria recuerdos lejanos. Insistí en mirarla, porque ella hacía lo mismo conmigo. Un momento después nos reconocimos; nos abrazamos sin decirnos una palabra.

¡Era Alvarez!

Después de tantos años nos encontramos viejos, pero con las mismas energías de antes y dos lágrimas de júbilo que asomaron a nues-

tros ojos, reemplazaron a las palabras que se ahogaron en nuestras gargantas. Al cabo de un rato me dijo:

—¡Se cumplió mi profecía! ¡Nos encontramos, aunque viejos!

—¡Sí, nos vimos por fin, querido tocayo! — le contesté.

—Ahora soy "Fray Mocho", — me dijo.

—Y yo, "Marlo del Río", — le contesté.

—Claro, ¡señores de pseudónimos! — dijo, moviendo la cabeza.

Nos reímos, y hablando de otras cosas, me llevó a su casa, calle Bolívar 705, donde bebimos juntos

una taza de té, festejando las "bodas de plata" de nuestra ausencia... ¡25 años que no nos veíamos!...

—He fundado una revista titulada: "Caras y Caretas", donde puede escribir si gusta, — me dijo.

—Muy bien; gracias. Ahora escribo en el diario "La Patria Italiana", le contesté.

Llamó a su esposa y me la presentó. A tanta fineza me vi obligado a informarles que hacía poco tiempo había fallecido mi esposa Emilia Silva, parienta del poeta Olegario V. Andrade, que cantó "Atlántida" la misma noche que mi primo el poeta Dr. Calixto Oyuela

recitó "Eros"; las dos notables composiciones premiadas en los inolvidables Juegos Florales presididos por el doctor Nicolás Avellaneda, presidente de la República, en el teatro Nacional.

Seguí visitando a Alvarez algunas tardes. Unas veces estábamos solos y después de comentar nuestra antigua actuación, se ponía a leer uno de sus libros; otras veces solía encontrarse entre nosotros mi viejo compañero de colegio Antonio Goyena, que era también muy amigo de "Fray Mocho" y que vive en esta ciudad.

En el último paseo que hicimos en carruaje con "Fray Mocho", nos acompañaba un amigo que le presenté, Santiago Peluffo, que es actualmente Director de Correos.

¡Después!... ¡el 23 de Agosto de 1903!... el amigo querido, aquél al que yo estaba tan ligado por un vínculo de asociación, de aquellos que ni la muerte rompe, exhalaba el último suspiro!...

El procedimiento ishi-zuri

Es este un procedimiento usado por los japoneses para la reproducción gráfica, y que significa "Impresión en piedra". Para obtener las estampas ishi-zuri, se rocía con agua un papel muy fino y se le coloca sobre el bloque tallado, prensándolo de un modo eficaz para que penetre en la talla. Hecho esto, se aplica con una almohadilla, calor a las partes levantadas del papel, y después se extiende éste sobre otra hoja de papel más grueso y se prensa de modo que se marquen en él las partes salientes de la talla, produciendo el arrugado característico de esta clase de impresión.

Tuvo este procedimiento su origen en el sistema que los anticuarios chinos empleaban para obtener por frotación sobre un papel los relieves de los monumentos de piedra.

Música

Bejo los títulos: "Chen Baracá. (Mi guitarra). — Primer motivo argentino. Zamba" e "Inspiración. — Segundo motivo argentino", el señor Ricardo Muñoz ha escrito dos originales e inspiradas composiciones, recientemente puestas en circulación, que han obtenido un franco éxito entre los numerosos cultivadores de este género musical tan esencialmente criollo. La última de las mencionadas obras contiene una letra cuyo autor es el señor Ricardo M. Llanes.

Un nuevo veneno africano

El doctor Bolton, de Londres, analizó no hace mucho tiempo una substancia tóxica desconocida para flechas empleada por los indígenas del alto Níger.

Sus efectos son mucho más activos y mortíferos que el "curare", y no se tenía hasta ahora conocimiento de él.

Cuando este veneno está fresco, es casi flúido, pegajoso, y de un color muy oscuro, casi negro.

Probablemente entra en su composición el jugo de cierta higuera africana muy venenosa. Los indígenas, una vez obtenida la destilación, embadurnan con la mortal substancia varias estacas, de las que toman, en caso necesario, la cantidad requerida para la preparación de las flechas, raspándola y calentándola al fuego.

La porción que fué analizada en Londres había sido remitida desde el país de origen extendida sobre el extremo de dos cañas y recubierta por un polvillo protector.

Una de las particularidades que más pronto llamaron la atención del doctor Bolton fué el olor agradabilísimo desprendido por el veneno.

Una vez que se sometió éste a la acción del agua, se advirtió que se disolvía con facilidad, salvo una parte compuesta principalmente de

granillos de almidón. Filtrada la solución, dejando separada ya la parte insoluble, ofrecía aquella con plena transparencia y un color moreno oscuro, teniendo como característica química una ligera reacción ácida.

No afectando en lo más mínimo a esta substancia venenosa el hervido, dedujo el experimentador que no se trataba de una verdadera toxina.

Sus efectos, al ser mezclada con la sangre, en el organismo, se manifiestan en el tejido muscular; el sistema nervioso, bien en los centros o en la periferia, no parece sufrir la influencia del tóxico.

La persona herida por una flecha impregnada de esta substancia muere por asfixia, debido a que se paralizan los músculos que favorecen la respiración en una arteria lenta y progresiva.

Tan activo es el veneno, que, según el doctor Alexander, quien ha tenido ocasión de presenciar sus efectos en Africa, los heridos con flechas con ese veneno emponzoñadas, morían antes de transcurrir media hora de recibir la lesión, entre gritos angustiosos y espasmos, como atacados del tétanos o de hidrofobia.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado . 40 "	N.º atrasado . 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

Un Niágara en el Africa del Sur

Las cataratas del Niágara no son las más altas del mundo, lo que, de otra parte, no les impide ser las más famosas por su impresionante grandeza. El salto americano mide 52 metros por 838 de ancho, y el canadiense, 55 por 229.

En cambio, en Rodesia del Norte existe la catarata de Kalambo que se precipita en un inmenso barranco, desde 400 metros de altura.

Es verdad que su aspecto más es de un torrente que el de una catarata. Su descubrimiento es muy reciente; data de 1913. Las cartas geográficas no lo mencionan todavía.

Otro Niágara africano, igualmente muy poco conocido, es el salto de Tsitsa, cerca de la ciudad de Umtata, en Pondolandia, parte oriental de la colonia del Cabo.

El río Tsitsa corre a través de valles muy profundos y ofrece un cierto número de saltos. El más notable tiene una altura de 120 metros, por un ancho de otra centena y pico de metros, sobre todo cuando se produce una crecida en el río.

Es como un magnífico manto de agua que se desliza, en un tremendo fracaso de tormenta, a lo largo de una enorme roca negra, cortada a pico. Desde muchos metros antes se percibe el ruido del agua y se distingue la blancura nítida de los torrentes.

Hallándonos en la parte superior, vemos avanzar lentamente el vasto mantel líquido, que parece vacilar al borde del profundo precipicio.

El agua, al chocar contra el fondo del barranco, es despedida, en un torrente investido de espuma, hasta una altura de treinta metros. El desplazamiento del aire es de tal fuerza que las prendas de los espectadores se inflan como aerostatos.

El río Tsitsa ofrece una particularidad curiosa que intriga un poco a los naturalistas: abundan mucho las anguilas en su parte superior, y es sabido que estos peces no se reproducen sin largas y lejanas emigraciones transoceánicas.

Los minúsculos "poneys"

Hay diferentes clases de "poneys". Generalmente, se conoce por "poney" a los caballos de talla anormalmente reducida y con la crin y cola provistas de largos y abundantes pelos. Es un animal sufrido y sobrio. Los "poneys" de los Cárpates, familiares a todos los pueblos de Europa central, pesan algunos 300 kilogramos y miden de alzada 1.25 metros. Los "poneys" chinos exceden de alzada a aquellos en algunos centímetros; éstos son los gigantes de la familia. Menos pesados y más pequeños, los "poneys" o jaquitas birmanas no son menos sufridos y valientes.

Se ven todavía en el Japón y en los Andes, en los terrenos más accidentados, cargados con fardos bastante pesados.

El más enano de los "poneys", el "poney" por excelencia, es el "poney" del archipiélago de las Shetland. Estas jacas no sobrepasan de 50 centímetros de alzada ni de 30 kilogramos de peso.

En el Norte de Escocia, bajo un clima temible por sus rigores en las islas deshabitadas, donde ningún árbol pasa de la talla de un

hombre, sobre las praderas desoladas que la nieve cubre tres cuartas partes del año, viven libremente estas inverosímiles miniaturas de caballo, sin estar rodeados de ningún peligro. Cubiertos de pelos largos y ásperos durante el invierno, la crin y la cola barriendo la tierra endurecida, van corriendo en manada, venteando el aire y agujereando con su pataleo nervioso la endurecida nieve, que les oculta una hierba corta y poco sustanciosa, que con los líquenes constituye su único alimento.

Los "poneys" de Noruega conocen una existencia ruda. Miden 1.50 metros de alzada y están provistos también de largos pelos en la crin y en la cola.

Muy esparcidos por toda Inglaterra, pero sobre todo en Escocia, donde se les trata con cariño y con el cuidado que se tiene con un juguete caro.

de una capacidad de 26.000.000 de pies cúbicos y la erección de una fábrica de electricidad, que podrá generar una energía de un millón de caballos, es decir, lo suficiente para atender las demandas de Los Angeles y de todo el sur de California.

Un edificio con alma de inventor

A las veces, las cosas parecen animadas de una espiritualidad grande, o que tienen sobre sí un influjo misterioso que nadie sabe de dónde viene, ni sus causas. Así, en el centro de la ciudad minera de Redruth, Cornwall, Inglaterra, hay una casa que está íntimamente vinculada a dos de los grandes inventos del siglo XIX. En 1874, el dueño de la casa, William Murdock, realizaba algunos experimen-

da por el fuego en 1922; pero se la ha reconstruido en homenaje a la memoria de los dos amigos citados.

Maravillas de la T. S. H.-China en comunicación con Alemania y el Pacífico

A misioneros europeos debe China las primeras instalaciones de radio. La primera estación ha sido creada en el Observatorio de Zikawei, institución fundada en 1865 por la Misión de sacerdotes jesuitas de Kiangnan.

Su objeto principal es la difusión de las observaciones atmosféricas y de los pronósticos del tiempo.

Las experiencias realizadas han demostrado de una manera concluyente que los famosos tifones del mar de China no guardan relación ninguna con los fenómenos de estática que puedan ser observados en el lejano Oriente en cualquier tiempo.

Por el contrario, se ha comprobado que los tifones, a menudo, son efectivamente un centro de la atmósfera más tranquila en cuanto a la estática se refiere.

El altar de Kivan-Yu, dios de la guerra

Kivan-Yu, el dios chino de la guerra, vió la luz primera en Kiai-Liang, la actual Kiaichow, en la provincia de Shansi. Alcanzó la celebridad y el respeto de su pueblo por su valor y la fiera acometividad de su brazo de hierro. Después de su muerte, sus hazañas pasaron a ser tema favorito del romance popular. No faltaba más que un paso para darle categoría de Dios. Y este paso, al cabo del tiempo, fué dado.

Después de la deificación, como por ensalmo, empezaron a surgir templos al nuevo dios de la guerra por todo el inmenso país del Sol Naciente.

Uno de los altares dedicados a dicho culto, se hallaba, desde luegos años, en el templo del dios de la Guerra, de Cantón. En 1923, por orden del Gobierno de Cantón, fué vendido al capitán inglés P. Miller.

Su tallado es magnífico, y está recargado de graciosos y finísimos detalles. Los peritos lo han valuado en 5.000 libras.

El alcohol decide el cambio del color de las hojas

El alcohol, tan vituperado por su propiedad de enrojecer la punta de la nariz, parece que es, también, la causa de que las hojas de los árboles se pinten de amarillo en otoño. Esto, al menos, afirman los señores Hibben y Zahour, naturalistas norteamericanos.

Como resultado de estas experiencias se descubrió que durante el verano las hojas absorben un noventa por ciento de la luz del sol, y que, en otoño, absorben una cantidad muy pequeña. La falta de luz detiene el crecimiento y hace que la hoja fermenta. El alcohol así formado absorbe los elementos verdes de la hoja y hace resaltar los pigmentos rojos y amarillos.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SABMIERTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telef. Libertad, 0619

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO "SANTA LUÍA"
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4728, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAFUZ PENÁ 218
U. T. 06, Mayo 0687

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUÉ

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAYO

Médico oficial del Círculo de
La Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5728, Juncal

El pantano más grande del mundo

Está en proyecto en Norte América la creación del pantano mayor del mundo. No debemos extrañarnos... Se trata de Norte América, en donde, como es sabido, se hacen siempre las cosas mayores del mundo, incluso las mayores atrocidades.

Informaciones al respecto, aseguran que en la garganta más baja, por donde pasa el río Colorado, será construido no sólo el pantano más grande, sino también el más alto del mundo. Su altura es cerca de dos veces la del pantano más alto de América.

Entre los beneficios que reportará la creación de esta gran obra hidráulica cuentan, como principales, el aprovechamiento de las aguas contenidas en un depósito

tos con gas de hulla, cuando ocurrió uno de esos afortunados accidentes que se registran de tarde en tarde. Para apagar la llama de gas que salía por un tubo, aplicó un dedal de su mujer — lo que tenía más a mano, — y entonces advirtió que el fluido así contenido daba una luz mucho más viva. De este modo fué inventado el plico de gas. Murdock inventó también la bomba neumática y dos diferentes clases de válvulas para la máquina de vapor que inventara James Watt, de quien había sido ayudante. Fué en el sótano de aquella casa donde se produjo el invento más trascendental. Murdock había construido una pequeña máquina de vapor, cuyo funcionamiento explicó a su amigo Ricardo Trevithick. Este meditó mucho respecto a aquella máquina, y algún tiempo después construyó la primera locomotora. La casa de Murdock fué parcialmente destrui-

Vida de optimismo, de bondad, de tolerancia, es la que convida a vivir la luz abundante, la alegría de la tierra, el sol resplandeciente, el clima templado de estas hermosas regiones mendocinas.

¡Cuán diferentes son estos lugares a aquellos recostados sobre la orilla del quejumbroso río, a aquellos pueblos del litoral, opacos y sombríos, arrebozados en la niebla, llenos de misterios y melancolías, donde la atmósfera es densa, pesada; el aire húmedo que cala hasta los huesos como el soplo de una cripta, los días pálidos y sin sol, y las nubes vagan bajas, cenicientas, con sus vientres cargados de agua y el llanto implacable de los cielos envuelve el ambiente de un grave duelo invernal...

Mas, no pensemos en aquellas tierras tristes y abrumadoras, y gocemos de estos parajes en perpetua primavera. Y todos los días, apenas el sol nos hiere con sus flechas de oro, marchemos lentamente por ancho sendero abierto entre robustos plátanos y lleguemos hasta una frondosa y amenísima plaza. Sentémonos a la vera de una fontana y, mientras gozamos la alegría sensual del paisaje, bebamos la pura dicha de un nuevo amanecer...

En la paz matinal, suena lento, sonoro, el tañer de la campana, de una campana dulce y argentina...

Ni la más ligera nubecilla empaña el cielo. Es luminoso y claro, sublime y tranquilo, y cuando fijamos la vista en él, hallan consuelo y esperanza los ojos y el alma queda suspendida y embelesada, la mirada, aviva la idea de Dios y de su infinita misericordia

Una comisión de la Sociedad Geográfica Nacional de los Estados Unidos realizó no ha mucho un viaje por la provincia de Kansa, situada en el extremo noroeste de la China propiamente dicha, donde se unen este país, Mongolia y el Tibet.

Contaban los expedicionarios con 27 camellos y algunos caballos, y disponían de 15 auxiliares chinos.

Pasaron los viajeros ante un caserío, y observaron que una de las viviendas estaba en ruinas. Los guías refirieron que meses antes había sido saqueada por unos merodeadores, a quienes sorprendió una patrulla de soldados de la próxima guarnición, y los ladrones fueron ejecutados inmediatamente, en aquel mismo paraje, donde, para escarmiento de malhechores, la ennegrecida cabeza de uno de los ejecutados se veía aún dentro de una jaula de madera colgada en una pértiga, junto a la arruinada casa, cerca de la cual y en el suelo, había otra jaula análoga y que igualmente contenía la cabeza de otro de los bandoleros.

A medida que avanzaban los expedicionarios veían disminuir el número de granjas, porque el terreno se hacía cada vez más pedregoso e impropio, por lo tanto, para la labranza. No tardaron en llegar a las primeras tiendas de pastores mongoles, tiendas de fieltro, montadas sobre un armazón de madera y fácilmente transportables. Son esas tiendas de forma circular, y bajo el fieltro sus moradores se sustraen a los rigores de la temperatura invernal.

Viven los mongoles de la cría de carneros, cabras, camellos y caballos. Se alimentan de la carne y de

EL SILBO DEL TREN

Por Enrique S. Migliorelli

y se agranda el pecho en ansias de algo desconocido, más bello acaso de ser soñado que poseído...

Los centelleos de la atmósfera limpia y rutilante como un cristal, la muchedumbre de raros arbustos, la variedad de regiones botánicas, unidas al amor de un dulce clima, visten el paisaje de un velo de ensueño. El sol pródigo, padre y señor de tanta hermosura, resplandece sobre las altas cúpulas; hiere con crudeza los enjambegados caseríos; brilla en el agua que, con movimientos de serpiente, corre por las acequias; enciende la sangre; lleva un dulcísimo calor al alma y, allá a lo lejos, abraza las crestas valientes de los Andes, nidos de cóndores e imanes de centellas...

Las altísimas palmeras, cuyos robustos troncos están vestidos primorosamente de yedras y de helechos, abren graciosamente su abanico y ponen en la opulencia del paisaje una nota oriental, delicada y soñadora. Algunos gorriones plan enardecidos y otros, llevando en el agudo pico la paja hurtada para su nido, abren sus pequeñas y recortadas alas y revolotean gozosos en torno de una limpia fuente que llora con blandos sollozos...

Bajo el arco elegante de los cocoteros, que forman dosel sobre el camino, he visto asomar lindas cabezas de mujer. Son dos gentiles damitas. Todo en ellas, como en el panorama, respira coquetería, suavidad, juventud... Dejan a su paso un perfume embriagador. Cuando pasan junto a mí, siento una delicada emoción. Se me antoja que la buena Providencia que rige al mundo ha repartido la hermosura de esas niñas de la misma manera que las bellezas del tiempo. Es decir, en día y noche. ¿Adivináis por qué esta ocurrencia? Pues, mirad: Una de ellas, el día; es vivaracha y alegre como unas castañuelas, más fresca que una rosa, tiene clarísima transparencia su rostro, en los ojos de cielo, vívidos destellos, rayos vivos de oro en la rubia cabellera, luz en las sonrosadas mejillas; en cambio la otra, la noche: tiene semblante moreno, alas de sombra en las endrinas guedejas, rocío en los ojos negriscos y profundos, de apasionado mirar... Acaban de pararse las damiselas junto a un surtidor que se yergue en el centro del "parterre" y cuyos hilillos de agua semejan, a los rayos del sol, finísimas hebras de cristal... Seguramente el encanto

suavísimo del paisaje las enamora. Pero, ¿a quién hablarían y sobre quién serían eficaces e impresionantes estos prodigios de la naturaleza, si no lo fuesen en el alma temblorosa, sensible y delicada de la mujer?

Halagado con la templanza del aire y con el olor penetrante de las flores, me dejaba llevar blandamente en vuelo sobre las entusiasmas alas de la imaginación. Estaba forjando sueños que nunca se han de realizar, cuando, de pronto, me sacó de mi arrobamiento el ronco silbato de una locomotora, que sonó como el quejido de una fiera y cuyo eco, repercutió en las calladas soledades de la montaña. A poco veo aparecer el convoy. Viene de Buenos Aires. Es el Internacional. La chimenea de la locomotora, resoplando como un monstruo, despidе llamas y un penacho de humo que sube lentamente. El tren, como fatigado del largo caminar, marcha perezoso, con temblores y jadeos de animal perseguido. Silba nuevamente la locomotora. Es un silbido remoto, agudo y evocador, que rasga los aires como el tañido de una flauta. Y este dulcísimo alarido, que suena en las ásperas y rígidas montañas como un grito de llamada, como la voz de una sirena seductora, lleva mi pensamiento hacia aquel pueblo querido donde se meció mi cuna, e insensiblemente entreabro los labios para decir: Mendoza..., Buenos Aires..., afectos y memorias..., imágenes y recuerdos... amores y venturas...

Mendoza, 1926.

MONGOLES Y CHINOS

LA CIUDAD QUE FUE FUNDADA POR LOS NOMADAS

la leche del ganado lanar y cabrio, y venden la lana y la piel de esos animales. Con el dinero que les pagan, adquieren en los puntos fronterizos te, azúcar, paños, calzado y utensilios de hierro.

Su riqueza está representada por el número de animales que poseen, y levantan sus tiendas tan pronto como empieza a agotarse el pasto en el lugar donde se hallan establecidos. Como en todo el Oeste de Asia, las lluvias son más frecuentes durante el verano; cuando más abunda el pasto es en otoño.

Sólo uno de los chinos que acompañaban a los expedicionarios había cruzado aquella región años atrás, y no recordaba bien el camino que había que seguir para Wang Ye Fu; pero, por fortuna para los viajeros, se ofreció a guiarles un mongol, que los condujo a aquella población, donde la presencia de los europeos despertó una curiosidad que resultó molesta para ellos durante los primeros días.

Los comisionados norteamericanos hicieron fijar anuncios en las esquinas, redactados en chino, y en los que manifestaban que comprarían toda clase de animales. A las pocas horas de fijados los anuncios, un imponente grupo de vendedores se agolpaba ante el hospe-

daje de los expedicionarios, desde el viejo que ofrecía unas cuantas plumas de águila, hasta los chicos que llevaban asidos del rabo unos cuantos ratones vivos.

Otros acudían para ser fotografiados, pues, aunque los primeros a quienes se propuso que se dejaran retratar, opusieron temerosa repulsa, cuando al fin se presentaron unos cuantos, los demás sintieron entusiasta estímulo y solicitaban a porfía la reproducción de su imagen por la cámara oscura.

Los mongoles llegan a la población para hacer compras. Van con sus camellos de tienda en tienda, y una vez que los cargan, retornan al desierto.

Se fundó la ciudad hace 250 años por una tribu de mongoles que solicitó protección del emperador de China, quien hubo de otorgar a los mongoles la posesión del terreno por ellos ocupado.

Es muy dura la vida pastoril de los mongoles, y tanto ellos como los chinos, tienen peregrinas ideas sobre la medicina. Un vecino de Wang Ye Fu, que padecía de fiebres, consultó a un miembro de la expedición norteamericana, quien le proporcionó quinina, y al prescribirle la dosis, le aconsejó que guardara reposo y se pusiera a dieta. Al día siguiente el enfermo,

que había tomado la quinina, estaba a la puerta del principal templo budista de la población, arrodillado y haciendo grandes reverencias, mientras rezaba unas oraciones, prácticas que, según cierto convecino suyo, a quien también había consultado, eran infalibles contra aquellas fiebres.

La mayor parte de la población obrera de Wang Ye Fu la constituyen chinos procedentes de Chenfan, de donde emigran a aquella ciudad porque les es más fácil encontrar allí trabajo como mercaderes, jardineros, carreteros y herreros.

Los mongoles de buena posición poseen jardines, en los que se cultivan frutas y legumbres, y todos los jardineros son chinos.

Estos acuden incesantemente a Wang Ye Fu, en cuyas inmediaciones se dedican a cultivar la tierra, y progresivamente aumentan su predominio. Es la eterna lucha entre el labrador y el nómada, en la que el primero lleva siempre la ventaja, ya que los pueblos viven, principalmente, de la agricultura y ésta precisa de la quietud en todos aquéllos que al cultivo de los campos se dediquen y aún más en regiones donde los cereales, como el arroz, forman la base de la alimentación.

Una de las industrias más florecientes hoy en Wang Ye Fu es la de la fabricación de piezas de mahjongg, que se hacen de hueso, marfil y bambú. El juego de moda ha hecho que tome importancia una industria que hasta ahora no ocupaba a media docena de obreros.

FRAGANCIA de ROSAS

La esencia de rosas, adulterada hoy en casi todos los países, se fabrica muy cuidadosamente en los pueblos de Oriente, y producto tan costoso lo obtienen prensando para que destilen pétalos de rosa.

Las que más se emplean en estos menesteres son las siguientes: la rosa damascena, originaria de Siria, y cuyas variedades se cultivan en los jardines con el nombre de *rosa de las cuatro estaciones*; la *rosa moschata*, originaria de los valles de Nepaul, en el Himalaya, y que se cultiva en los jardines, distinguiéndose por sus pequeñas flores blancas o rosadas, y de un olor fuerte algo almizclado, y, por fin, la *rosa centifolia* o *rosa de cien hojas*, que tanto se cultiva entre nosotros por sus hermosas y grandes flores; es originaria del Cáucaso oriental y hay muchas variedades.

Estas rosas son abundantísimas en Oriente, en donde las utilizan para preparar agua de rosas y esencia de rosas. En Europa sólo se fabrica el primer producto, viniendo la esencia de varios puntos de Oriente. En la India, principalmente en Ghazipur, entre Patna y Benarés, hay extensos cultivos de roca. Al sur de Persia también se cultivan las rosas, destinándolas principalmente para la preparación de agua de rosas, que se usa mucho allí, lo mismo que en la India. En Egipto, en las cercanías de El Cairo y en Túnez, también obtienen agua de rosas y esencia, viniendo a Europa esta última, aunque no en gran cantidad. Pero el centro de producción más importante de la esencia de rosas, y de donde viene al comercio la mayor cantidad de dicha esencia, es la región de Turquía europea, que se encuentra en la parte meridional de los Balcanes; allí hay inmensos campos cubiertos de rosales, especialmente en Kezauffik, Eski-Sagra y Filippolis.

Se calcula que de la Turquía Europea no bajan de 1.500 a 2.000 kilogramos de esencia de rosas los que se obtienen por año, lo cual representa unos tres a cuatro millones de kilogramos de rosas, pues se necesita gran cantidad de éstas para obtener la esencia. Por término medio, son necesarias unas 10.000 flores para dar diez gramos de esencia, y esto nos explica el precio elevado de esta esencia y el que no se haya desarrollado en España, Francia e Italia la industria de la obtención de la esencia de rosas, porque no son bastantes las flores de que se puede disponer.

Para obtener la esencia de rosas se sirven en Turquía de grandes alambiques de cobre estafiado, cargándolos con 12 a 15 kilogramos de pétalos de rosa y 40 a 60 kilogramos de agua. El producto de la destilación se recibe en grandes botellas y se redestila de modo que se obtenga cerca de la sexta parte, y este segundo producto se mantiene a una temperatura de 60 grados, y entonces se recoge la

esencia que se reuna en la parte superior del agua.

El principal mercado de la esencia de rosas es Constantinopla, a donde se remite en vasijas especiales de cobre, conteniendo cada una de una a diez libras de esencia, y para la venta al por menor se expenden frascos pequeños de cristal.

La esencia de rosas pura es incolora recién obtenida; pero muy pronto adquiere un color amarillento. A la temperatura ordinaria está formada por una parte sólida que se presenta en laminillas brillantes y transparentes y otra parte líquida de aspecto oleoso. Por el calor de la mano se funde la parte sólida y se convierte toda la esencia en un líquido muy fluido y

movible. La densidad varía entre 0,865 y 0,86. También varía la temperatura a que se separa la parte sólida, de 18 a 30 grados, lo cual depende de la mayor o menor cantidad que contenga, siendo más estimada la esencia cuanto más parte líquida tenga, porque ésta es la más olorosa.

Es poco soluble en agua; en el alcohol se disuelve más, y si está hirviendo, se disuelve completamente.

El olor de la esencia de rosas es fuerte cuando la esencia está concentrada, y es más agradable y suave cuando está en corta cantidad o muy diluida.

Es una esencia muy cara, y por esta razón se adultera mucho. La mezclan con alcohol, aceites grasos, esperma de ballena y con otras esencias que se parecen en su olor. La esperma de ballena, que es lo que más comunmente se le agrega, se conoce poniendo la esencia en un frasquito e introduciéndole en agua a la temperatura de 30 gra-

dos; si contiene esperma, queda ésta sin fundir, mientras que la esencia de rosas se licúa completamente. Además, se conoce la esperma, lo mismo que los aceites grasos, por la mancha persistente que producen en el papel.

También adulteran la esencia de rosas con esencia de geranio-rosa y con esencia de palo de Rhodas, la presencia de estas dos esencias se reconoce colocando dos vidrios de reloj en un plato; en uno se pone la esencia sospechosa, y en el otro un poco de yodo, cubriendo todo con una campana de cristal. Si la esencia está adulterada, toma color pardo o negro por la acción de los vapores del yodo, y si la esencia es pura no toma color.

Por último, diremos que la esencia de rosas, para considerarla como pura, debe tener su olor propio sin mezcla de ningún otro.

El dentista tímido

—¡Ay! — gimió la adorable Angela de Beaumais, la mujer del opulento comerciante en cueros, llevándose la mano a la boca.

—¿Qué le ocurre? — se apresuró a preguntarle la condesa de Le Roturier, en cuya casa tomaba el té.

—Creo que me he roto un diente masticando una almendra.

—Eso no será nada. Le voy a dar las señas de mi dentista, el célebre Zacarías Denther. Es un "us". Trabaja con una rapidez increíble; en dos o tres sesiones reparará el mal.

—¿Hace mucho daño?

—¿El? Tiene unas manos divinas. Con decirle que le llaman "la caricia odontológica".

—Entonces deme sus señas y voy ahora mismo.

Zacarías Denther era un hombre alto, delgado y de una timidez que contrastaba con el aspecto de verdugo moderno que tiene el dentista entre sus instrumentos.

Angela entró. El dentista tímido quedó deslumbrado.

Era una morena admirable, fuerte, con líneas acusadas; ojos negros, grandes; boca con labios rojos y dientes blanquísimos.

Al minuto el dentista estaba locamente enamorado de su cliente.

—Abra usted bien la boca.

Puso un algodoncito.

—Hasta el jueves.

A cada visita de Angela aumentaba el amor del dentista. Hubiera querido declarar su amor; pero su hermosa cliente le intimidaba, y no se atrevía. Semana tras semana, Zacarías Denther mudaba el algodoncito y aplazaba su declaración hasta la semana próxima. Obturar el diente no se le ocurría, pues una vez curado no volvería a ver a la que tanto amaba, y esto era superior a sus fuerzas. El amor del dentista creció, y ya no se contentó con verla una vez por semana. Hipócritamente

lastimaba el nervio al colocar el algodón, y el enamorado experimentaba la alegría de ver entrar en su despacho a su ídolo que le decía:

—No me tocaba venir hoy, doctor; pero sufría tanto...

Un día faltó poco para que todo se echase a perder. Angela entró y dijo:

—Basta, doctor. He venido a su casa porque había oído elogiar su celebridad, y llevo un año viniendo todas las semanas. Por su causa tengo grandes disgustos conyugales, pues mi marido empieza a sospechar de estas salidas semanales. Esto no puede prolongarse; si no termina usted hoy iré a otro dentista.

—¿Otro dentista? Zacarías palideció. ¡Perderla! ¡Iba a perder a la que tanto amaba!

—Hoy precisamente iba a terminar.

—Tanto mejor.

La suerte estaba echada. Había que decidirse de una vez y declararse. ¡Pero cómo hacerlo?

Sonrió. Había encontrado el medio de expresar su pasión sin temor, en el caso de no ser correspondido, a ser insultado.

—Voy a obturar hoy el diente.

No cierre usted la boca para poder hacer bien la orificación.

Y ahora que no puede hablar, se dijo Zacarías, adelante.

Declaró su amor con elocuencia, y dijo a su cliente:

—¡Me ama usted?

Y como ella no decía nada, pensó el dentista que quien calla otorga, y se atrevió a darle un beso.

Angela se puso en pie. De una bofetada hizo saltar tres dientes de la boca de Zacarías, y cuando los clientes, atraídos por el ruido, entraron en el gabinete de consulta, vieron al dentista que escupía los dientes en el cubo, mientras Angela le ofrecía el vaso y le decía irónicamente:

—¡Enjuáguese!

GEORGES DOLLEY.

Las diferentes escuelas de pintura italiana

Los pintores italianos se dividen en trece escuelas de las cuales damos a continuación los nombres: florentina, romana, bolonesa, veneciana, napolitana, sienesa, milanesa, genovesa, de Parma, ferraresa, de Toscana, de Padua y ginebrina.

La escuela florentina es la más antigua de las conocidas; data del año 1260 en que apareció el primer cuadro de Cimabué. Todas las obras que ha producido esta escuela están pintadas sobre madera de cedro muy espesa. Los cuadros de la primera escuela veneciana, creada por Bellin, están pintados sobre tablas espesas. El Tiziano fué el primero que pintó sobre tela, y bien pronto todas las obras de esta escuela fueron pintadas sobre lienzos muy gruesos. Pedro Perugino, el maestro de Rafael, fué el jefe de la escuela romana, que su alumno tanto llenó, la cual reunió las bellezas que salieron de los pinceles de Leonardo de Vinci y de Bellini. Los cuadros romanos están mejor conservados que los de otras escuelas porque fueron pintados sobre madera y sobre una preparación inventada por Rafael.

De estas tres escuelas nació la escuela de Parma, de la cual fué Corregio el fundador y de la cual unas obras están pintadas sobre madera y otras sobre una tela muy fina especialmente preparada. Muchos de los cuadros de la escuela bolonesa están pintados sobre cobre, sobre madera y, raramente, sobre tela.

Las escuelas sienesa, milanesa y ferraresa, formadas las tres en la escuela florentina, tienen mucha relación entre sí. La escuela napolitana, da nacimiento a la escuela ginebrina. La escuela de Padua, débil imitación de la veneciana y que toma todos sus personajes de la Biblia, da nacimiento a la escuela de Toscana, con la cual se confunde a la escuela genovesa.

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

PARRAVICINI ESTRENO LA SEGUNDA OBRA DE SU TEMPORADA

Ante una sala de bote en bote, hizo conocer la compañía del Argentino la traducción y adaptación de la pieza cómica "La femme à barbe", de Mirande y Geroulé, realizada por Parravicini y puesta en escena con el título de "Desventuras y aventuras del indio Pilú-Pilú".

Gira el asunto en torno de las viscidumbres que un manso profesor enamorado de una viuda, se ve en el caso de pasar para obtener la mano de la voluntariosa dama. Pero, como ocurre en todas las comedias que estrena el popularísimo actor, el asunto está siempre supeditado a la labor del comediante, cuya influencia sobre el público es, en todo momento, dominante. De suerte que, cuando se trata de una fábula pobre, como en este caso, la actuación del bufo, su gracia desbordante y loca, el poder de sugestión que tiene sobre el auditorio y los infinitos matices de su ingenio, son los que interesan y los que en realidad determinan la mayor o menor permanencia de la pieza en el cartel.

Ya desde el primer acto, pudo entreverse que la fuerza cómica de la pieza debía radicar en el segundo, donde la acción se traslada a un circo y Parravicini se improvisa pielroja y boxeador, por obra y gracia del azar. Bastará saber que el celebrado bufo aparece con traje de plumas, para desear como el público recibe su aparición con tal indumentaria. Por otra parte, se sabe que nuestro máximo artista no necesita una letra muy eficaz del punto de vista cómico, para imponer su papel, pues allí donde el autor flaquea y la situación festiva languidece, surge el ingenio del artista y levanta el ánimo con sus numerosos recursos hilarantes.

Se echa de ver en la construcción de "Desventuras y aventuras del indio Pilú-Pilú", que la acción se desliza lentamente, falla que posiblemente no ha querido salvar el traductor, respetando el original de los autores franceses.

A nuestro juicio, la segunda obra de la temporada del Argentino está llamada a representarse numerosas veces, pues a medida que se repita, la inquietud renovadora de Parravicini conseguirá mayores efectos cómicos de las muchas situaciones que provocan la hilaridad de la sala, que la noche del estreno salió del Argentino con la boca llena de risa, después de haber aplaudido hasta cansarse a su artista predilecto.

"QUE NO LO SEPA LA VIEJA", de Alberto Novión, en el APOLO

Generalmente suelen ser de acción lánguida y de poco resultado festivo, las producciones cuyo desarrollo está basado en la explotación de una situación cómica o en las características del personaje que actúa de protagonista. Sólo una gran habilidad técnica o el talento o la gracia del actor que tiene a su cargo ese papel pueden matizar la pieza en forma que pueda evitarse el pétreo y monótono efecto que produce la repetición de la misma escena a través de situaciones parecidas.

Las dos circunstancias salvadoras a que aludimos, han venido a reunirse satisfactoriamente en la pieza estrenada últimamente en el Apolo. La exacta pintura del ambiente en que tienen lugar los sucesos y la gracia de Arata, borran por completo la impresión de pesadez que muy fácilmente hubiere podido comprometer el éxito de la obra. Pero está muy bien estudiado y reproducido el mundillo en que se mueven los personajes y el protagonista está dibujado con suma destreza, rodando de personajes pintorescos que hablan con gracejo su jerga popular y que mantienen el interés de la sencilla trama, dando margen para que, Arata en primer término, Morganti muy a la par de él, y el resto del conjunto a excepción de Rosingana, susciten continuamente la hilaridad del auditorio, sosteniendo la pieza en un franco tren de regocijado éxito.

Después de los pocos acertados estrenos anteriores, esta pieza, que ya atrajo al Apolo muchísimo público el día de su estreno, ha venido a poner en el cartel de ese teatro una pincelada de un color rosa realmente satisfactorio para la empresa más contrariada.

SE PRODUJO

Por fin subió a escena la revista que los del Maipo tenían ofrecida al público para renovar sus espectáculos. El título con que llegó a la meta es "En el Maipo no hace frío". En el próximo número nos ocuparemos con el debido detenimiento de esta nueva revista, de la que se espera tanto, por lo menos, como de las anteriores, en este teatro que parece que garantiza el centenar de representaciones a sala llena.

"VENGAN TODOS A OIR ESTA MILONGA", de Contursi, Alippi y el maestro Terés, en el SAN MARTIN

El anhelado y significativo cartelito "no hay más localidades", no es posible conseguirlo en esta temporada con facilidad, especialmente por los numerosos teatros que cultivan la revista, por

paso doble torero, alegre y movido; "El hombre de los pantalones Oxford y sus pibas", en el que Sacha y sus chicas hacen gala de una regularidad e isocronía de movimientos casi mecánicos; "Los azahares", cuadro de canto y baile, bien vestido y presentado con excelente tango muy bien cantado por Sofía Bozán y algún otro, consiguen imponer la revista, a pesar de que los cuadros de letra no se encuentren a la misma altura en cuanto a su eficacia y méritos. Con todo, resulta un conjunto agradable y el público se considera bien retribuido a cambio del modestísimo peso que abona en boletería.

NOS DEJAMOS INFLUIR

En los muros de muchas casas del centro han aparecido hace ya tiempo unos cartelitos anunciando "El muñeco", de Stolz, en el Avenida. Nadie

corazón", del actor Alejandro Flores, efectuado por la compañía de Blanca Podestá en el Liceo. El autor de esta pieza reedita el viejo asunto de la muchacha campesina seducida por el pueblerino y reconquistada para la dicha conyugal por el enamorado silencioso y generoso, que sólo descubre sus sentimientos ante la deshonra de la chica.

Comedia de carácter primitivo, diríamos, tanto por la ingenuidad del conflicto cuanto por la forma apacible en que se desliza la acción, apenas levantada en los finales de acto por la dramática de la situación, que, no obstante, no llega a convencer. Y es que falta nervio de dramaturgo en el señor Flores, quien demuestra con este trabajo cierta facilidad en la disposición de las escenas y en el manejo del léxico; pero no logra reproducir con fidelidad el ambiente en que sitúa la acción de su comedia.

Por lo demás, los personajes de "Mal haya tu corazón", no están claramente diseñados, accionando y reaccionando a capricho del autor y sin que en ningún momento el espectador pueda comprender su psicología, brumosa, vaga, en la mayoría de los tipos, hombres y mujeres.

La parte cómica de la comedia descausa en el personaje que encarna el actor Alberto Ballerini, quien respeseció ante el público, después de larga ausencia de las tablas. Son conocidas las características de este comediante, de larga actuación en nuestros escenarios, cabiendo agregar que el señor Ballerini divirtió a su público con los recursos que emplea siempre en la escena y que en este caso, nos parece, no llegaron a imponerse.

La señora Blanca Podestá, en el papel de la protagonista, actuó con su acostumbrado brío y se distinguió, especialmente, en los pasajes de mayor fuerza dramática. La sala dispensó una discreta acogida a la pieza del señor Flores y aplaudió al final, con cierto entusiasmo, a intérpretes y autor.

El primer estreno será "Santa Juana", de Bernard Shaw.

MUÑO EN PUNTA

El popular actor del Buenos Aires continúa desarrollando su temporada con verdadero éxito. Con la responsabilidad de su solo nombre al frente de la compañía y sin asustamientos de una dirección de campanillas como ofrecen los conjuntos artísticos sin arraigo en el público, Muño es actualmente el actor de género chico más aplaudido y preferido por el público, que llena continuamente la sala de la calle Cangallo.

Los dos últimos estrenos, "Un portefolio" y "Aquí hacía falta yo", fueron dos éxitos, esperándose repetir el plato con el sainete "El rincón de la alegría", de Tronqué y Cabral, que posiblemente subió al cartel en estos últimos días.

EL BATACLAN DEL SUBTERRANEO

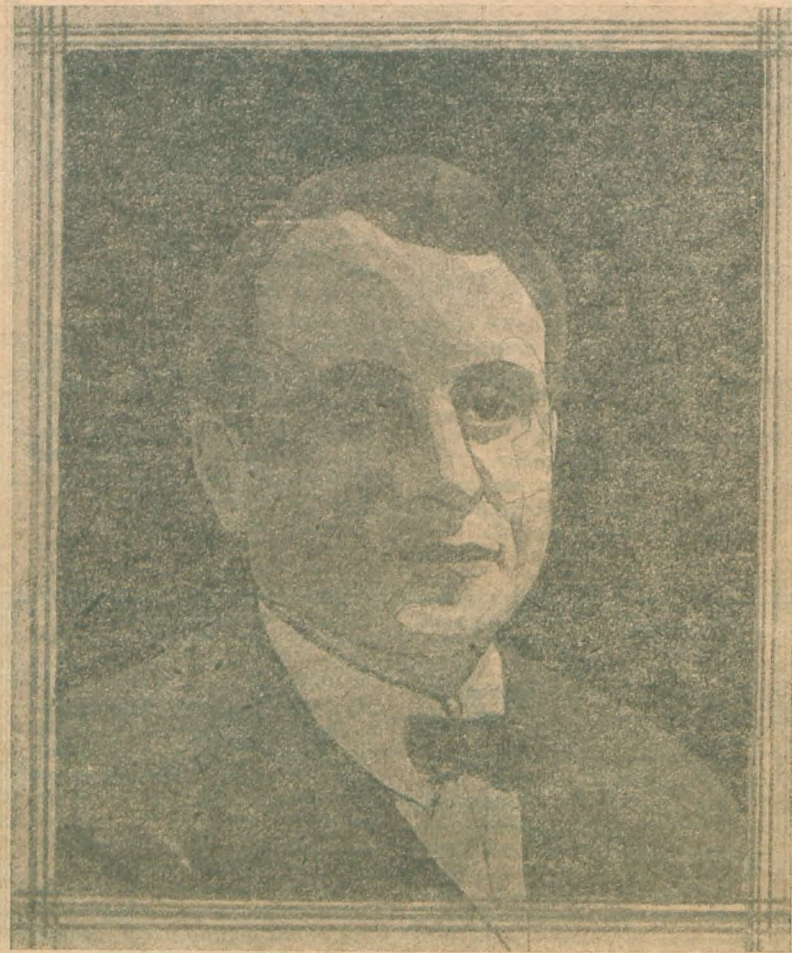
El teatro Florida ha sido definitivamente conquistado por las huestes ligeras e inquietantes de Bourel y Bellini, en otros términos, por el batallón criollo amasado por los jóvenes autores, ex periodistas y ex saineteros.

Si el género es fácil de imponerse en los teatros a nivel, la malicia del público considera que en las salas ubicadas junto al fuego central de la Tierra y por lo tanto más calurosas, las condiciones atmosféricas imponen una mayor ligereza de ropas. Esto, unido al título de una de las revistas en cartel, "El traje de la mujer desnuda", determina una corriente numerosa de público hacia la bella salita del pasaje Güemes.

SALON TEATRO "TARICCO"

Desde el mes anterior se ha hecho cargo de la empresa de este importante salón de la Avenida San Martín, en lugar del que era su propietario y empresario, señor Juan Taricco, el señor Juan M. Real, persona muy experta en esta clase de empresas y conocedora a fondo de las mismas, cualidades que, aplicadas esta vez al Salón que nos ocupa, han de dar por resultado un mejoramiento general y un nuevo impulso de progreso, que será bien recibido por las numerosas familias de aquel barrio concurrentes al mismo.

ARTISTAS NACIONALES



El aplaudido cancionista criollo José Spaventa, que actúa en la Comedia. (Dibujo de Lili Bortini).

más grande que sea la afición del público por esa clase de espectáculos. Sin embargo, el San Martín ha logrado este fenómeno a raíz del estreno de su nueva revista del epígrafe, "Vengan todos a oír esta milonga", sin ser una pieza de méritos extraordinarios, tiene los atractivos suficientes para arrastrar público e imponerse como algo interesante, sobre todo desde el punto de vista coreográfico. Unido esto a la tarifa popular de las localidades, se explica sin dificultades que el San Martín se vea concurrido siempre.

Como decimos, la parte coreográfica de la revista, es la de más efecto. Ha sido preparada bajo la cuidadosa dirección de Sacha Goadine, habiéndose logrado un espléndido ajuste en estos cuadros y una disciplina poco común entre el numeroso personal femenino de los bailables. "Olé, Viva tu padre!",

sabe nada acerca de su estreno, pero a lo mejor resulta ya estrenado en el momento de aparecer al público estas líneas. Es uno de tantos golpes de efecto del sagaz y complicado Urban, cuyas actividades no sólo llenan la sala y los interiores del Avenida, sino que se van extendiendo también por la vía pública en forma inquietante.

ESTRENO DE "MALHAYA TU CORAZON" EN EL LICEO

Los tiempos son ya poco propicios para el teatro de costumbres campesinas, demasiado vistas, viejo y harto agotado en todas sus manifestaciones. Después de Florencio Sánchez, sería menester que surgiera otro gran dramaturgo para volver a interesar.

No estamos por cierto en este caso, al dar cuenta del estreno de "Mal haya tu



FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



Puente de Cacheuta, sobre el río Mendoza

(Fot. A. Villalón).



Neuquén. — Un aspecto del río Limay

(Fot. A. Ligaluppi).



Una mujer interesante

No necesita tener facciones perfectas, pero su cutis debe ser suave, lozano y fragante cual pétalos de rosas. Si Vd. anhela dar realce a sus atractivos. use el delicioso



POLVO GRASEOSO LEICHNER

Todos los tonos de moda

*Cada caja contiene un cupón de valor.
Enviense en carta certificada para
asegurar que lleguen.*